

# FUERA DEL PARAÍSO

María Eugenia Leefmans



Universidad Autónoma  
del Estado de México

# Fuera del paraíso

Premio Nacional de Novela para Escritoras  
Nellie Campobello 2010

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS  
*Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México*

Doctora en Humanidades  
**María de las Mercedes Portilla Luja**  
*Encargada del Despacho de la Secretaría de Difusión Cultural*

Doctor en Administración  
**Jorge Eduardo Robles Alvarez**  
*Director de Publicaciones Universitarias*

María Eugenia Leefmans

# FUERA DEL PARAÍSO

Premio Nacional de Novela para Escritoras  
Nellie Campobello 2010



**Universidad Autónoma del Estado de México**

*“2025, 195 años de la apertura del Instituto Literario en la ciudad de Toluca”*

Primera edición, julio 2025

*FUERA DEL PARAÍSO*

María Eugenia Leefmans

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyc): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-970-96591-5-3

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Editor responsable: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Díaz Porras

Coordinación de diseño y portada: Luis Maldonado Barraza

Corrección de estilo: Alma Lilia Oria Cerón

Diseño y formación: Jarini Toledano Gil



## PRÓLOGO

Reencontrar a la monja Jerónima, releerla en un aquí y ahora por medio de fina pluma, ha sido un verdadero placer, especialmente si quien escribe ha dedicado parte de su tiempo y estudio a indagar, descubrir y compartir vida y obra de Juana Inés de Asbaje y Ramírez de Santillana, quien, a decir de la autora: perdió ese nombre y pasó a la eternidad como Juana Inés de la Cruz.

María Eugenia Leefmans, venezolana de nacimiento, mexicana de corazón, con más de una veintena de obras, ha cultivado prácticamente todos los géneros: poesía, drama, ensayo, narrativa, pero su pasión la ha llevado a inclinarse por este último, en el que ha sido merecedora de diferentes premios y distinciones.

Hoy quiero dedicar estas líneas a presentar una obra que devela las verdades ocultas de sor Juana Inés de la Cruz. *Fuera del paraíso* es una novela cuya estructura hace que el lector active su proceso lectivo y participe de lleno en la coejecución de ésta, para descubrir que los saltos temporales, tanto prolepsis como analepsis no son desaciertos en la lógica textual, sino parte de la poética de la autora.

Escrita en 58 apartados, sin título, más un poema de sor Juana, a manera de epígrafe y un fragmento de *Paraíso occidental* de Carlos Sigüenza y Góngora como epílogo, 60 en total, hacen de este texto una obra artística literaria que, sin duda, simplifica el conocimiento de sor Juana. La obra está escrita *in medias res*; es decir, la historia no comienza por el principio, sino ya avanzada; presenta un orden diferente al dictado por el canon literario tradicional y hace que el lector conozca el relato de manera retrospectiva.

En el segundo apartado hallamos a sor Juana enferma, a punto de morir, quien en unos instantes recuerda toda su vida:

Veo a mi alrededor a varias de mis hermanas agitadas y sudorosas. Ellas cambian las compresas de agua fresca que me ponen en la frente y, las más audaces colocan sanguijuelas en mis pies para aliviarme. He perdido la cuenta del tiempo que llevo postrada. [...] Mientras, sigo divagando con el Señor o, trayendo a la memoria pasajes de una vida que se agota.

El lector conoce la historia de un pasado remoto en un presente progresivo, el cual se inicia desde el epígrafe: “[...] Queriendo ajustar de prisa / lo que despacio he cometido, / repasada aquellas cuentas / que tan sin cuenta he corrido”. Y termina con un epílogo:

... y así digo que esta historia no merece  
más crédito que el que se debe a la diligencia  
cuidadosa de ajustar la verdad en lo que se pide  
la gravedad de su materia, en que también  
puede haber falencia, como en las historias  
humanas sucede a veces.

Esta técnica narrativa ha sido muy usada desde la antigüedad, pero no fue sino hasta principios del siglo xx cuando escritores de gran valía la emplearon como estrategia discursiva para atrapar al lector desde el inicio de la lectura. Dado que no es la intención de este escrito, bastará con citar a dos de ellos: uno de Toluca, ciudad citada en la obra, Alejandro Ariceaga en *Camada maldita* y otro, quien este año cumple un año de muerto, Carlos Fuentes, en *La muerte de Artemio Cruz*, novelas que representan esta disposición narrativa.

Como puede apreciarse, María Eugenia Leefmans logra contar las andanzas de sor Juana de manera tan didáctica, que cualquier lector, como auténtico fagocito, leerá la obra y entenderá por qué ésta se titula *Fuera del paraíso* y cuál es el paraíso del que habla; sabrá que no es solo uno, sino varios de los que la monja fue despedida: “¡Ah! ¡Qué paraíso es la gula! Lástima que sea pecado el excederse con la comida [...] Basta... haré a un lado ese paraíso que cada se aleja más de mis tentaciones”.

Pero el paraíso mayor, del cual trataron de arrojarla, como ángel caído, fue el de las letras, la literatura, en la cual encontraba verdadero placer. Así, la creación fue para sor Juana el paraíso que mayor catarsis le otorgaba: “Bendito seas mi Dios, que permitiste fuese hacia las letras y no hacia otro vicio”.

Espero que los lectores encuentren, al igual que yo, el placer que les brindará la lectura de esta grácil historia de vida novelada.

MARTHA ELIA ARIZMENDI DOMÍNGUEZ  
Investigadora y académica mexicana, UAEMEX  
*Toluca, Estado de México; mayo de 2013.*



*A Gabriela, Valentina, Alejandra y Daniela  
Amados capullos. Me prolongo en ellas.*



*En fin, vino Dios a verme,  
y aunque es un susto muy fino  
(lo que es para mí), mayor  
el irlo a ver se me hizo.*

*Esperaba la guadaña,  
todos temor los sentidos  
toda confusión el alma,  
todo inquietud el juicio.*

*Queriendo ajustar de prisa  
lo que despacio he cometido,  
repasaba aquellas cuentas  
que tan sin cuenta he corrido.*

Sor Juana Inés de la Cruz



Heme aquí, Señor, a tus pies. Mis escritos han sido objeto de diversas lecturas y debí obedecer a quienes representan a nuestra madre y maestra, la Santa Iglesia. Prometí hacer la pluma a un lado, no plasmar en papel las bellezas que mi entendimiento concebía. Tú bien sabes que el escribir nunca fue dictado propio, sino fuerza ajena; me hiciste merced de darme grandísimo amor a la verdad. Esta poderosa inclinación a las letras venía del propio impulso; aunque muchas veces te rogué que apagaras esa luz, pues para algunos sobra en una mujer.

Bendito seas mi Dios, que permitiste fuese hacia las letras y no hacia otro vicio. Mis pobres estudios han navegado contra la corriente. Sólo leí y más leí, en los ratos que sobraban a mi obligación. Siempre dirigí mis pasos a la cumbre de la Sagrada Teología, pareciéndome necesario, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y las artes humanas. No el saber, sino el desear saber me costó esfuerzo, testigo es mi conciencia como pudiera decir mi padre san Jerónimo.

Tus príncipes y una perversa peninsular, la actual virreina, se dedicaron a estorbar y prohibirme este ejercicio. Con declarado odio y malevolencia me han molestado y, bajo tu signo y el de la buena intención, me alejaron de los libros, por no convenir el estudio, perspicacia y agudeza a la Santa Ignorancia. De ahora en adelante sólo Tú, mi Dios, los muros de esta celda con su olor a cal; el reclinatorio de madera, este

inseparable catre y ese autorretrato que la anterior virreina, María Luisa, me pidió y nunca se lo pude entregar, sabrán lo que mi pensar lleva y trae. Ave vigorosa e inmortal que traspasa fronteras y burla las púas de la figura de los Vientos. Nadie más se podrá enterar, en este mundo oscuro, de lo que yo, sor Juana Inés de la Cruz, he dejado de contar. Una idea esperanzada me brinda consuelo: quizás algún día, en la nueva claridad del universo, resurja esta ave con el viento amable, y reconozca al respirar el aire suave, benévolo, que se cuele por las rejillas de la ventana y se impregna de mí. Tome forma mi pensamiento con la palabra, al recibir el aliento fresco, y consiga un lugar sobre el papel para salir a esa luz tan perseguida y ansiada.

Confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y lo que me queda por decir es aquello que, por simple, no me cansa la cabeza; pero me enfada por ser un reparo de lo que sucede. Son los secretos naturales que viviendo he descubierto. Desde niña, al jugar al trompo, y hasta al final de mis años, cuando la poca salud y algunas de las funciones físicas se detienen, menos el continuo movimiento de mi imaginativa. Vivencias que los silbos del viento consagran y sus auras coronan. Experiencias cotidianas que no resguardé en versos, tal vez por considerarlas menores o peligrosas. Expresiones de mis gustos que hicieron nacer disgustos. Cantos vanos que no advirtieron la desdicha ni el principio de las penas. Restos de una ambición engañada que creyó en la felicidad eterna, sin ver el áspid entre las flores.

Ahora, vestida de reverente temor, en la soledad de un convento menoscabado por la peste, con el agotamiento que impone el cuidado de las monjas enfermas, comparto lo vivido con el aire; dejo los hechos y la memoria libres entre las líneas de los rezos. Mis recuerdos se aglutinan, crecen en el ir y venir

desordenado de mi mente, los detengo con torpes borrones de muda oratoria que apelan a tu grandeza y bondad para escabullirse de su encierro.

Nada me faltará, el Señor es mi pastor. No debo temer mal alguno porque Él estará conmigo. Su bondad y misericordia me han seguido en todos los actos de mi vida. Irrespetuosa deliro, que si la santa de Ávila moría por no morir, la esperanza de que Nuestro Señor conforte mi alma y me lleve a descansar en delicados pastos, me ha permitido vivir muriendo. Arrepentida estoy de mi altivez, presunción y soberbia. No he desdeñado el riesgo de morir, como lo hace la rosa que, después de tanta belleza, acaba desmayada y encogida. Su docta muerte y necia vida, viviendo engaña y muriendo me ha enseñado.

Han pasado dos, once, dos veces once días, no hago memoria, desde que recibí noticias de la partida del padre Antonio. Dios lo tenga en su gloria o donde le parezca. Estoy tan agotada, que mi cabeza no da para rogarle al Altísimo por el destino de los prelados de la Iglesia, quienes han atormentado mi existir, al apartarme de los dones que el designio divino obró en mi humilde ser. Además, con el fruto de la venta de mis libros, seguramente fundaron varias capellanías para la celebración de misas y actos píos pasada su muerte. Ellos salvarán sus almas o quizás su estancia será más corta en el Purgatorio. No me pudieron condenar a la hoguera; aplaqué el ruido del Santo Oficio. Con mi sangre rubriqué la protesta de mi fe y amor a Dios, así como la promesa de abandonar los estudios humanos para continuar, desembarazada de

esta inclinación llamada por ellos profana, el camino de la perfección. Sin embargo, no fue suficiente. La congregación me está despojando de mis bienes y sólo me dejan el consuelo de las preces de las monjas, quienes por amor, no reparan en mis faltas. Mi alma vagará, entonces, en busca de oraciones y ruegos; el Señor, con su vara y su cayado, me infunde su aliento. Generoso, me invita a morar en su casa por largos días.

Veo a mi alrededor a varias de mis hermanas agitadas y sudorosas. Ellas cambian las compresas de agua fresca que me ponen en la frente y, las más audaces colocan sanguijuelas en mis pies para aliviarme. He perdido la cuenta del tiempo que llevo postrada. Ya no sigo el paso de las horas. La puesta del sol, que mis cansados ojos alcanzan a mirar huyendo de los encalados muros, y el apagado trino de los pájaros, son quienes me indican que es tiempo de Completas. Las noches son negras y silentes cuando no se duerme. Mis oídos parecen sordos a las tenues campanadas de Maitines y Laudes; el amanecer representa otra espiga del haz de sufrimientos que al partir ofrendaré a Dios. Cuidar a las jerónimas infestadas de la peste me aniquiló. ¿Cómo escapar de este beneficio negativo enviado por Dios? Un castigo que las ratas portan para ayudar a los que sueñan reunirse con Él en ese prometido Paraíso.

Las voces que vienen del exterior se agolpan. Me enfadan los rezos que dirige la madre priora, también exhausta ante la calamidad de ver a sus monjas enfermas; cierro los ojos y la caridad del Altísimo permite ausentarme y escuchar esa otra voz, vigorosa por momentos y lánguida de repente, que siento como la mía; a veces divierte y me hace sonreír en medio de mis físicos pesares.

Las vanidades han quedado atrás, mi cabello se desprende en madejas y se pega a las manos compasivas de las novicias

que cada mañana se acercan para asearme. El pudor ha desaparecido. Dejo que muden mis camisas de dormir, empapadas de transpiración y de estos delirios que tal vez permanezcan alrededor, adheridos al tiempo. El catre que sostiene mis restos, ha resistido malestares, el intenso dolor de cabeza, la espalda inconsolable y el no sentir las piernas, los brazos, mis manos.

Los recuerdos se amontonan. Las ideas se pelean por salir de mi mente a borbotones, no encuentran a dónde ir, ni dónde descansar. El pensamiento viene y va, no tiene límites, tampoco orden. Manifiesta todas las emociones que, la obediencia, los temores y el comportamiento prudente hubieran reprimido, estando en mis cabales. Se desborda y se mantendrá así, flotando, en espera de un sitio para reposar. El mundo me persiguió mientras yo le preguntaba en dónde estaba la ofensa. Nunca comprendió que mi verdad fue la fantasía, burló enojos y agravios, fieros tormentos y condenas; pero, sobre todo, labró una prisión a la tiranía.

Al alejarme de este terreno lecho percibo la libertad, oigo risas sonoras, coquetas y alegres, gritos de asombro y entusiasmo. También hay llanto, balbuceos, gemidos y reclamos. La brisa canta; la lluvia alivia. Los gentiles rayos del sol calientan y parten. La luna sonriendo me da la mano en la oscuridad; ese frenesí dorado que persigue a la sombra se desvanece, ella se está deteniendo, ya no lo esquivo y pronto, muy pronto, desbaratado el hechizo, la alcanzaré. Nos volveremos una y seré otra más sin sombra. Mientras, sigo divagando con el Señor o, trayendo a la memoria pasajes de una vida que se agota.

Ha sido la experiencia de Nuestro Señor con Judas, lo que ha vinculado esa manifestación de afecto, el beso, a la traición.

Por este motivo semejante demostración de amor y cortesía nos hace dudar, a veces, de quien la prodiga. Aunque también existen los ósculos de paz, para demostrar cariño y amistad; otros, los volados que se dan a distancia con el gesto de los labios y los de los enamorados que se comen a besos al hacerlo con vehemencia. Es más, se habla de una hierba milagrosa llamada besico de monja. Si se me concediera un deseo en este instante, pediría probar esas hojas y experimentar la pérdida de la memoria.

Tal vez la infusión eliminaría del recuerdo y el comportamiento, esto de sentarse a escribir sobre las páginas que el viento suave y delirante me pone enfrente; pero es inevitable, se vuelve tan divertido como el componer ovillejos. Es delirio querer retratar las travesuras y situaciones vividas y sentidas en el transcurso de los años; sin embargo, se me viene la pluma a la mano. Esta tentación me quita el juicio y sobre todo me aflige, ya que de repente aparecen sombras que opacan el entendimiento, haciéndome tiritar y desear un perenne olvido. Ansío tener la dicha de enterrar borrones de la existencia y entre ellos está el siguiente, que una vez vertido quemaré. Dejaré las cenizas a la intemperie y espero que un viento molesto y fuerte se las lleve, lejos, muy lejos.

Eran los tiempos en que presumía de hermosa. Pensaba, que al darme la mano los caballeros, me entregaban su alma. En la corte había nobles señores cargados de años, borrachos linajudos, capitanes donjuanescos y sargentos que de *sar* en sarna quedaron y el *argento* nunca aparecía. Por eso la conciencia nos condena cuando la vida suelta la rienda.

Su Excelencia, el virrey, marqués de Mancera, se había empeñado en que los sabios del reino examinaran mis conocimientos. Ahora, con el paso de los lustros, comprendo que deseaba presumir en la corte al nuevo juguete del virreinato, una joven, cuya actitud complaciente vaciaba versos en papel, para deleite de amigos, comensales y cortesanos.

Si alguna de mis hermanas llegase a leer estas confidencias, dirá que he perdido el respeto hacia los príncipes de la Santa Madre Iglesia; sin embargo, espero terminar pronto para hacer un ovillo del papel y liberarme de este recuerdo. Me apresuro, ya que estando sin salud sólo añoro el vivir para estudiar y no estudiar el vivir. Así, antes de permitir una ajena letra en mis secretos, traigo a la memoria aquel beso...

Después de contestar acertadamente todas sus preguntas, pasaron los respetables señores a felicitarme y cayeron rendidos por mis conocimientos. Decía Celia que también ante mi hermosura; pero ésa quedó atrás. No aconteció así con aquel caballero de la Iglesia, de postura impertinente, quien con la excusa de estar emparentado, se retiró al final; yo sentía sus ojos penetrando mi ser y, sus labios, que ensalivaba constantemente, se acercaron a mi mano, tuvo el descaro de tomarla y depositar un ósculo húmedo, dejándola impregnada de un recuerdo asqueroso para siempre. Desde esa vez no puedo contemplar la boca masculina sin imaginarla libidinosa.

La vida conventual me alejó de esas costumbres y, aunque están permitidas las visitas, rememoro la osadía de aquel joven obispo quien, acompañado de mi siempre respetado fray Payo, vino a saludarme y besó la punta de mis dedos con ojos galantes. Hoy, cuando es ya mayor y posee más garbo al lucir capa, la reluciente cruz y el anillo de amatista que lo distinguen, las buenas maneras me hacen recibirle, pero la experiencia del ayer exige nuestra distancia. Guardo mis manos dentro del hábito y veo con sorna y enojo cómo sus labios repasan las níveas palmas de las hermanas de Santa Paula. Sé que el Doctor Divino, mi padre san Jerónimo, se asombraría y me diría que, por atinar, desatino y que ansiosamente busco un fin sin fin.

Me ha sucedido lo que a la rosa, moribunda deseo lo que no tuve, el beso tierno, tenue, infinito, como los de Lope en Fuenteovejuna.

Dice que no se acuerda, mas miente en insinuar que me ha olvidado. Recuerdo muy bien a don Manuel Fernández de Santa Cruz, el ahora obispo de La Puebla de los Ángeles. Cuando lo designaron para la Diócesis de Guadalajara, era protegido del Ilustrísimo don Payo. En un tiempo le dio por venir seguido a este convento, donde es bien recibido por la madre priora y lo halagan las novicias. Todas desean confesarse con él. Algunas, mis tutoradas y yo, sabemos la última razón de su presencia. Sus visitas han sido como mortífero veneno. Imposibilitada por la obediencia, al ver su pecado, moría por hablar, escribir, dejar de callar, y eso que no cabía en mi cuidado, se convirtió en obsesión, en tormento.

Un día se me acercó, a pesar de que yo evitaba rondar por los pasillos cercanos al locutorio. Insistió en hablar conmigo. Comentó, logrando interesarme, que revisaba el Sermón del Mandato del padre Antonio de Vieyra. Al jesuita lusitano no le bastó con dedicarse a evangelizar a los indios del Brasil, sino que promovía la publicación de sus disertaciones. Don Manuel difiere del pensar del padre portugués, tal vez siente resabios por ganarle el arzobispado de la ciudad de Méjico, un gran favorecedor de la Compañía de Jesús. El caso es que, entre esto y entre aquello, me puso a releer un sermón del sacerdote pronunciado en la Capilla Real en 1650, cuando yo apenas contaba dos años de nacida.

Me acuso y lo he confesado, que por obediencia analicé esas líneas con el entusiasmo que me produjo discutir las ideas de tan sabio teólogo. Vieyra habla, en este escrito, sobre las finezas de Cristo; pero también rebate lo establecido por los Doctores de la Iglesia, lo que para mí es un atrevimiento y no le cabe razón alguna.

San Agustín ha dicho que la mayor fineza de Cristo fue morir por nosotros. El padre Vieyra lo niega, para él es morir sin ausentarse del mundo. Debía refutarle este pensar con todo respeto, Cristo no se ha ausentado, siempre ha estado con nosotros.

Vieyra critica al Doctor Angélico, santo Tomás de Aquino, quien dijo que la mayor fineza de Cristo había sido sacramentarse, o sea, instituir el sacramento de la Comunión. El jesuita discurre que no ha sido esto, sino hacerlo sin uso de los sentidos, porque la hostia consagrada no puede sentir. La verdad es que no existe ninguna mayor fineza de amor de Cristo que el encubrirse para quedarse.

Se ha metido también con san Juan Crisóstomo, quien siempre dijo que la gran fineza de Cristo ha sido lavarle los pies a sus discípulos; no obstante, el sacerdote portugués insiste en que no fue esa, sino habérselos lavado a Judas. ¿Cómo piensa eso? Si en Cristo no hay discriminación y, al lavarle los pies a los doce se los lava también a Judas, el traidor.

Durante varios días estuve sin dormir, con esos pensamientos lidiando en mi cabeza. Al regresar el obispo se dio cuenta, por mis bachillerías, de mi rechazo. Le agradó que nuestra reflexión fuese parecida y me pidió escribirle lo que había notado, con lo cual estaba él, definitivamente, de acuerdo. Nunca vi la punta del puñal en su petición. Obediente y forzada; yo, mujer entusiasta y monja inquieta,

me olvidé de astucias y me dediqué a la labor de criticar a uno de los más grandes teólogos de nuestra época. Cuando le entregué mi juicio de tal asunto sagrado, le pedí al prelado que no lo publicara, ya que yo no tenía estudios ni noticias para ejercer la crítica y temblaba ante la posibilidad de decir alguna proposición malsonante. Esos comentarios habían sido privados y tan sólo para su conocimiento, de saberse hechos por mí, la reprimenda de mi confesor y del arzobispo de Méjico, llegaría de inmediato.

Quisiera borrar esta parte del tiempo. ¡Ingenua! Creí en la palabra de un pastor de la Iglesia, astuto, cauteloso y... de violentas miradas. No sólo publicó la crisis al *Sermón del Mandato*, sino que la dio a conocer como *Carta Atenagórica, de la Madre Juana Inés de la Cruz, que imprime y dedica a la misma Sor Filotea de la Cruz, su estudiosa aficionada en el convento de la Santísima Trinidad de la Puebla de los Ángeles*. Él se escudó en una generosa y obediente monja, o tal vez se apropió de su nombre, para dar a conocer mi contrario pensamiento. Poco después recibí una carta de la susodicha religiosa poblana, donde decía que admiraba la viveza de mis conceptos y que no quería censurarme; pero, así como escribió Teresa de Jesús, la santa de Ávila, debía imitarla no sólo en los metros, sino también en la elección de los asuntos a tratar. Hablaba en su misiva de no estar de acuerdo con reprobar en las mujeres el uso de las letras, mas insistía en que las letras que engendran soberbia no las aprueba el Señor. Aparentemente no deseaba que renunciara a los libros; sin embargo, me aconsejó leer de vez en cuando los de Jesucristo.

¿Quién se ha creído que es este obispo? No tiene vergüenza. Falso en su ministerio, falso en su entrega, falso en su posición de hombre, de la que ahora dudo, ya que la

supuesta muy ilustre señora sor Filotea de la Cruz, cerró sus letras pidiendo que Dios siguiera concediéndome beneficios positivos y no me enviara castigos. Deseos de quien “desde que me besó, hace muchos años la mano, vive enamorada de mi alma, sin que se haya entibiado ese amor con la distancia ni el tiempo”.

Ocultarse es propio de la conciencia criminal. Pasé días con la respuesta a mi señora sor Filotea de la Cruz en suspenso, quizás debido a mis temores. Había pecado al cumplir con la palabra entregada a quien no podía desobedecer; después no hallaba la hora de acabar con intrigas y tormentos. Por ver sin velo, al contestar la carta recibida, tendría que reverenciar, por mandato de la Santa Madre Iglesia, al que detrás de esas líneas se escondía. No obstante, al sentirme indefensa y violentada por escribir sin complacencia, vino en mi auxilio el sabio Quirquerio con sus estudios egipcios, y distribuí veintidós arcanos, inspirados en Isis, por el texto. Los disfracé de respetuosos: Señora mía, venerable Señora, muy Ilustre Señora. Necio afán éste de no dar la cara y que mi ironía combate; ese venerable e ilustre obispo se convirtió en sombra, en nada.

Llovieron las visitas al convento. La madre priora estaba consternada, una de sus jerónimas había ofendido al Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Méjico y a muchos miembros de la Iglesia que comulgaban con el pensamiento del Padre Vieyra. Don Francisco Aguiar y Seijas, serio e iracundo, fue el primero en llamarme al orden. Casi nunca visitaba nuestro convento; sin embargo, las murmuraciones y comentarios despertados por mi opinión lo ameritaban. Su flaca y larga presencia imponía. Los ojos parecían salirsele de las órbitas, la frente transpiraba gotas grises de

enojo y su bastón parecía volar por el locutorio. Paseaba de un lado a otro, pidiéndome imaginar lo que pensarían en la península de mi Carta Atenagórica. No me permitía mirarle, estuve arrodillada frente a él, en actitud penitente. Me juzgó atrevida, irrespetuosa, soberbia, engreída y no recuerdo qué otros calificativos más. Su actitud me asustó. Le prometí, a cambio de su perdón, no empuñar la pluma y portarme como una monja sumisa. En esa ocasión lo acompañó un cura amigo de don Carlos de Sigüenza, quien con postura callada y ausente, observaba desde la puerta toda la escena. Al salir el Arzobispo, antes de seguirlo, el sacerdote volvió su cara hacia mí y con un gesto de simpatía y un guiño de su ojo, me dio a entender que estaba conmigo.

Pedí a la madre priora me permitiera retirar a la capilla; deseaba estar sola, en silencio, meditar sobre lo que estaba sucediendo por escribir..., ese don que tantas calamidades trae. No acababa yo de solicitar el auxilio de la divina protectora, nuestra señora de Guadalupe, rosa Mejicana, cuando la hermana portera interrumpió mis oraciones. Tenía visita, esta vez de mi confesor don Antonio Núñez de Miranda. Adiviné a qué venía. Una reprimenda más. ¿Qué sería de mí? Mientras caminaba hacia el locutorio, veía las violetas escondidas entre las hojas de la planta y quise ser una de ellas, o tal vez, una de las gotas que escupía el pez de la fuente y desaparecer discretamente en el agua del estanque.

Callé, la obediencia y sumisión me hacían escuchar y sólo escuchar. Al padre le parecía increíble lo alegado por mí: que escribí sobre el *Sermón del Mandato* porque así me lo pidió el obispo de La Puebla de los Ángeles.

—¿Así piensas hija?

—Sí, Vuestra Excelencia. Así pienso.

—¿Olvidas que no eres una autoridad para ponerte a interpretar asuntos sagrados?

—Padre, sé que soy una ignorante. Dar una opinión distinta a la de Su Ilustrísima, el Padre Vieyra, fue un atrevimiento, cierto, pero..., ¿no lo es, o fue, en su momento, que el sabio sacerdote llevara la contraria a los tres Santos Padres de la Iglesia?

—No lo discutiré. Serás castigada.

Fue cortante, su condena caía sobre mí igual que un látigo. Era una oveja descarriada. Como pastor había fracasado con mi alma; no la podía conducir por el camino de la perfección. Pedí confesarme, mas sólo conseguí incrementar la penitencia impuesta por el Arzobispo, con flagelos y ayunos.

Lo más indignante fueron los chismes, esos que todos gozan al salir de misa en Catedral, los domingos. Pasó la prima María a saludarme, *rara avis*, y no se abstuvo de contar que, en una de las tertulias de la corte la virreina, doña Elvira se había expresado muy mal de mi atrevimiento. Todos temían por mi suerte. Quién me creía al interpretar y refutar, lo que decía un teólogo tan reconocido, como el padre lusitano.

Los regaños de mi superiora y los sermones de prelados causaron en mí una reacción inesperada. Las murmuraciones que llegaban a mis oídos me sirvieron de aliento, y decidí responder a la tal señora sor Filotea de la Cruz. Recordé que las buenas palabras no buscan el secreto y rogué a Dios que las mías llegaran a mi confesor y a don Francisco.

Así, encomendándome a mi padre san Jerónimo, y con una irónica reverencia agradecí a la muy ilustre señora sor Filotea de la Cruz el inesperado y peligroso favor de publicar mis borrones. Le hice saber mi extrañeza ante ello. Soy una pobre monja indigna de ocupar su atención; y le confié que, al recibir la carta impresa, prorrumpí en llanto por la confusión.

¡Y vaya que no es fácil en mí llorar ni responder! Tuve que expresar con silencios y la ayuda de los Libros Sagrados, que recomienda en su carta para mi acercamiento y salvación, aquello que me formó y ha moldeado este pensamiento. Le aclaré que, el no haber escrito sobre asuntos sacros no era falta de conocimiento, sino temor, cuidado debido a las Divinas Letras, para las que soy incapaz, poco digna. Me resuenan en los oídos, con horror, la amenaza y la prohibición del Señor en uno de los salmos *¿por qué tú hablas de mis mandamientos y tomas mi testamento en tu boca?*

Le abrí de par en par las puertas de mi corazón, para que supiera que el inclinarme al saber venía desde pequeña y, cuando vine a Méjico, se admiraban de la memoria y noticias que tenía. Por haberme alumbrado personas sabias entré de religiosa, dejando la corte virreinal. Ahora sonrío ante mis pretensiones; negada al matrimonio, quería vivir sola, no tener ocupación obligatoria que impidiese mi inclinación al estudio y, sobre todo, al amor hacia los libros, mis únicos maestros. Siendo hija de san Jerónimo, y de santa Paula, no podía ser idiota ¿Qué querría el santo para sus monjas e hijas espirituales si aconsejaba educar a las niñas en la dulzura de los Salmos, habituarlas a formar frases con los nombres de los profetas, de los apóstoles con el fin de enriquecer su memoria para el futuro y, la diaria tarea por entregar, se debía tomar de las flores de los escritores? El sagrado ejercicio de leer, y releer la herencia de los patriarcas, los reyes y jueces, me exhortó a continuar en mi intención de estudiar Teología ya que, siendo católica, no es correcto ignorar lo que se puede alcanzar en esta vida con medios naturales.

Por tal razón, dirigí los pasos de mi estudio hacia la reina de las ciencias, pero, ¿cómo llegar a ella sin lógica, retórica

o física? ¿Cómo saber los métodos generales y particulares con que están escritas la Sagradas Escrituras, sin aritmética, geometría o arquitectura? ¿Cómo, sin conocimiento, entender los libros de Historia y de Leyes? ¿Cómo comprender el lenguaje de algunas peticiones sin música, a Job sin astrología? En fin, el libro que comprende todos los libros y la ciencia que comprende todas las ciencias, piden, además de una continua plegaria, la iluminación de la mente.

Y era algo que ya habían descubierto muchas mujeres de las letras humanas y divinas. La reina de Saba, Débora, Abigail, Esther, Ana, las Sibilas y una diosa: Minerva. El mundo admiró a Pola Argentaria, Cenobia, Nicostrata, Aspasia e Hipasia y a una turba de doctas mujeres griegas, celebradas en la Antigüedad. Egipcias como Catarina, Gertrudis y mi santísima madre Paula, gran concedora de las lenguas hebrea, griega, latina, así como sus hijas Blesila y Eustoquio, alabadas por san Jerónimo, quien reconocía su sabiduría y virtudes. Es más, con el perdón del padre de mi orden y del Altísimo, siempre he pensado que fueron ellas, Paula, Blesila y Eustoquio las que llevaron la carga bendita de la Vulgata; la traducción de las Sagradas Escrituras del hebreo, arameo y griego al latín.

Se habría de prohibir la interpretación de las Divinas Letras por aquellos no virtuosos o de ingenios dóciles. No es justo que a las mujeres nos tengan por ineptas, también fallan los hombres que, por sólo serlo, piensan que son sabios. Son muchos a los que les ha hecho daño la sabiduría porque, aunque sea el mejor alimento del alma, si tienen un estómago que funciona mal y es viciado, crían humores fermentados y perversos. Engendran opiniones malévolas y se les obstruye el entendimiento, porque estudian mucho y digieren poco.

¿Por qué reprenden a las mujeres, que privadamente estudian, si la Iglesia ha permitido que escriban Gertrudis, Teresa, Brígida y otras muchas? Los expositores de san Pablo se apoyan atados al que “las mujeres en la Iglesia callan” y desconocen que en la Iglesia primitiva las mujeres enseñaban la doctrina unas a otras, en los templos. Este rumor interrumpía la predicación de los apóstoles y por eso se les mandó a callar.

Es cierto que la escritura requiere detenida consideración y, como dice san Agustín, unas cosas se aprenden para hacer y otras sólo para saber. Si la Santa Madre Iglesia no me prohibía escribir, entonces, ¿por qué me lo habían de prohibir otros? ¿Cuál fue el crimen de la *Carta Atenagórica* si al llevar una opinión diferente a la del padre Vieyra, saqué a relucir, en mi condenado atrevimiento, la soberbia del sacerdote lusitano en su disertación contra san Agustín, santo Tomás y san Juan Crisóstomo?

Quise contestar en versos a la religiosa del convento de la Santísima Trinidad pero, para hacerlo, me hacía falta la pluma del Rey David, la del sabio Salomón o la de Jeremías. Mis palabras, vertidas en metros, tal vez no hubieran sido tan duras, porque con menos enojo habrían honrado a mi ejemplo, las Letras Divinas; aunque me refiera a Casiodoro, el protestante traductor de la Vulgata a nuestra lengua: “Toda locución poética, tuvo su origen en las Sagradas Escrituras”.

Le envié a sor Filotea, las palabras del amable sacerdote que vino a officiar la misa. Ahora que recuerdo, fue el mismo que acompañaba a Su Ilustrísima Aguiar y Seijas cuando me reprendió, el mismo que con su mirada me dio aliento. Este cura me hizo sonrojar mientras hablaba desde el púlpito en nuestra capilla llenando mi angustiada alma de tranquilidad al defenderme de mis detractores.

Afirmó que había impugnado el Sermón del Mandato con sabiduría y respeto. Consideraba incomprensible que mi loable acción estuviese despertando tantas polémicas encontradas. Buscaba el pecado y no lo halló y le alegró no ser el juez ante una gran verdad que, en ese día del año de 1691, quedaba esclarecida por una hermana del monasterio de san Jerónimo.

En mi carta me despedí besando las manos de la monja poblana. Esperaba que el estilo fuese el debido y solicité, con mi inevitable sarcasmo, su perdón por la casera familiaridad ya que, tratándola como a una religiosa de velo, hermana mía, se me olvidaba la distancia debida a toda “ilustrísima persona”; pero apelaba a su cordura y benignidad para enmendar los términos usados ante la *Reverencia* que decentemente merecía.

“Todo bajo la corrección de Nuestra Madre, la Iglesia Católica Apostólica Romana,” así cerraba la edición de los villancicos que elaboré en honor de Santa Catarina. Tal vez mi carta de respuesta conmovió a su Excelencia el obispo de La Puebla y, para reparar el daño que me hizo, me pidió escribir esas canciones para la Catedral de Antequera, del Valle de Oajaca. ¡Generoso varón!

Nunca de varón ilustre  
triunfo igual habemos visto;  
y es que quiso Dios en ella  
honrar el sexo femenino  
¡Víctor, Víctor!

No estuvo difícil encontrar a quién dedicárselos. Catarina fue la elegida, noble virgen de Alejandría, quien juntó las artes liberales y, apenas con dieciocho años, superó a los varones más doctos en conocimiento. Su fe le dio el valor de abogar ante el gobernante que perseguía a los cristianos. Maximino convocó a los grandes filósofos para confundirla, pero ella, con la fuerza y sutileza de su argumento, les transmitió a estos el amor a Jesucristo, tanto, que algunos no dudaron en morir por Él. De nada valieron promesas, azotes, encarcelamiento y ayunos, impuestos por la autoridad; Catarina siguió firme en su creencia. Con

el poder de la oración hizo pedazos la rueda en donde la torturaron y martirizaron. Su cuerpo fue colocado por los ángeles en el Monte Sinaí.

Supe que el licenciado don Mateo Vallados, el Maestro de Capilla, puso mis villancicos en metro músico. No los he oído; sin embargo, estoy segura de que el trabajo de tan excelente compositor realzó mis humildes estribillos y coplas. Creo que en esa región vallense exageraron con el amor que me brindaron al llamarme: Prodigio de la Naturaleza, Prototipo de las Ciencias, Oráculo de toda la América. Si existe un halago que me envaneció, fue el de Mujer Fuerte, singular entre todas. He pedido perdón a mi Señor muchas veces por ello, mas no puedo evitar todavía que, cuando lo recuerdo, lo disfruto y me sonrojo.

Esa fortaleza la extraje de mis entrañas, de mi corazón torturado por los dimes y diretes de prelados, cortesanos y familiares que no permitían pasar al olvido mi osadía al refutar el *Sermón del Mandato*. Por eso, entre las líneas de los villancicos, se fueron las ansias de detener aquella corriente turbulenta que me arrastraba al mar. *Aguas puras del Nilo, parad, parad*. La tierna flor de saber y pureza me dio la oportunidad de volver a nombrar mujeres de mucho entendimiento y hermosura: Abigail; las salvadoras de Israel: Esther; o las calumniadas como Susana.

La música y mis palabras victoreaban a santa Catarina, quien con su ciencia divina a los sabios convenció. Prueba de que el sexo no es esencia en lo entendido. Mujer y, como dicen, ellas sólo saben hilar y coser, ésta a hombres y al diablo venció. También era santa sin que le estorbaba para ello el saber. Y, aunque piensen que las maravillas fueron los Muros labrados por Semíramis, el Coloso, las Pirámides que hicieron los egipcios, el Mausoleo fabricado por Artemisa

para su esposo, el Templo de Diana en Efeso, la estatua hecha por Fidias a Júpiter, la Torre de Faro que iluminaba el reino del mar; pues no acierta ninguno ya que la más peregrina maravilla es Catarina: fue Muro, Coloso, Pirámide que al Cielo se fue y es de Cristo Sacramentado Mausoleo.

Soñé con el abuelo. Venía desde muy lejos, poco a poco se me acercaba y al verme me abrazó y levantó de este inseparable camastro, con sus fuertes brazos acostumbrados al arado y a cortar leña en las faldas del volcán.

–Isleñita, Isleñita mía– repetía sin cesar, mientras yo, sintiéndome niña, volaba por el aire con su ayuda y reía, reía sin parar.

Sus palabras eran bálsamo que tranquiliza, como el agua cuando corre por los surcos. Tomando mi mano, que ya no se perdía entre las suyas, dijo saber todo lo que estaba ocurriendo. Me aconsejó hacer a un lado el conflictivo sermón y enterrar las críticas que a mi crisis hicieran algunos de los curas de la Iglesia, que si él pudiera hablar y contar lo que había visto y escuchado de su comportamiento, los dejaría quietos, a uno en su confesionario, al otro paralizado en el sillón arzobispal y, al que se hace pasar por hembra, le bajaría las enaguillas.

Esos eran hombres necios y más que necios. Para él y muchos, sus regaños estaban dictados por la envidia a una mujer cuya obra, publicada en Madrid y varias ciudades españolas, era leída por todos los que sabían hacerlo. Los galeones que partían desde Cádiz hacia los puertos del Nuevo Mundo traían tomos de *Inundación Castálida* para la Nueva España, Nueva Granada, el Virreinato del Perú y el de la Plata. En la península y en las colonias se maravillaban de

la calidad y alcances de las poesías de su nieta, la niña Ramírez, la hija de Isabel.

–No son dignos de un lugar en tu cabeza. Olvídalos, vuélvete sorda, hija del mar como Galatea, la de Góngora, y ponte a soñar, mi isleña– decía a mi lado aunque la voz la oía muy distante. Soñar, soñar es quizás el verbo más dúctil, responde a nuestras necesidades y suele ser compañía valiosa e inseparable.

–Ha soñado Calderón, soñó Quevedo. Hazlo tú mientras desgranas el rosario.

Le conté que ya lo había hecho y con versos vaciados en una silva triangular soñé un día eterno, atravesé tinieblas, combatí tenebrosas aves y comencé a subir lentamente, verso a verso, hasta alcanzar la cima donde Dios me esperaba. Después descendí guiada por cantos, así llegué a la luz. Pude ver, entonces, el mundo iluminado y comprender que los que me dañan no merecen ni el recuerdo.

Seguiré soñando. Flotando en otra esfera, desde donde veré, si de repente la memoria los trae, a unos de sotana y a una de miriñaque y escote provocativo, muy pequeños, grandes en sus mezquindades y suplicantes ante Nuestro Señor quien, estoy segura, se hará el sordo, les estrujará en el rostro sus injusticias y los enviará al infierno. Lucifer se encargará de darles el trato reverencial que tanto aman.

El *Sueño* es lo único que compuse por gusto. Algo más que un sueño, más que un viaje, es una experiencia fuera de mí antes de vivir esta agonía. El abuelo me ha consolado, abre sus brazos con la esperanza de tenerme pronto con él. Yo sigo la luz que me atrae y conduce no sé dónde, esa luz que ilumina el camino de regreso hacia el Paraíso de un viejo castellano que se me adelantó.

Se va... se está yendo. Me deja de nuevo. Siento que la oscuridad se lo lleva y me cubre. Ya no le dije que, soñando, le hice un altar a mi Señor, al Altísimo.

Esos paños que las hermanas retiran de mi frente, empapados en sudor, se llevan los recuerdos que transpiro, parte de lo que fui, una porción de mi ser que se despide. Mi debilidad no me permite hablar; no obstante, siento que permanezco en un continuo diálogo con la memoria y el tiempo que transcurre lentamente, el aire respirado con dificultad y las caritativas monjas que me cuidan y veo borrosas.

Aquella tarde, el tañer de campanas a deshora nos congregó en el patio. Las monjas llevábamos lienzos húmedos sobre los ojos para evitar el lagrimeo y el ardor. La madre priora nos hizo seguirla a la capilla y allí guió ruegos y oraciones por la paz en la Nueva España y la seguridad de nuestros gobernantes.

Desconcertadas, obedecemos. Desde mi reclinatorio oía galopar a los caballos en la calle. Las voces de los paseantes eran de alarma y protesta; podría asegurar que algunas personas se encontraban cobijadas en el dintel de la puerta del convento.

Al terminar la oración comunitaria fui por Ceferina. Le había hecho un delicado encargo que requería, además, la ayuda de un hombre fuerte, que moviera bultos, toneles y arcones. La esclava me esperaba cerca de la huerta, tenía cara de miedo y muchas ganas de hablar conmigo...

–Ven, Ceferina– le dije, e iluminaba su cansado rostro con la luz de las velas del candelabro. Mientras caminábamos hacia mis aposentos me confió que Chucho, el pregonero

que le gustaba, se pasó de listo. La miré interrogante, mas ella sólo hizo relucir tímidamente, la blancura de sus dientes, contrastando con el fondo oscuro de su tez, quizás en busca de mi comprensión.

–Madrecita Juana– dijo apenada, al jurar por su santa madre que no había sido su intención cambiar las indicaciones que le di.

–No te entiendo, Ceferina ¡Cálmate! ¿Qué pasó con mi petición?

Se desbordó contando que, al revisar las bodegas de palacio, bien conocidas por ella, ya que había estado a mi servicio desde los tiempos de la señora virreina doña Leonor, oyeron un terrible estallido que los asustó. Ya habían encontrado el baúl que les describí y encargué traerme, lo empujaron hacia el patio y, al ver cómo volaban las varas encendidas cerca de donde estaba la pólvora, se dieron prisa y con una de las que habían caído, le prendieron fuego a mi arcón. Ceferina tomaba aire a bocanadas y se limpiaba la sudorosa frente con el holán de su blusa. El polvorín estaba explotando e incendió los salones de palacio. Corrieron soldados, criados, muchos señores y todas las damas de la corte. Chucho y ella lograron escapar por el pasadizo que les indiqué. Fuera del edificio la gente gritaba “tenemos hambre”, portaban morrales llenos de piedras que lanzaban al palacio de los virreyes.

La turba estaba molesta. Mi esclava y su pelafustán alcanzaron a huir, sin cumplir con el encargo. También olvidaron en una de las garitas, la canasta con los jamoncillos y suspiros que, supuestamente, iban a entregar. Chucho se quedó; entre la plebe distinguió a sus hermanos y se les unió. Ceferina, mi pobre negra, desesperada por la suerte del amado, le ofreció una novena a san Hipólito, prometió ayudar a los juanitos y también dejar de comer alegrías.

Chucho, el pregonero, no podía hacer nada bien. Me enojé porque no trajeron lo que les ordené. Los enamorados pensaron que, como yo deseaba quemar el baúl, daba lo mismo que se volviese cenizas allí o en el convento. Par de idiotas. Hicieron más de lo que les pedí. Ciertamente es que contenía impresos comprometedores para la virreina María Luisa y para mí, tenía algunos escritos que Lysi no deseó llevarse a España, por considerar que Méjico los debía dar a la luz del mundo. Esa pérdida fue una tristeza.

Aquello se convirtió en un caos, se incendió el palacio. El fin del mundo para Ceferina, quien lo vivió. Yo sabía que el descontento era por culpa del hielo y así se lo dije a ella, aunque no prestaba atención a mis argumentos. Las heladas habían sido muy fuertes y continuas, duraron varios meses. Escaseó el maíz. En las trojes de reserva se vendía al pueblo una medida de grano y, por estar racionado, costaba caro.

Ceferina continuó hablando sin parar. Contó que los hermanos de Chucho apedrearon el dormitorio de la condesa y vieron a Su Excelencia, el virrey, salir cubierto por las hungarinas de los soldados, mientras lacayos y oficiales hacían una valla de picas para evitar que alguien se acercara. No distinguió a la virreina. Las malas lenguas, veloces como rayos, dijeron que se divertía lejos del esposo. Todos los que huyeron iban al convento de San Francisco. La madre de su señor, como llamaba algunas veces a Chucho, fue atropellada al correr, dejando atrás el palacio en llamas. Los hijos comenzaron a gritar:

—Nuestra madre ha muerto.

Indignados, la llevaron a casa de Su Ilustrísima, el arzobispo, para mostrarle cómo los trataban. Sobre un sarape colocaron a la pretendida difunta y entre cuatro, que se iban turnando, la sostenían en alto y la metieron al palacio

arzobispal acompañados por la turba. Decía mi negra que Su Ilustrísima estaba muy molesto. Yo pensaba, al escuchar esto, en la rabieta del odioso don Francisco: tenía prohibido a las mujeres entrar al recinto arzobispal, bajo amenaza de quitar las lajas que pisaran. El prelado fingió no entender por qué se quejaban. Corrió a la gente y los citó en Catedral para orar por el bienestar del pueblo y la paz del virreinato. En ésas andaban cuando escucharon la voz de la anciana decir “acomódenme bien”. Mi Ceferina la pellizó para cerciorarse de lo que oyeron, y si esto era cierto, callar a la suegra y obligarla a seguir haciéndose la muerta. Después la pobrecita se preocupaba, por el reclamo de Chucho, al conocer su atrevimiento.

–Ay, Ceferina, Ceferina, ya no cuentes más, –le pedí.

No sabía si llorar o reír; no podíamos hacer nada por la gente. Ceferina no deseaba cerrar la boca. Insistía en que imaginara la turba irrespetuosa siguiendo al carruaje que salía del palacio del arzobispo y que, casi para llegar a la catedral, voltearon y destrozaron. Pregunté por Su Ilustrísima y me dijo que a ese cura flaco Dios lo protegía, o tal vez tenía bien amarrado al señor San José. Llegó caminando junto con un padre al que, por su descripción, identifiqué como don Carlos de Sigüenza.

La envié a su habitación y regresé a la capilla. En el camino escuché a unas hermanas decir que no tardaría en venir algún enviado a dar parte oficial de lo ocurrido. En efecto, después de misa, el fraile franciscano encargado de confesar, nos confirmó lo que, por criados y familiares, ya sabíamos en el monasterio. Los virreyes, muy temerosos y afligidos, estaban refugiados en su convento. Nuestro arzobispo, con sermones, pretendió contener las malas intenciones de la plebe desenfundada. El incendio abarcó todo el palacio.

–Quién sabe a dónde se vayan los Condes de Galve después de este suceso– se preguntaba el fraile.

1692 fue un año desgraciado para el reino de Méjico. Las noticias que llegaban, eran preocupantes. Las cosechas se habían perdido y algunos obispos, faltando a la caridad y olvidando ser generosos, se negaron a compartir el grano de sus trojes; entre ellos, el de La Puebla de los Ángeles, Monseñor Fernández de Santa Cruz. Hubo inundaciones en la época de lluvias y, heladas muy fuertes en invierno. A nosotras se nos encomendó hacer más oración.

Incluí en mis rezos unas preces de agradecimiento por la aparente paz y calma de ataques y regaños en contra mía. Ya no me visitaban los jefes de la Iglesia, ni enviaban sus reproches. Fue como una tregua, un tiempo de descanso, un cese de hostilidades, que me permitió pensar en lo que desearía hacer.

Mas regresando a la triste experiencia de aquel terrible año, recuerdo que la escasez de alimentos también llegó a San Jerónimo y para cenar nos esperaba en el refectorio una pequeña porción de fruta de la estación, queso y pan de maíz, comida del pueblo. Para mí las tortillas eran una delicia; las comía desde niña y siempre añoraba las recién salidas del comal. Algunas de las hermanas nunca las habían probado; otras ofrecían comerlas como un sacrificio, y unas dijeron que sentían el estómago revuelto de sólo olerlas.

Después de tomar el refrigerio, paseaba un rato por los corredores, rosario en mano, antes de regresar a las rogativas.

Mientras lo hacía no dejaba de lamentar la destrucción del palacio Virreinal. Recordaba la ciudad que conocí cuando vivía con mis tíos y primos.

Era una chiquilla. Había vivido en la hacienda de Panoayan con el abuelo, a quien amé entrañablemente. De carácter adusto y cerrero, reservaba su cariño para mí, de él recibí caricias que me acompañan todavía. Sus abrazos eran fuertes y le gustaba tomar mis trenzas entre las manos, para dirigir mi rostro hacia sus ojos. Él mismo se preocupó de que siguiera cultivando ese temprano afán de aprender y le pidió a María, una de sus hijas, que me protegiera y llevara a su casa en Méjico. Allí viví hasta que decidieron entregarme a la corte.

La casa de don Juan de Mata estaba cerca de El empedradillo y ostentaba, encima de la puerta de entrada, el escudo de familia labrado en piedra. Tía María la consideraba muy bonita. Aunque para mí, los cuartos de Panoayan eran mejores, las ventanas ofrecían una vista muy agradable, hacia el campo y, sobre todo, se percibía el suave olor de los frutales. Los corredores, eran una invitación para contemplar mi venerado volcán, el Popocatepetl, guardián devoto del Iztaccíhuatl.

La casa en Méjico estaba recién construida, con grandes habitaciones que daban a una galería protegida por una celosía de madera. Una sala con muebles de cuero repujado, adonde me escapaba para leer, y en la que miraba con desgano el cuadro que un pintor amigo hizo para los tíos: *La Adoración de los pastores*. Allí faltaba yo, los pastorcillos tenían la cara de Juan, José, Salvador, María y la pequeña Isabel. Había un primer patio en donde algunas veces representaban obras de teatro. Muchas eran tan divertidas como mis posteriores comedias y sainetes, pero otras contenían parlamentos muy difíciles de entender. Venían los actores en carros tirados por

caballos, que entraban al corral de la casa y esperaban allí, con su cuadro listo para hacer su aparición. Los criados traían las sillas de sus amos. Los niños teníamos prohibido asistir; sin embargo, nos asomábamos a través de los barrotes del barandal de la escalera. Los primos éramos muy unidos al hacer esas travesuras. A mí me gustaba escuchar lo que decían los actores, y a los primos les fastidiaba. Disfrutaban las máscaras, los estribillos y las risas que los entremeses provocaban en el público.

Convivía con los Mata; me gustaba jugar con Belilla, la más pequeña de la casa; la enseñé a caminar, a pronunciar sus primeras palabras y a rezar. María, mi otra prima y los niños, me hacían sentir cierta distancia. No me incluían en sus juegos o era objeto de algunas bromas. Me alejaba y entretenía viendo pasar las trajineras por el patio de lavaderos. Allí estaba la huerta y había un acceso por donde los marchantes entregaban pedidos.

Extrañaba a mi madre y hermanos. Ella se preocupaba por mi bienestar. Enviaba nata y quesos para el consumo de la familia en Méjico y, en almíbar de panela, el delicioso dulce de higos provenientes de la higuera con la que yo hablaba de niña. Los arrieros, que iban por el rumbo a cargar sus recuas de mulas, con barriles de cerveza en el fermentadero de Meca Meca, aceptaban traer el encargo a la casa de los Mata.

No me comía los lácteos, se los dejaba a los primos. Comer mucho queso embrutece; aunque creo que a los Mata la poca inteligencia les venía del padre.

Don Juan no aprobaba la nueva unión de mi madre con don Diego Ruiz Lozano. Una vez me hizo llorar a la hora de la comida del mediodía, cuando nos congregábamos alrededor de la mesa. Mientras se llevaba los higos en almíbar a la boca y la miel resbalaba por su barba, decía:

—¿Habéis conocido la última locura de la tía Isabel?

—Juan, por Dios, no hables de mi hermana enfrente de los niños.

Lo más doloroso de este recuerdo fue que mis primos se mostraron divertidos con el comentario. Para aplacarlos, la tía María les llamó la atención por no obtener igual provecho que yo, al estudiar con los maestros, quienes venían a casa a enseñar música, historia, gramática y otras artes.

Guardé con celo algunos libros de la biblioteca de mi abuelo Ramírez de Santillana y, cuando me encontraba sola, hojeaba con cuidado la *Illustrium Poetarum Flora*. Fui feliz el día que pude entender lo que estaba escrito en esas páginas. Al comunicárselo a don Juan, contenta por la lectura que hice, montó en cólera porque sus vástagos no avanzaban del mismo modo. Por eso decidí leer sin comentar, consultando mis dudas a los preceptores y callando el conocimiento. Sin embargo, los maestros se ocuparon de darme fama entre otros pupilos y sus familias.

¡La fama parlera! La que aún, en medio de esta agonía, me hace suspirar.

Con gusto salía, cuando era necesario, por los encargos de la cocinera. Claro, una de las criadas o esclavas me iba siguiendo con la canasta; trataba de que enviaran a Ceferina, esa negra sandunguera que siempre me ha servido. Con ella aprendí a comprar las hortalizas y regatear su precio. Íbamos por el conejo, chichicuilotos y gallinas cerca del puente Monzón, allí nos tapábamos las narices con un pañuelo al pasar, pues las acequias despedían mal olor.

Nos deteníamos a escoger los chiles secos, yerbas para infusión y especias. Caminábamos hasta la Plaza Chiquita de Regina; a todos les encantaban los chorizos de Toluca que allí mercaban. Al pasar por el convento de las religiosas de La

Concepción, tocábamos el portón y, a través de un postigo, las madres nos vendían polvos para purgar y agua para los ojos nublados de Agustina, la lavandera. Ella había oído que esa agua era muy milagrosa. Decían que ayuda a curar los males de la vista. Sin embargo, por lo que supe, con Agustina no se vieron buenos resultados: quedó ciega.

Antes de terminar de hacer el mercado del día, dábamos una vuelta alrededor de la plaza y, como el clima por lo general era fresco, invitaba a mi Ceferina a tomar una jícara con chocolate caliente, al que le echaban un puñado de maíz cocido.

—¡Válgame Dios, qué ocurrencia la de esta niña! Igualar a la esclava con la señorita— escuché decir un día a una comadre de los tíos.

De regreso a casa pasábamos por las Bernardinas. Allí comprábamos pastas y jaleas para los mocosos Mata. La niña Ramírez prefería hacerse, con los tlacos reunidos, de las que vendía un pastelero en la plaza con su pregón:

Pastelitos, niña, pastelitos.

Pastelitos y jalea

Pa'la chula y pa'la fea.

Nunca imaginé que yo era la fea. El tiempo haría que Ceferina, la chula, se uniera a Chucho el pregonero cuando le concedí su libertad.

Algunas veces visitaba a mi madre y a mis hermanos. Regresar a Panoayan y no ver al abuelo me entristecía. Sin embargo, me entusiasmaban las fiestas de La Asunción, cuando iba a la casa acompañada de la tía María y los primos. Las petacas y canastas, el hato, se enviaba desde el Puente de Palacio, en canoa, hasta el desembarcadero de Ayotzingo.

Nosotros hacíamos el viaje por tierra y al llegar, después de descansar en una de las posadas cercanas al claustro, las recogíamos. Nos esperaba una carreta con gente de la casa para partir rumbo a la hacienda.

Me llenaba del paisaje, los volcanes, las fumarolas de “la montaña humeante” y la nívea placidez de “la mujer blanca”. La llanura verde recién regada por las primeras lluvias refrescaba la vista y la mente. Esta unión del campo y el cielo, rodeando la laguna al capricho de Dios, me hacía olvidar la ciudad; un lugar todo rectitud, lleno de iglesias, conventos, casas, palacios y calles. Aspiraba con gusto el aroma de los mirasoles y las flores de árnica y manzanilla, que crecen a lo largo del camino. Veía los árboles que sacudiríamos para recoger manzanas, membrillos o chabacanos, deliciosa fruta con la que Chonita nos prepararía sus sabrosos ates.

Todos en la hacienda me decían que había crecido mucho. Mi madre me veía graciosa y educada. Yo sentía distantes a mis hermanos; sólo Diego me pedía que lo enseñara a leer, o le leyera las páginas de los libros que había encontrado en las habitaciones clausuradas de los abuelos. La tía María repetía sin cesar que me estaba convirtiendo en una señorita y que tenía un bello y gentil porte.

–No en balde su padre atrajo con locura la atención de mi hermana Isabel– la oí decir cuando hablaba con el tío.

–Era un buen mozo, seguramente de él heredó la hermosura y de su madre los ojos Santillana.

Estos ojos, que captan todo, hasta la forma de respirar y el pensamiento de los que me rodean, reflexioné entonces, mas no me atreví a decirlo. Con frecuencia me ha sucedido que, al traer a la memoria mi niñez y contemplar el agua de la fuente de alguno de los patios de San Jerónimo, en ella se ha reflejado mi rostro de diferente tamaño y distintas expre-

siones. Me angustiaba esta visión, por eso revolvía el agua para que se borraran las imágenes. Así son algunos recuerdos, al removerlos y hablar de ellos, desaparecen... pero hay otros que, por estar hasta el fondo, permanecen.

Un día, al despertar, se acercó tía María a mi lecho. Comenzó con un breve discurso sobre el honor que recaía en la familia y nuestra gran fortuna. Añadió que la fama de mi belleza y entendimiento corría por la ciudad y los señores virreyes solicitaron al tío, don Juan, que me entregara al servicio de la corte. Pasé a ser una de las damas de la virreina doña Leonor Carreto.

Nadie me preguntó si quería vivir en un palacio o ser parte de la corte de los Mancera. Ese día me quedé mirando hacia el infinito, sin hablar, y me sacaron del ensimismamiento los gritos de mis primos; tan fuertes como los de la turba desesperada que muchos años después intentó pedir asilo en el convento.

El dolor no me abandona. Tengo llagas y las cataplasmas de hojas de col no alivian este constante malestar, aunque las cambien dos veces al día. Siento mi carne maltratada y despidiendo mal olor. Pienso en la perdida redondez de mis hombros y la blancura de mi otrora juvenil espalda, perfumada con aceites orientales, traídos en la Nao de China. La piel de ángel, que realzaban los trajes hechos por las costureras de la corte, es ahora un macilento cuero, grisáceo, e impregnado de pomadas y emplastos.

No puedo olvidar el día en que entré, asustada, al palacio virreinal. Subí por unos escalones de cantera que se movían al pisarlos, temblaba de frío, de miedo e incertidumbre, provocados por tantas miradas que sentía sobre mi delgado cuerpo. En la planta alta me asignaron habitaciones para uso personal, oratorio y lugar para los criados. Al partir, tía María me entregó a Ceferina, la esclava negra que mi madre me compró.

La marquesa fue muy amable, notó mi cortedad de ánimo. Yo era una tímida jovencita ante un mundo desconocido. Quedó prendada del matiz rosa de mis mejillas y asombrada de mi talle estrecho. Ella me enseñó a vivir dentro de la corte, llegué a querer mucho a esta maternal mujer y me hacían sufrir sus discretas penas. Por allí andan unos sonetos dedicados a doña Leonor, cuando una gravedad en mis años mozos me acercó a la muerte:

*En la vida que siempre tuya fue,  
Laura divina, y siempre lo será,  
La parca fiera, que en seguirme da,  
Quiso asentar por triunfo el mortal pie.*

La muerte, esa justiciera que a nadie perdona, ahora me tiene rendida a sus pies en espera de su última palabra: ven.

Su Excelencia el virrey y su esposa fueron extremadamente gentiles conmigo. Me hacían sentir dama muy querida de la virreina. La acompañaba a oír misa en la real capilla y a contemplar a Méjico desde su balcón; me distraía al ver las trajineras pasar por debajo del puente de palacio. Gozaba del crepúsculo en ese hermoso balcón ensamblado y dorado, con su zaquizamí y plomada.

Aprendí a disfrutar de las fiestas, saraos y fastuosos bailes que se organizaban en palacio. La corte estaba llena de juventud y alegría, pretendía imitar el boato de los reinos en donde Mancera había fungido de embajador, Alemania y Venecia. La virreina lucía todas las perlas que le obsequiaban, las usaba en collares, pulseras, enredadas en su cabello rubio y, algunas veces, hasta las hacía bordar en su falda. Los Mancera también amaban las tertulias y demostraban su afición a las letras, rodeándose de pensadores y protegiendo a los sabios, a quienes invitaban a tomar chocolate en las mancerinas, diseñadas por el virrey, para beber con mayor comodidad y regocijar los sentidos con tan exótica bebida. Eran tazas con un plato alargado en el que se servía el bizcocho; en las alacenas del refectorio hay unas, todavía.

¡Ah! ¡Qué paraíso es la gula! Lástima que sea pecado el excederse con la comida, quizás por eso algunos se recetan el chocolate para la frialdad del estómago y supe de señoras que se lo hacían llevar a la iglesia cuando los servicios eran muy

largos. Basta... haré a un lado ese paraíso que cada día se aleja más de mis tentaciones.

Los letrados en la corte me miraban con recelo. La fama parlera, la misma de mi Leonor en *Los Empeños*, había llegado a sus oídos. No me veían con buenos ojos. Yo era una chiquilla, recién entrada al servicio de la corte como dama de la virreina; según algunos bonita y, según otros, conocedora. Intentaba ser discreta y me esmeraba en atender los deseos de Leonor Carreto de Mancera. Una vez más recuerdo ese día en que los virreyes me pidieron asistir a un examen ante los sabios de la época. No me pude negar, era un mandato. El día señalado para el certamen concurrieron unos cuarenta entre teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas y hasta algunos de los que llaman tertulios. Sus preguntas me llevaron a la encrucijada del trivium, las tres primeras artes liberales: gramática, retórica y dialéctica. Pero estos sabios ignoraban que desde los tres años leía y más leía. No me bastaron castigos, ni me estorbaron las reprensiones ante el deseo de leer los libros que tenía mi abuelo. Para mí la gramática fue un juego de letras; creo que no llegaron a veinte las lecciones que tomé, puse de testigo al bachiller Martín de Olivas. En retórica admiraba al griego Aristóteles. En cuanto a la dialéctica, era cosa de razonar metódica y justamente. Después pasamos al quadrivium que comprendía las cuatro artes matemáticas: aritmética, música, geometría y astrología.

No recuerdo bien el cuestionario de aritmética, ni el de geometría, mas la ciencia astronómica conocida y comentada por algunos visitantes de palacio, me permitió disertar, ante los respetados maestros, sobre el torpe conocimiento humano, oscuro tanto tiempo, pensando supersticiosamente, que los cometas eran precursores de siniestros sucesos. En

cuanto a música había oído hablar al maestro de capilla de la Catedral, sobre el benedictino Guido D'Arezzo, el aretino de principios del milenio, y de su importante y único sistema de notación, utilizando sólo seis notas, para que cualquier persona estudiosa y entendida pudiese cantar. La séptima nota, fue añadida a su escala hace dos siglos, detalle que desconocían algunos de los presentes.

Mi timidez no representó inconveniente para contestar a sus preguntas. Se asombraban de mi conocimiento. En una de las cabeceras de la mesa de la Sala del Real Acuerdo estaba Su Excelencia, yo, en la otra. A los lados, aquella hilera de ojos de cuervo y barbas puntiagudas, que me penetraban como dardos en espera de una equivocación. Salí ilesa de la prueba y la mirada aprobatoria de don Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera fue el gran aliciente y, como bien dijo, me defendí a la manera de un galeón real.

Me respetaron en la corte, el virrey me protegía, los halagos de los sabios y de algunos cortesanos no tardaron, les recordé al Niño Jesús entre los Doctores. Sin embargo, siempre viene esto a mi memoria, aunque no merezca mi recuerdo: el acercamiento de uno de ellos. Él tomó mi mano y murmuró: “tanta inteligencia debería estar al servicio de Dios”, luego estampó un sacro beso en la cruz de su breviario. Sentí miedo al ver mi rostro reflejándose distorsionado en sus anteojos; sus palabras fueron una sentencia. Era el confesor de la nobleza, el mismo que murió hace poco. Pero, también agradezco el nacimiento de mi gran amistad y aprecio hacia don Carlos de Sigüenza y Góngora, el hombre más sabio que he conocido. Acababa de abandonar la Compañía de Jesús y estudiaba en la Real y Pontificia Universidad de Méjico; nuestro entendimiento quedó unido para siempre desde aquel día.

La alegría de la corte era contagiosa, otras jóvenes acompañaban también a la virreina y participaban en las tertulias y en los juegos. A veces yo componía acertijos y adivinanzas para entretenerlas. Un día les regalé un oráculo. Mi confesor, al enterarse, me prohibió continuar con ese juego, que según él, me había inspirado el demonio. Cerca de mis habitaciones estaban las de Beatriz y las de Teresilla. En las noches, antes de retirarnos a dormir, intercambiábamos chismes divertidos, como cuando supimos por un visitante que al virrey marqués de Mancera no lo deseaban en el Perú, donde su padre gobernó, por eso lo enviaron a la Nueva España. Platicábamos de ilusiones pero, ¡qué tristeza!, las mías estaban limitadas.

Elaboraba pastas, rosquetitas y dulces para acompañar los recados de doña Leonor, a los que muchas veces adorné con mis versos. Algunas damiselas cosían ropa de cama, manteles, camisones, enaguas, lienzos que depositarían luego en sus baúles, en espera del caballero apropiado con quien desposarse. Yo trabajaba en las costuras de la virreina, bordando con flores y arabescos, sin interesarme en hacer algo para un ajuar. También tejíamos las puntas para las casullas de los confesores y orlábamos manteles para los altares de la catedral y otros templos.

Las mañanas me parecían muy largas. Después de misa esperaba a la virreina en uno de los salones para acompañarla en las labores de ese día. Las tardes, pasando la obligada siesta, eran más amenas. Leía, en voz alta, versos de los poetas de la península y piezas de teatro; los cortesanos gustaban de las representaciones y se divertían. Las noches acababan casi siempre en lisonja y fiestas iluminadas por olorosos cirios que adormecían a los asistentes.

Tenía poco tiempo libre. Pero siempre lo conseguía para leer los libros que me prestaban y escribir los versos que rondaban por mi cabeza. Viví a gusto entre los nobles.

Cada vez que contemplo el muro blanco, donde resalta el retrato que pinté a petición de Lysi, revivo uno que me hicieron en la corte. El marqués de Mancera y su esposa no deseaban olvidar a sus damas, y uno de los Juárez, José, fue el escogido para retratarnos. El padre era muy reconocido, pintó imágenes y escenas religiosas de profundo misticismo. Algunas de ellas las conocí en el convento de las carmelitas. Tenía una especial devoción por santa Teresa. Yo también admiro a la santa de Ávila, cuando me sermonean busco consuelo en la descripción que hace de ella el irritado monarca Felipe II “monja andariega y atrevida”.

Tengo días pensando dónde estará mi rostro y lo veo de mano en mano entre algunos de los que ahora leen *Inundación Castálida*. La vanidad y la obediencia me llevaron a posar, durante horas, para una pintura que aprobó doña Leonor.

—¡El parecido es muy grande!— exclamó sorprendida al verlo terminado.

Muerta ella, ¿quién cuidaría de sus pertenencias, a quién le importaría conservar los objetos de su aprecio?

Esto me lo pregunté durante años hasta que, hace poco, el padre Diego Calleja, respondiendo a una carta de agradecimiento que le envié a España, me dijo en un correo que ya me conocía; pues no sólo había oído hablar sobre mí, sino que también vio un retrato. En el transcurso de nuestra correspondencia me enteré de que el jesuita y el marqués

de Mancera, ya bastante viejo, se visitaban y me conoció en su casa. Por fin supe, después de tanto tiempo, quién resguardaba los efectos personales de Leonor de Mancera.

El Reverendísimo padre Diego Calleja, del Colegio Imperial, dio su licencia para la publicación de mi libro, imaginando a la joven Inés, de actitud cortesana, con su hábito de jerónima, y le sumó el deterioro que los años imponen en cualquier rostro. Mientras el marqués, a quien mi pluma le negó versos, tal vez reviviría los años tiernos, llenos de vida y con ilusiones muertas, de una dama muy querida por su esposa, a quien él llevó a encerrar a un convento. La monja que ahora todos admiraban, los escritos de la Décima Musa leídos por muchos en la península, eran los de una sabihonda poco apetecible, perturbada con su mirar y ruborizada por sus insinuaciones cuando él gobernaba en Méjico.

Se vive bien en la corte virreinal. Los peninsulares están rodeados de comodidades, y algunos funcionarios dicen estar mejor que en Europa. Acaban de traerme algo para merendar. El olor del ate me tienta, mas no me apetece. Huele a guayabas y eso me remonta a la niñez, a las tardes en que la abuela Beatriz me pedía ir por hojas del guayabo para perfumar la avena de la merienda. Al día siguiente le ponía hojas de naranjo o una cascarita de limón, sólo los domingos le daba sabor de lujo con rajadas de canela. Puedo saborearla en mi memoria y olerla con mis recuerdos.

Cuando visitaba las huertas de los virreyes en San Cosme y Tacubaya enloquecía con la cantidad de árboles frondosos que nos esperaban. Las damas de la corte, salíamos de palacio muy temprano, en carruajes preparados con anterioridad. Los cocineros llevaban bocadillos y aguas que cargaban las mulas. Nos deteníamos en el camino para admirar el paisaje, estirar las piernas o comer. El sendero hacia las huertas estaba custodiado por colorines que lucían sus mágicas flores rojas. ¡Qué belleza! exclamaba feliz al llegar y ver los ciruelos o los duraznos con sus florecillas rosadas y los manzanos con las suyas blancas. Los árboles llenos de follaje nos recibían alegres; yo pensaba en que así era el camino que nos conduciría al cielo. El aroma de los frutales nos envolvía y, corriendo entre uno y otro arbusto, se pasaban las horas.

Recogía muestras de las hojas y analizaba su forma; las lanceoladas de los capulines cuidaban sus pequeños y gustosos frutos. Las redondas de las fresas para proteger el apetitoso bocado. Las acorazonadas, de los árboles más altos, eran inalcanzables y nos hacían sufrir. Llegar al corazón es siempre difícil, pero el verde nos llenaba, como la esperanza que nos nutre, y las ramas extendían su abrazo y nos decían adiós a la hora de partir.

En el tiempo de cosecha, salían muchos cestos con frutas, que se regalaban a los conventos o casas de recogimiento para prepararlas en ates o dulces. La huerta quedaba triste, con hojas a punto de caer y ramas en espera de una renovación. Es parte de la pompa festiva de la naturaleza, invitándonos a volver a empezar. Sin embargo, yo, al morir, me convertiré en polvo sin distingos.

Parece inútil machacar el velludo tallo del cardo santo en un cazo con agua hirviendo y tomar luego, tres veces al día, una taza de la infusión que con este mejunje se hace. Dicen que es bueno para disminuir la calentura, lo probé con mis hermanas de la congregación cuando enfermaron, y no dio buen resultado, murieron. Mas, obediente y atenta al esfuerzo de las monjas que me cuidan, lo bebo, pero sé que esta peste no se cura. Una interminable guerra mantiene mi cuerpo aprisionado y suspiro esperando una tijera que corte el hilo que a la tierra me ata.

¡Qué año tan aciago fue aquél! No logro alejarlo de mi mente, quizás porque suma nueve, número de tinieblas. Lluvias interminables, campos anegados, cosechas perdidas y descontento de la población. Cuando las protestas del populacho se aplacaron, sólo se alcanzaban a oír los baldes de agua fría que chisporroteaban sobre los restos y piedras, todavía calientes, por el incendio del palacio virreinal. Supimos que un clérigo sacó la Custodia de la Catedral, mansamente se hizo seguir de los monaguillos e indígenas, y así fueron dejando el lugar en donde se levantaba la residencia de los virreyes de la Nueva España, gritando vivas al rey y a la fe.

Los mestizos y los criollos, los nuestros, burlándose de los peninsulares, colocaron sobre las ruinas humeantes del palacio un pasquín que decía: “Este corral se alquila para gallos de la tierra y gallinas de Castilla”. ¡Qué horror, pobre

Méjico, pobre América! ¿Hasta cuándo se acabará su desvelo? Sus hijos midiendo el suelo y los ajenos mamando. Así decía otro pasquín.

Las jerónimas nos preguntábamos cuándo saldría de nuevo, en público, el conde de Galve. Entonces, rememoré con ellas las salidas del marqués de Mancera. Éstas eran emotivas, todo un espectáculo. Alcancé a contar quince cañones haciendo tres salvas para anunciar su arribo. Luego pasaba al frente y recibía los honores militares. Si asistía a las ceremonias religiosas, se preparaban con anticipación varios coches. Los porteros vestidos con librea de terciopelo carmesí escoltaban a los acompañantes de Su Excelencia a la catedral. La carroza del Virrey, ricamente adornada, era soberbia, seis caballos la tiraban.

Mucha gente acudía a la iglesia. El recinto se llenaba de autoridades eclesiásticas, alcaldes, regidores, corregidores, ministros de los tribunales, superintendentes, fiscales, guardias y militares. Don Antonio, el virrey, los hacía esperar largas horas, odiaba los oficios divinos. A su llegada, las damas seguíamos a doña Leonor hasta un sillón colocado frente al altar, al lado de su Excelencia.

Las mujeres también participaban. Las esposas de los servidores públicos se presentaban en sus mejores galas. En algunas ocasiones me reía con la marquesa cuando me decía al oído: ¿Las has visto, Inés? parecen un altar de Corpus. Les perdonaba la extravagancia, ya que en América no había a dónde salir. Varias veces la escuché comparando las maravillas de la península con la escasez de boato en la Nueva España.

Acompañaba a la virreina a practicar sus devociones. Hacíamos la novena a San José en la capilla de las madres de La Concepción. Pasábamos por el convento de las carmelitas descalzas y doña Leonor les socorría en sus necesidades. Las

jerónimas en Santa Paula la agasajaban con ricos calabazates y festejos, sobre todo cuando iba don Antonio a dar las Pascuas en la puerta.

También solía entregar encargos de parte de la virreina. Escoltada por uno de los oficiales de guardia, íbamos al domicilio de las señoras de los servidores públicos y en ocasiones les componía, a petición, un romance o un soneto para acompañar el obsequio.

En las tardes, las damas mayores de la corte organizaban paseos a la Alameda. Pisar aquel lugar me traía a la memoria experiencias que he tratado de olvidar. Pero, todavía siento nostalgia por la belleza de ese sitio, al cual nunca más vi, puedo recrear sus álamos alineados y las flores que en la primavera demarcaban los andadores. En tiempo de los Mancera, las jóvenes caminábamos entre los árboles y jugábamos con los niños de las familias nobles, quienes se alejaban corriendo detrás de sus aros. Encerrada en el monasterio, extrañé durante mucho tiempo ese precioso bosque, los caballos, perros, ardillas, las risas de los niños o su llanto al lastimarse. Algunas parejas de enamorados se escondían para jugar a la gallina ciega, perdiéndose detrás de los arbustos, hasta ser descubiertos. Yo, aun con los ojos vendados, siempre adiviné a quién tocaba. Mi bien desarrollado olfato me ayudaba y, por eso sabía encontrar a quien olía a yeguas, ceniza, nardos, jazmín, pétalos de rosas, desaseo y a la costumbre. No todas las damas de la corte lavaban sus trapos. Pero... había caballeros a quienes encendía aquel olor.

Pensar en el bosque de álamos es recrear sus árboles y la sombra que brindan al paseante. Una sombra a la que me quisiera arrimar para hacer a un lado aquellas vivencias que permanecen desde niña en mi cerebro. Si yo pudiera traer a esta celda de moribunda el aroma de las flores, el trino de los pájaros y el plácido sonido del agua al caer, desocuparía mi mente de sus fantasmas y, junto al rey David, cantaría uno de sus salmos para alabar a Nuestro Señor y solicitar su auxilio.

*Nuestra alma espera en Jehová  
Nuestra ayuda y nuestro escudo es él.  
Pues en su santo nombre hemos confiado.*

Cuando oía hablar de la Alameda, o algo me la recordaba, un leve escalofrío invadía mi cuerpo y no contenía las ganas de llorar. Me volvía la púber que un día al visitar ese paseo se sintió dentro del infierno.

Eran los tiempos del virrey Fernández de la Cueva, duque de Alburquerque. Al salir de misa, o en el tianguis, platicaban sobre el Auto de Fe próximo a celebrarse. Los tíos Mata nos llevaron a Juan el mayor, a María y a mí. Creo que la prima me transmitía algo de su entusiasmo. Levantaron tribunas cubiertas de alfombras y tapices para el virrey, con lugares para las familias distinguidas, la Audiencia y los cabildos eclesiás-

tico y secular. En la casa de unos conocidos tenían dispuesto almuerzo y refresco, también una alcoba para que el duque durmiera la siesta.

Todo se veía muy lujoso; el ambiente era festivo, comparable a una lidia de toros. Empecé a respirar con dificultad. Me impresionó descubrir, en una de las esquinas del parque, donde se congregó la plebe, unos leños y el madero en donde colocarían al sentenciado para castigarlo. Los inquisidores estaban sentados bajo un rico dosel y, desde el púlpito, uno de ellos daba lectura a las causas y sentencias.

El nombre de la acusada era Encarnación Zárate, católica casada con un judío. Leía y prestaba libros prohibidos. Escondía en su casa objetos paganos; entre sus pertenencias consiguieron un candelabro de siete brazos. Simulaba seguir nuestra religión, asistiendo a misa los domingos; sin embargo, guardaba la ley muerta y sus ritos. No comía tocino, manteca ni carne de puerco.

Hicieron subir a la mujer a un tablado. Una anciana, de la edad de mi abuela Beatriz, con el cabello blanco, ensortijado y en desorden. Entonces la reconocí. Iban a sentenciar a la vieja que yo llamaba Medea, en Meca Meca, la amiga de mi abuelo, dueña de la casa en donde él bebía vino y comentaba lo que decían los libros. Me sentí culpable. Yo me reía de ella junto con otros niños del poblado, al verla salir de la iglesia. Molesta, nos reprendía por mal educados y se retiraba sola, protestando de su suerte.

Encarnación vestía el hábito amarillo con las dos aspas coloradas de san Andrés, el sambenito. Le colocaron un gorro de papel color azafrán en forma de cono. Al verla así, humillada, di gracias a Dios de que no estuvieran los chiquillos del poblado, se reirían de una escena que hizo brotar mi llanto.

Fue condenada a abjurar “la ley de Levi”. Se negó. Le dieron un crucifijo para besarlo y no quiso. En lugar de descargar su conciencia, declaró que sus besos eran para el judaizante a quien amaba, por eso se había convertido a su fe y practicaba con fervor la ley de Moisés.

Pidieron para ella la pena de muerte. Yo sólo podía asociar el significado de esa palabra a la ausencia y al adiós. Pensaba en sus hijos. Producía miedo ver como varios caballeros de sotana la conducían a la pira y la amarraban a un madero. Sentí ganas de evacuar mi vientre al fijarme en el verdugo, con la cabeza cubierta, que encendía la fogata sobre la que colocaron a Encarnación. La impotencia y la vergüenza me invadieron al oír los gritos de dolor y ruegos de piedad de la mujer. Me tapé los ojos para no ver las llamas que, convertidas en furia y distracción de un pueblo idiotizado, mataban a Medea. Un olor a humo y carne quemada acompañaba al espectáculo. Quise alejarme, pero el tío no lo permitió. María vio mi rostro húmedo y me consideró cobarde, tonta. Daba miedo contemplar la cara de gozo de los presentes, quienes sin moverse de su sitio, disfrutaban ser testigos.

En las noches, durante mucho tiempo, despertaba viendo el fuego y escuchando una voz pidiendo auxilio. Nunca olvidé esas flamas y, al pensar en el Santo Oficio, el crepitar de los leños, el murmullo gozoso del populacho, los ruegos inútiles de la acusada, los sermones condenatorios y las letanías de agonizantes, se vuelven ruido, un grande y temido ruido, que ha agitado siempre mi corazón.

Estuve cerca del infierno. La belleza del bosque desapareció de mi entendimiento y, en su lugar, veía las piras que esperaban a los reos. El demonio con la cara tapada, se escondía entre los arbustos y mostraba a los paseantes un Cristo para besar.

Aún en estos momentos cercanos a mi adiós, sintiéndome vieja como Medea, revivo esos temores y anhelo haber tenido suficientes lágrimas que derramar, para apagar el fuego que la consumía. Todavía soy recelosa ante los crucifijos. Besarlos ha sido un acto de penitencia para mí y jamás he podido darle un beso a Cristo, mi esposo, con los ojos abiertos.

Sólo el amor a Dios me deja aceptar estas piernas que no siento y unas manos desobedientes, negadas a agarrar la pluma que el aire bondadoso insiste en poner entre mis dedos. Puedo repetir mil veces los versos de la esposa, del *Cántico Espiritual de san Juan de la Cruz* y sé que no tendré respuesta. ¡Ay, *quién podrá sanarme!* Durante meses oí los quejidos de otras jerónimas agonizando. Suplicaban alivio a sus penas, haciendo gala de su gran entrega al esposo que la vida y las costumbres les habían dado. En soledad murieron, en una noche oscura, inflamada con deseos en amores. Buscaron, sin hallarla, una mano serena sobre sus cabellos, y sus rostros se detuvieron sin reclinarse sobre el amado.

Hay tanto dicho sobre el amor que decir algo de nuevo sólo es trasladar. El amor divino reina a mi alrededor. Pero el amor humano, parte de nuestro ser, no podemos apartarlo del alma, aunque a ello renuncie o esté llagada. Cuando algunas novicias se me acercaban y me pedían que les hablara de este sentimiento, les decía que las ansias se templan y en realidad no es buscándolo que se encuentra, sino dejándose llevar por un corazón sin reprimir. Avivaba su interés la ausencia del mismo, ya que no todas las monjas lo conocieron. Recuerdo, recuerdo...

–Es cosa de saber en qué momento darse un poco de suelta– nos instruía Celia en la corte.

Mas son los celos signo manifiesto de que hay amor, como la humedad del agua y el humo del fuego. Se puede mostrar amor sin tenerlo. Sólo ellos, los celos, ignoran fábricas de fingimientos que, como son locos, tienen propiedad de verdaderos. ¿Hay celos?, luego hay amor, ¿hay amor?, luego, habrá celos. Esa fiebre ardiente que me hizo delirar por Fabio y que entre octosílabos y endecasílabos, advierte quien llegue a leer mis versos:

*...escucha, Fabio, mis males  
cuyo dolor, si se mide,  
aun el mismo padecerlo  
no lo sabrá hacer creíble.*

De mejor gana, hubiera mi genio seguido el rumbo de un no tan hollado sendero. Aunque la razón mandase olvidar las partes del amado y adorar las prendas de Silvio, quererlo porque él me quería no era justo, ya que quien ama porque es querida, sin otro impulso más noble, desprecia al amante y ama sus propias adoraciones.

Yo pensaba que mi amor por Fabio era invencible. Él era uno de los pocos jóvenes de la corte. En la noche de Año Nuevo escoltaba a la virreina y a otras damas de toca. Mientras, yo prestaba oídos a las lisonjas de los caballeros que brindaban. Me dejé llevar por la euforia, los abrazos y el vino, entonces, el rigor de los celos me hizo conocer el desamor y el enojo.

Los lacayos bajaron los candiles y apagaron las velas. El salón donde estábamos reunidos quedó en tinieblas, listo para la diversión.

La música se interrumpía, hacía pausas y luego entraba *in crescendo* según lo ordenado por los virreyes, para así dar

tiempo a las parejas de desaparecer. Doña Leonor le jugó una broma a Fabio, hizo que a él, en el intercambio de compañera, le tocara Celia, la dama de mayor edad en la corte. El muy necio pensó que yo estaba de acuerdo, y su insensibilidad terminó con nuestro romance. Si bien, tal vez fueron los celos. Por respeto a la virreina, yo nunca le pude decir quién fue el caballero que desapareció conmigo...

Le pedí al ingrato de Fabio, entre mis letras, un postrer abrazo cuyas tiernas lazadas, siendo unión de los cuerpos, identifican almas. Le enviaba con preguntas su dulce favorito, la jericaya; no lo probaba y tampoco contestaba a mis demandas sobre tanto desdén, por un día en el año que tuve un poco de suelta. Él decía que no podía olvidar del todo ceremonias palaciegas.

Le escribí excusándome, al culpar a la suerte, haciéndole saber que sólo eran entendidos desahogos de costumbres cortesanías, donde el amor y el recato se avienen con tal destreza que, pasando a ser cariño, no dejan de ser decencia; pero con sorna, él me recordó palabras ya vertidas en mis escritos: a la dama más bella, y sobre todo inteligente, aunque cualquiera le salga, le habrá de salir cual quiera.

Pensé desatar el lazo que oprimía mi libertad y fue apretar la lazada el intentar desasirme. Conocí a Silvio en una mascarada organizada en la plaza de toros, para honrar a doña Leonor con motivo de su cumpleaños. Resplandecía el ruedo. Se pusieron más de tres mil faroles, luminarias y hachones; la música, las joyas y el lujo de los trajes indicaba que sería una de las mejores del virreinato.

Desde temprano desfilaron por las calles de la ciudad los principales caballeros de la nobleza, los estudiantes de la universidad y algunos artesanos representando la conquista de

la Nueva España. En la noche, a la luz de las antorchas, entraron cantando alegres estribillos a la plaza.

Para esa ceremonia lucí un vestido que me encantaba. Lo bordé durante varias semanas; era rojo y lo recamé en negro como los arabescos del brocado. Las costureras lo supieron ajustar, el apretado corpiño insinuaba mi pequeña cintura y, generoso, hacía brotar mis senos.

Silvio, además de noble, era toreador y, como yo, tenía facilidad para los versos. Dedicamos varios poemas a los cortesanos. Los de él gustaban a los señores y los festejaban; los míos, pasaban al olvido. Este noble aseguraba que era mucha la inquietud que le provocaban mi hermosura e inteligencia. Al principio recibí con agrado sus romances y regalos; el desamor de Fabio me empujó a corresponderle, pero luego, cuando todos los caballeros de la corte apostaban a que Silvio me conquistaría con su gracia y buen decir, me aparté y le confirmé que no soportaba su galanteo. No obstante, era tenaz y porfiado.

En el coso, durante la fiesta para doña Leonor, brindó el toro a la virreina. Sin embargo, al realizar las faenas, sus ojos no se apartaban del palco de las damas de honor, donde yo me encontraba. Los presentes se dieron cuenta de su rendimiento. Por su falta de cuidado, el toro corneó al caballo, algunos me culparon por distraerlo. Al finalizar le reclamé ser tan bruto y el vergonzoso sentimiento que regía mal su mano. Aborrecí a Silvio y al tiempo que lo quise, mas cuando considero lo que hicimos, lo condeno. Era como mortífero veneno que daña a quien se le acerca. Fue tan malo y engañoso que cuando mi error y su vileza veo, apenas creo a mi memoria que pudiese caber en mi cuidado la última línea del desprecio. El amor, que fermentado me ofrecía, no bastaba para olvidar a Fabio. Padecía en querer.

Celio, era perseverante. En un soneto le dije que si fuera capaz de ser querido, fuera capaz de olvido; y ya era gloria, al menos, la potencia de haber sido. Él se conformó; tenía propuesto no amarme... ¿Mas, proponer de qué sirve, en las amorosas lides?

Pensarán que me burlaba del sentimiento de los hombres. Al pedirle a Julio que jugara limpio y hablara claro, o al ignorar la entrega de Feliciano, él sufría por mi falta de atención a sus ruegos y cortejos. En cambio adoré al amado y engreído Lisardo. Desahogué mis frustraciones con versos, que repetía en el salón de comedias, imitando a los galanes en su comportamiento. En aquel lugar, rodeada de paisajes que primorosos pinceles trasladaron, escondía la mirada detrás de los árboles del monte y las manos entre las flores del soto, lavaba mis angustias amorosas en las aguas del valle y el llanto se confundía con los ruidos de la caza o las quietudes del desierto. La corte se divertía al escucharme recitar:

*Feliciano me adora y le aborrezco;  
Lisardo me aborrece y yo le adoro,  
por quien no me apetece ingrato, lloro,  
y al que me llora tierno, no apetezco.*

Quizás perciban en mis líneas que el amor también es cruel, antojadizo y humillante. Como aconseja Quevedo, al versificar sobre el querer y el amar he usado el lenguaje del silencio. Porque en el amor se peligraba al hablar y callar, nadie entonces sabrá quién fue mi Fabio y a quién llamé Lysi. Son nombres inspirados en los sonetos de don Francisco, el madrileño, el mismo que compara el discurso de su amor con el de un arroyo: torcido, desigual, blando y sonoro. Sólo el amor, conocedor de la virtud ardiente, me hizo rogar y perseguir a Fabio por

los pasillos del palacio. Le pedí que escuchara mis cansadas quejas; pero, sordo a mis gemidos obtenía consuelo al lado de Beatriz. Comprendí aquel día, al verlo caído por esa viborilla, que mi amor no podría combatir contra la aristocracia y el peso de una buena dote. Se sufre..., *y es que los hombres, en fin, tienen un no sé qué para quererlos, mayor que el sí sé qué para olvidarlos.*

Me propuse conseguir alivio leyendo los libros del abuelo, su tesoro, mi gran herencia. Entre ellos había una novela de caballería, en donde el amor está presente y la falta de linaje maltrata a las mujeres, las hace sufrir y las mantiene a distancia de aquéllos a quienes aman.

¿Qué será de mí? ¿Un alma más en el Purgatorio? ¿Cuánto tiempo estaré expiando mis culpas entre sus llamas? ¿Me llevará el Señor a su lado? La incertidumbre maltrata más que los trastornos físicos. Dios ha sido generoso al colocar a mi lado, en estos últimos momentos, a un confesor compasivo, quien además de absolverme de los pecados, me brinda consuelo y asegura que muy pronto estaré sentada cerca del Altísimo. Si tuviera entre mis manos el círculo del zodiaco, lo haría girar y convocaría a la diosa Fortuna, dueña de lo imprevisto, para saber qué le tiene destinado a esta moribunda de Escorpio. Cristo, como Apolo dirigiendo el destino, me lo mostraría. Ya es buena suerte que estos pensamientos mueran conmigo, no salgan al exterior; un inocente anhelo se convierte en herejía.

Obtener satisfacción a nuestros sueños, temores e incertidumbres, es parte de la búsqueda continua de la felicidad. Cuán dichosos se volvían los nobles de la corte con alguna de las doce respuestas que mi *Oráculo de los preguntones* les proporcionaba a cualquiera de sus veinticuatro preguntas.

Nos divertíamos en las tertulias memorizando el número de la pregunta escogida. Luego, con los ojos cerrados, tomaba el caballero o la dama curiosa un dardo, con éste en la mano daba vueltas alrededor del círculo del zodiaco, deteniéndose al azar en una de sus divisiones. Donde caía el objeto puntiagudo se leían el nombre del mes y el signo bajo cuya influen-

cia se conseguiría la contestación.

Conmigo el oráculo no fue amable, no se compadeció de mi sufrimiento por la indiferencia de Fabio y, al preguntarle si recobraría el bien perdido, Fortuna, la dueña de los caprichos de la vida, respondió:

*Aunque el sol claro y lucido  
sea tu guía y farol  
de nada servirá el sol  
para hallar lo que has perdido.*

¡Diosa intrigante! No permitía ilusiones entre jóvenes amorosos ni disimular enfados en la corte. Un día participó don Antonio. El marqués de Mancera quiso hacerse el gracioso ante los presentes; y guiñándole un ojo a su mujer, preguntó:

—¿Seguiré sufriendo estos pesares que la ingratitud de doña Leonor me traen?

Virgo le indicó:  
*Mucho tendrás que tenerlos;  
pero sufre, y considera  
que tu mala calavera  
es quien te hace padecerlos.*

Las risas de los caballeros fueron sonoras, la mirada de Celia acusadora y la de la virreina interrogante. Las damas nos quedamos viendo a ese signo delator que hizo enojar a nuestro virrey.

Entre sueños cierro mis ojos. Camino alrededor del círculo de Fortuna, no me puedo detener. Libra, la justiciera, no se apiada para darme aliento. Sin embargo, Sagitario el

certero, cambia mi dardo por su flecha, me obsequia las respuestas a mis cuatro inquietudes:

*No temas niña preciosa.*

*Se cumplirá tu deseo.*

*No te ocupes de tal cosa.*

*Ningún tiempo durará.*

Hoy, la espera del ángel de la muerte es más soportable. Lo imagino cabalgando sobre el generoso signo del mes de diciembre.

No sé qué me duele más si la cabeza o el alma. A una ya no la puedo tocar, sé que la tengo porque pronto explotará; a la otra nunca la he visto, la siento, la he percibido toda mi vida y es la que se ha manifestado a través de mis escritos. Mi alma busca a ese amado que se esconde y la dejó gimiendo. Con ella he visitado valles solitarios, montañas, islas extrañas y ríos sonoros; su llanto, inquietudes y alegrías han sido vertidas en metros que ahora se leen en mi *Inundación Castálida*. Ha sido mi guía, me ha regalado aliento y consuelo en mis tristezas. Es de gran resistencia, como la raza de los antepasados del abuelo, provenientes de una ínsula siempre amenazada por la furia de un volcán, rodeada de la peligrosa profundidad del mar y disminuida ante el desprecio de los peninsulares; quienes consideraban a los habitantes de la otrora Isla Afortunada y Jardín de las Hespérides, ciudadanos de segunda.

¡Cómo he sufrido por mi origen! Sin embargo, al rememorar las relaciones amorosas de mi madre, pienso que acepté con sensatez y conformidad, lo que algunos llamarían la vida liviana y lujuriosa de Isabel Ramírez. Confieso que tal creencia me hiere. No recuerdo a mi padre; el hombre fuerte de la casa era el abuelo. Mi madre me había dicho que mi progenitor era un capitán de los que navegan y atraviesan el océano. También dijo que venía de las provincias vascongadas.

Eso me bastó para imaginar al capitán Pedro de Asbaje en su galeón, peleando contra los piratas ingleses o los flamencos de barba rojiza. Me soñaba escondida entre los toneles de aceitunas o las barricas de vino. Paseaba por la cubierta y escuchaba el oleaje del mar. Los gritos “a babor” y “a estribor” me despertaron durante algún tiempo en las noches de mi infancia. La figura paterna fue como un fantasma: se me presentaba cuando menos lo esperaba. Le daba forma, lo vestía y oía su voz. El físico de don Cristóbal Vargas, el padre de Josefa, un arriero con recuas de mulas que pasaba por la alquería a saludar; la vestimenta como el de María... la Asbaje de pantalón bombacho y espada, pero su voz, tierna y rígida a la vez, era igual a la de don Diego Ruiz Lozano, el padre de mis otros hermanos.

Encontré consuelo al leer las aventuras de un hombre flaco y alargado que se propuso deshacer agravios, socorrer viudas y amparar doncellas entre otras cosas. El libro pertenecía al abuelo y se llamaba *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Lo leí y releí como si devorara los más sabrosos manjares, en silencio y a escondidas. En mi corazón se grabaron algunas de las anécdotas pues, en esas páginas, la desigualdad de linaje provocaba siempre el sufrimiento de una mujer hermosa, ya que al amor lo mueve la hermosura.

Siento que mi mente de niña guardó la imagen de esas doncellas, para vaciarla en mis versos y comedias. Me impulsó a defender su honor y a los débiles como hacía don Quijote. Con la pluma intenté reclamarle a los hombres, quienes son la ocasión de lo mismo que culpan. Afirman, después de la diligencia y según la respuesta de la dama, que unas son crueles y otras fáciles. Se quejan si los tratan mal y se burlan si los quieren bien. Ellos mismos empañan el espejo y luego sienten que no está claro.

Las oraciones maternas me libraron de lo que Isabel Ramírez llamaba divinas tentaciones, aunque mi madre olvidó rezar por otros, los que más tarde me asediarían. La vida no me ofrecía futuro al lado de un buen partido. Sin familia, ni herencia, no tenía cabida con los llamados hombres de bien. Sabiendo leer y escribir, y con fama de sabia, no había lugar para una mujer entre los señores poderosos, los que solían hacer a un lado el origen.

Hube de esgrimir mi mejor arma para defenderme: la poesía, la lengua del alma. Con un epigrama le di su merecido a un galán que me maltrató, al ver como defecto que yo no fuese de padre honrado. Le hice notar al soberbio, quizás con fino sarcasmo, cuán piadosa había sido la madre de él que le dio a muchos progenitores para que, entre tantos, pudiese tomar el que le cuadrara. Con mis versos luché por legitimar mi linaje y conseguir la deseada igualdad.

*¿No soy gente?*

*¿No es forma racional la que me anima?*

*¿No desciendo como todos de Adán, por mi recta línea?*

Muchas veces me sentí nacida entre las yerbas o criada en las ortigas. Sería la hiriente actitud de las damiselas, quienes vivían en palacio adquiriendo trato con los aristócratas y una experiencia del mundo cortesano que las hacía valiosas. Llegado el momento, las familias ilustres podrían tomarlas en cuenta para emparentar. Tal vez no soporté la ilusión de mis amigas, Beatriz y Teresilla, quienes sólo soñaban con ser pedidas en matrimonio. Yo, como lo recalqué entre las líneas de mis poesías, también era gente.

Postrada en este lecho, sin fuerzas para pasar las cuentas del rosario ni tomar el libro de oraciones entre mis manos, oro con fervor y entrega, dirijo mis preces al Señor y no entiendo por qué, los que me han confesado, han llegado a dudar de mi amor a Dios. Quizás no he escrito con el misticismo de la santa de Ávila; pero las poesías de santa Teresa han sido mi remanso, ejemplo y guía. Me han llenado de paz, me hacen desear el amar al Altísimo como ella lo logró. Claro que no he esperado una vida tan alta, y sólo ahora que estoy muriendo es cuando muero porque no muero. Se me hace larga esta agonía. Siempre fui piadosa, aunque nunca aspiré a ser beatificada. Hacía con devoción los ejercicios espirituales de la cuaresma. Dentro de nuestro claustro, las religiosas y novicias, nos preparábamos para celebrar la Semana Mayor, con ayunos, oraciones, sacrificios y buenas obras, yo ayunaba, convencida de que ello hacía bien a la salud espiritual y corporal. Mis ramilletes de oraciones eran frondosos, hablaba con Dios al mirar el cielo, contemplar las estrellas o agradecer el sol que sale cada día. Orar es hablar con Dios. Los sacrificios fueron pocos, el que me aconsejaban, dejar de escribir, no lo cumplí.

Sin embargo, no rechazaba la oportunidad de hacer buenas obras.

Recuerdo las procesiones de la Semana Santa que presencié al lado de Doña Leonor de Mancera. Eran grandiosas. Hombres a pie y a caballo, con el rostro cubierto, abrían paso

al Santo Entierro que partía de la iglesia de Santo Domingo. Varones y mujeres representaban a los que acompañaron a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santísima Madre.

Nunca participé como ferviente dama. Sólo lo hacían las de alcurnia, ésas que descienden de padre y madre conocidos y con fortuna. Iban de luto, aderezadas de preciosas joyas de diamantes y perlas.

Una vez desfiló la imagen de María Santísima, en su amarga soledad, escoltada por más de doscientos caballeros trajeados de negro. Quedé conmovida ante tal representación de duelo y el temor que me inspiró aquel devoto despliegue de rendimiento ante la Dolorosa. Al comentarlo con uno de los frailes, insistió en que las procesiones en Málaga eran más lucidas. Imagino que es cierto, cruzando el océano está el reino, y el lujo ha de ser mayor.

En esa oportunidad varias de las damas de honor asistíamos a la virreina. Oficiales y caballeros hacían guardia detrás del virrey. Pasaban enfrente las cofradías y hermandades. Los hombres, con la cabeza cubierta y luciendo túnicas blancas, llevaban cruces de madera al hombro; otros, vestidos de rojo, portaban cirios encendidos y unos más, de capucha negra, se martirizaban con flagelos. Sus oraciones eran monótonas, seguidas de toques de tambor para marcar el paso; mientras, desde las ventanas de sus casas o en las calles, las familias veían la procesión. Algunos hacían sonar matracas que seguían el ritmo de los tambores. En el balcón, junto a la virreina, contestábamos los rezos dirigidos por un sacerdote.

Observábamos el paso de las Estaciones, cuando nos distrajo una voz entonada lanzando una saeta. Era un ruego a la Santísima Virgen.

—Se ha roto el silencio— expresé intrigada ante este suceso, mientras escuchaba atenta.

—Por tus dolores, Señora, la libertad de mi tío que está preso— con templada voz y acento andaluz, cantó alguien a nuestro lado. Al oírlo, varios gritaron desde adentro de palacio ¡Olé!, como si fuese un amén litúrgico con el que se identificaron los andaluces al servicio de la corte.

Los virreyes se miraron a los ojos, los servidores públicos temblaron y enseguida Su Ilustrísima, el arzobispo, se retiró a uno de los corredores e instruyó discretamente a los de la Guardia Sacra. Doña Leonor pidió a una de las damas presentes que nos platicara a las criollas algo sobre los cantaores en las procesiones de la península. A pesar de su notoria inquietud por la suerte del cantao, la joven esposa de uno de los regidores habló de la marcha de una cofradía famosa: “La imagen de la Virgen lleva un manto único, formado por quince mil claveles que treinta jardineros colocan artísticamente. Desfila rodeada de cirios por las calles de Sevilla...” No pudo continuar, rompió en llanto. Intentaron consolarla, pero fue inútil. Ella, después de enjugar sus lágrimas, nos confió que el prisionero era su pariente y lamentaba que en estas Indias no hubiese un Nazareno para libertar presos.

Una de nosotras trató de animarla al decirle que teníamos un Jesús de la Misericordia, y le aconsejó acercarse al alma generosa de doña Leonor, para pedir su intercesión. No obstante, entre sollozos, la joven dijo que era imposible. Lo habían condenado por leer textos prohibidos.

Me asusté y mi curiosidad no se detuvo ¿cuáles serían esos textos? Después supe que casi todos, pero era mejor ignorarlo. Leer embellece el entendimiento y la belleza es un regalo del Señor. Saber que se lee un texto prohibido anula el placer encantador de la lectura; se puede caer en el gusto diabólico, por lo vedado, o en una divina tentación, como diría mi madre.

Todos los días, acabando de oficiar la misa en nuestra capilla, viene el padre a concederme el perdón de mis pecados. Hay mañanas en que me es imposible pronunciar palabra alguna, pero él lee en mis ojos que del ayer al hoy no he cometido falta. Si acaso llego a pensar, versifico, y como dicen: si el poeta fuere casto en sus costumbres, lo será en sus versos. Tampoco puedo pasar la hostia, mi garganta se está cerrando; sin embargo, me hacen comulgar con ayuda de unas cucharadas de infusión.

Hace muchos años, cuando mi confesor fiscalizaba mis acciones y las ponderaba agriamente, hubiera querido sentir esa mirada de consuelo espiritual que el capellán tiene para mí. Una mirada sólo comparable a las benditas y alentadoras de mi señor arzobispo y virrey fray Payo, que en paz descansa, a quien le agradaban los villancicos que yo hacía, solicitaba mis loas y aprobaba mis arcos para la Iglesia. Por eso, quizás, mi memoria trae unos ojos que traspasaban anteojos, únicamente para objetar, reprender y corregir: son los de Su Excelencia el religioso profeso de la Compañía de Jesús, Antonio Núñez de Miranda, mi confesor desde que estuve en la corte hasta los tiempos de los virreyes Condes de Paredes, cuando con venia y licencia de las autoridades cambié de director espiritual. No obstante, hace unos cuantos años, la madre priora, a solicitud de monseñor Aguiar y Seijas, me hizo comprender la conveniencia de regresar a

mi antiguo guía, varón insigne en virtud y letras: el padre Núñez de Miranda.

Sé que mi comportamiento en esta congregación irritaba la paciencia del apreciado sacerdote y que llegó a considerar que es pecado hacer versos. Mas yo no podía ser culpable de su enojo, si el cielo me había dotado de versos en contra de la voluntad de su Reverencia. Pero estoy segura de que siempre guardó en su corazón, en mi contra, aquel secreto, el de una confesión...

Le juré al padre que yo no había dado pie a las lisonjas de su Excelencia el virrey. Él se asombró de que no sólo las letras me apartaran del Señor. Me aconsejó abandonar la corte. Según él me había convertido en una tentación y el demonio, tarde o temprano, se apoderaría de mí. De nada sirvió que le insistiera en que no era por mi causa. Don Antonio de Toledo me perseguía, acosándome cuando me encontraba lejos de los salones de la virreina. Al principio deseaba ayuda para escribir poemas, luego invitó amigos para discutir sobre los griegos y hasta me pidió opinar del rey Carlos II, a quien llamaba el incapaz. Seguramente porque Mariana de Austria, su madre y regente, era muy capaz.

El confesor atribuía a mi imaginación todo lo que yo le confiaba. Decía que me gustaba inventar y luego me lo creía. Hasta me acusó de embustera al contarle que el virrey acariciaba mis hombros y que su mano resbalaba hasta mi pecho. Molesto, me mandó a callar cuando intenté decirle que me había invitado a sus aposentos. Y eso que no le mencioné que un día, acompañados de vino y de su engaño, fuimos a dar a la cama. Funesta experiencia. Una vez satisfecho, aseveró que yo, por marisabidilla insípida, no les servía de mujer a los hombres.

Fue triste no poder decirle a mi confesor, que en la corte, las miradas de don Antonio, a quien él también confesaba, continuaron siendo lujuriosas a pesar de mi recién descubierta falta de gracia y salero. Se adivinaba en ellas la malicia del pecado y la violenta fuerza de sus deseos; y al atusarse el bigote y observarme, yo sentía vergüenza y escalofrío en todo el cuerpo; no sabía hacia donde desviar los ojos. El jesuita, fuera de sí, gritaba en el confesionario:

—¡El colmo! Eres el pecado viviente de nuestra corte.

Atemorizada, yo miraba de un lado al otro. Qué dirían al salir de la iglesia, las beatas chismosas de la banca cercana, quienes piadosamente hacían sus novenas mientras con curiosidad aguzaban el oído. Mi vista se detuvo en la cara sonriente del señor san José y la acusadora de la Purísima Concepción de María. Entonces pensé que el padre tenía razón: yo era una pecadora, como María Magdalena. Mi afición a la lectura y la escritura, con lo que no estaba de acuerdo el prelado, me había hecho una mujer de cuidado; y, por lo que le confesé, era todo un peligro. Debía salir de palacio. Él siempre pensó que sus consejos me convencieron para entrar de monja; pero no tenía dominio sobre mi persona, y cuando le confié mi intención de hacerme religiosa yo ya tenía ajustado lo tocante a la dote. Claro que ahora, después de observar al ser humano y conocer el comportamiento de los poderosos, contemplo lo vivido; tal vez fui, como muchas mujeres, una más necesitada de ayuda, con dos alternativas para seguir andando: obedecer y creer. Desde el mismo confesionario, en el nombre de Dios, un incómodo y penitente virrey, una herida virreina, el obediente Secretario de Gobernación y Guerra, para mí el mayor de los padrinos y un comprensivo sacerdote fraguaron mi salida de palacio, encaminándome hacia la vía que les pareció más conveniente.

Yo estaba en desventaja con las otras jovencitas de la corte. No tenía dote para casarme ni apellido de los que arreglan cierto tipo de entuertos. Teresilla había visitado varias veces las habitaciones de algunos nobles; pero supo hacerle entender a otro, que de aquella ajena siembra era suya la cosecha. Mi amor y respeto hacia doña Leonor Carreto de Mancera, mi Laura, mi señora, no me permitía el equívoco ni hacerla sufrir más por el desamor y las aventuras cortesananas de su esposo. Además, yo ya no era doncella que pudiera servirle de mujer a alguno. Tenía que dejar la corte. El mejor camino y lo más indicado, para mi entonces total negación al matrimonio, era el convento. Allí desposaría al Altísimo. Dejaría de angustiarme por el linaje, por mi origen.

Perdí mi nombre, pasé a ser Juana Inés de la Cruz.

Ese retrato, iluminado por los rayos del sol que penetran por la puerta abierta de mi celda, muestra a una monja que sólo da la cara a este mundo de muros y rejas; pero destaca unas manos que han sido el instrumento de defensa de todo un ser escondido tras el hábito de las jerónimas. Trapos de color blanco, velo y delantal negro intentaron oscurecer, de la cabeza a los pies, a una mujer que pensaba. A una mujer que desde niña amó la luz, luego se internó en ella, y de joven aceptó la oportunidad que le brindó la vida de encontrar otro mundo, saborearlo y hacerlo suyo. Mi mundo, el del saber, fue producto de un continuo ejercicio de paciencia y voluntad, hasta lograr poner la belleza en el entendimiento. Para alcanzarlo un día cerré los ojos a las vanidades, calles, calzadas, palacios de la ciudad, sus canales y trajineras, puentes, y aquel pesado portón de aldabones de hierro.

Habíamos llegado al convento de las carmelitas descalzas. Me llevaron en un carruaje que seguía la carroza de Su Excelencia, el virrey, y su mujer. Ellos y mi confesor, el padre Núñez de Miranda, sabían de mi impedimento para ser monja de ciertas congregaciones, pero ya se había acordado lo que se declarararía a la entrada. El movimiento y el choque de las ruedas contra el empedrado, me hacían sentir intérprete de una marcha fúnebre, cuyos silencios eran más audibles que el resto de la composición.

Los virreyes de Mancera me entregaron al padre capellán. Era un domingo 14 de agosto de 1667. Una de las monjas escribía en el convento de San José lo que otra le dictaba: “Recibióse para religiosa corista a Juana Inés de la Cruz, hija legítima de D. Pedro de Asvaje y de Isabel Ramírez, su mujer” Mi corazón estaba agitado y mi garganta cerrada como la tengo ahora; sólo quería emitir gritos sordos de: ¡Mentira!, ¡Mentira!

Al partir don Antonio y doña Leonor, dos monjas cerraron el pesado portón; el rechinar de las bisagras penetró en mis oídos. La madre priora me dio la bienvenida con un “Ave María Purísima”, al que yo contesté con la cabeza baja, en señal de humildad, “Sin pecado concebida”.

La superiora me hizo arrodillar en uno de los reclinatorios colocados bajo un Cristo negro. Me pidió que repitiera sus rezos *Ut nos exaudire digneris, te rogamus...* Luego ordenó quitarme las zapatillas. Las dejé frente a Jesucristo y entonces, caminé descalza hacia la pequeña habitación donde me esperaba una religiosa, de edad avanzada. A su lado, dos novicias sostenían una bandeja y en ella vi unas tijeras. Cortaron mi cabello, éste caía en madejas sobre el vestido, antes de llegar al piso. Otras monjas atisbaban el ritual a través de una celosía. La madre anciana me desvestía poco a poco, como haciendo a un lado los vestigios vanidosos de la vida anterior. Sentí miedo. Me desmayé. Me echaron agua en el rostro y me dieron a oler un saquito con pétalos secos de jazmín y rosas. Al despertar estaba adolorida, respirando con dificultad. Descubrí vendado el pecho y me cubría una túnica blanca. Un arco en la pared conducía al salón de los prelados. Al oír la voz de mi confesor, descorrí unas cortinas de malla y entré. A través de las ventanas laterales se asomaba un rayo de luz, que iluminaba la figura del padre Núñez de Miranda,

quien me instruyó que me acercara. Besó mi frente y pronunció unas palabras en latín: *Ab omni peccato, libera.*

Unas palabras que sentí traicioneras. Mi decisión me liberaba del pecado; pero, había hecho pecar a otros, como él, cómplices de un perjurio. Su beso, sabía a engaño. No ignorábamos que yo había sido bautizada como “hija de la iglesia” pues mi madre nunca había contraído matrimonio.

El tiempo no tiene prisa en transcurrir cuando uno enferma. Hay momentos en que estoy de nuevo en el convento de San José, regreso a mis delirios y revivo la triste experiencia de aquella terrible gravedad, de la que sané de milagro y ahora sólo es un mal recuerdo. Hay instantes en que deseo abrazar a Celia, quien me sacaba de apuros en la corte. Ella me aconsejaba gozar, sin miedo, el curso breve de mi edad lozana, y quizás tenía razón: la muerte que me acosa no podrá quitarme lo que ayer viví. También vuelvo a sentirme niña, recelosa ante los alacranes y las coces de los animales de labranza. Invaden mi espíritu las ganas de amarrar mi falda al rebozo de Chonita, para no perderme. Me veo buscando una mirada en el vacío, de ésas que transmiten fuerza o calor, entre la frialdad de aquellos muros carmelitas; pero imposible, las monjas tocadas por la nieve de la indiferencia, con la cabeza baja y adorando a Nuestro Señor, me ignoraban. Cristo, el que sería mi esposo, con sus llagas y lágrimas de sangre, sólo me inspiraba temor.

Las lajas del piso de los corredores marcaron la planta de mis pies y la tierra apisonada de los patios la delineaba con surcos. Al caminar el dolor era intenso. En el día, con las obligaciones, se me olvidaba; sin embargo, en los ratos de descanso sentía la cadera abriéndose y las piernas inflamadas. No podía quejarme, ni siquiera suspirar. El silencio formaba parte de la disciplina, y yo, que había sido tan expresiva, sufrí.

Tampoco podía dormir. Cuando recobraba el sueño ya era hora de Maitines; aún con los ojos cerrados me echaba agua del aguamanil en la cara y me iba de prisa a la capilla. Siempre la última en llegar, la última en salir.

–Señor, ayúdame. Mis fuerzas se acaban –imploraba de rodillas–. Si ésta es la vida a tu lado, Señor ¿cómo es la vida al lado de Satanás? –decía en mi desesperación. Debo pedir perdón a Dios, merezco mil azotes por esos malos pensamientos.

Con la escasa luz de la luna y el frío de la madrugada lacerando mis mejillas, me dirigía a las celdas de las monjas ancianas. No se valían por sí mismas y la caridad fraterna de la congregación, se hacía cargo de ellas.

Los lamentos, las respiraciones forzadas, las toses y el fuerte olor a las yerbas de los jarabes y tisanas, eran intimidadores. Sacaba las bacinicas, para vaciarlas en las acequias internas y después lavarlas. En ocasiones el llamado a Laudes detenía esta faena. ¡Toques de gloria en cada tañido! Al acabar los rezos regresaba a las labores cotidianas. Me sentía mareada; muchas veces se me cayeron los bacines y los pedazos de talavera rodaban por el suelo y los escalones. Lo atribuí al asco.

El alimento escaseaba. Pan untado con aceite e infusión de hojas no eran un banquete. A las doce, después de rezar el Ángelus, devoraba la ración de puchero que me servían; no quedaba satisfecha.

–Tengo hambre– dije a la priora.

Al día siguiente me sirvieron una ración menos de pan. Entonces comprendí que la frugalidad era parte de los sacrificios. Le ofrecí al Altísimo mi debilidad. Ante Él lloré mis angustias. Por no comer adelgazaba; yo, tan exacta en mis funciones corporales, sentía mal el organismo y los humores trastornados.

Una tarde, después de la hora nona, con el sol golpeándome la cabeza mientras escardaba las hortalizas, perdí el conocimiento. Entre varias de las novicias me llevaron a la celda. No recuerdo bien el suceso. Creía morir y me entregaba con gusto, ofreciendo la partida a mi amada señora doña Leonor.

–*En la vida que siempre tuya fue, Laura divina, y siempre lo será*– repetía constantemente.

Fue a visitarme mi hermano, don Diego el mozo. Había estado gravísima y avisaron a la familia. Delirando hablaba con la muerte.

–*¡Ay, Parca fiera!*–, le decía... – *Laura, déjome morir sólo por ti.*

Llamaba a doña Leonor, a mi Laura, le pedía perdón por mi falta y sentía que se presentaba salvándome, cortando el hilo que el infortunio tejió.

–*Sola Laura manda aquí*...– gritaba desesperada.

Debilitada por la fiebre y el sangrado, no reconocí a mi hermano. Él me sacó del convento y me depositó en casa de unos parientes para recuperarme. En el camino aspiraba a bocanadas el aire de la ciudad, ese fluido que se llevó mis años en la corte virreinal, donde las travesuras cortesanas se lavan con el flujo escarlata, se enclaustran o entierran. La costumbre, como me confiaron unas novicias, volvió a bajar cada cuatro fases de la luna y yo olvidé... olvidé.

–¿En verdad no recordáis lo que sucedió?– preguntaban los parientes.

–No. Os lo he dicho –les repetía.

De las carmelitas sólo me queda un vago y mal recuerdo. Era mejor olvidar.

El recuerdo es como un constante oleaje, se va y regresa; algunas veces se detiene y nos sumerge. Atrapados en su espumoso murmurar, caemos en la tentación de revivir experiencias del ayer, momentos del pasado. Aunque la realidad me muestra muros encalados y monjas atareadas, mi mente se empeña en encontrarse en los salones de palacio y verse en la engalanada sala de los señores oidores. Observo las paredes cubiertas de damasco carmesí, y un dosel de brocado en rojo y oro, con el escudo real. Bajo este dosel está el retrato del rey Carlos II. Hay una figura borrosa que se sienta en el sillón debajo del cuadro, el virrey. Entonces despierto azorada. Mis hermanas me sostienen, me calman con palabras, algunas tiernas, otras menos. El suave rezo de la Salve me trae de vuelta a la celda, al lecho, a mi agonía.

“Dios te salve, reina y madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra”. Entonando la Salve terminó la más grande y festiva solemnidad que ha visto este Nuevo Mundo. Fue en tiempos de los Mancera. A don Antonio y doña Leonor les tocó disponer la fiesta de la dedicación del templo metropolitano de Méjico, la Catedral. Apenas me reponía de mi gravedad, cuando un ujier vino a casa de mis primos para invitarme a esta celebración, como dama de honor de la virreina.

Camino al ceremonial, bien abrigada a causa del frío de diciembre y escoltada por un guardia de palacio, escuchaba

los pregones de los indios, negros y mulatos. Vi a los criollos, acicalados para presenciar el acontecimiento, y a los peninsulares listos para ocupar su lugar dentro del templo. La procesión del Santísimo Sacramento, en su custodia de ámbar, oro y perlas, regalo del difunto arzobispo Moya de Contreras, fue solemne. Salió hacia la plazuela del Marqués y de allí siguió por el Portal de Mercaderes y por el del cabildo, pasó luego frente al palacio y, continuando por la calle del Reloj, volvió a entrar a la Catedral bajo los tañidos de sus cuatro campanas.

Las órdenes religiosas montaron altares para exponer al Santísimo. La portada, a cargo de la de San Pedro, se vistió de una exquisita colgadura de damasco de China azul claro, con cenefas de terciopelo oscuro bordadas y sostenidas por seis ángeles. Todas las congregaciones adornaron sus altares con frontales de plata, guirnaldas de flores doradas, esmeraldas y perlas. Las joyas de algunas esculturas tenían por valor más de doscientos mil ducados. Llamaba la atención el altar dedicado por los dominicos a la Virgen del Rosario. ¡Cuánta riqueza! Una sarta de perlas de tres varas y media cubría la distancia, desde la Virgen a la boca de san Alano de Rupe, a quien favoreció Nuestra Señora con un rayo de leche de sus virginales pechos. Los franciscanos hicieron a un lado su voto de pobreza y pusieron su altar en la esquina de Plateros. Colocaron a la Santísima Trinidad en un nicho sobre una nube de telas y plumas, y a san Francisco, lo cubrieron de metales preciosos. A sus pies estaba arrojado Quetzalcóatl, cuyas aras demolieron aquellos primeros varones apostólicos, como dijo desde el púlpito el doctor Sariñana.

Los ojos de fray Payo mostraron su alegría al descubrirme de nuevo, al lado de doña Leonor. En cambio la mirada del padre Núñez de Miranda fue una bofetada, me hizo tocar la cara.

Sentí vergüenza y dolor. Sin embargo, la mano de la virreina apretó la mía y eso bastó para que me recuperara. Fingiendo que era feliz, le sonreí agradecida; me imaginé dichosa y olvidé lo que me hacía desdichada.

Nunca se verá, estoy segura, una ceremonia tan regia como aquélla. Las letras iban y venían al paso de los virreyes por los altares, explicando su significado en sonetos o romances; pero se volvían mudas ante la ostentación de abundancia. Al salir junto a la virreina, quedé absorta. Recordé los pregones escuchados a mi paso, al dirigirme a la catedral. Los nativos pedían al gobernante remedio a sus necesidades, perdón a sus faltas y auxilio para sus calamidades. El representante del rey de España estaba sordo, sólo veía el alcance de su poder, embriagado por la pompa que cubría los restos del Gran Teocalli, sacro sitio de adoración de los indios herbolarios de mi patria. El virrey disfrutaba, como Dionisos, el festín que la Nueva España le ofrecía a su Dios. A mi Dios, ahora mi Esposo, a quien también sentí sordo.

Señor de mis temores.

Señor de mis angustias.

Señor de mis pesares.

Santo Cristo de San Miguel de Chalma, escúchame.

Son muchos los santos para encomendarles nuestros ruegos y pedir su intercesión. No sabe uno a quién dirigirse para conseguir más pronta respuesta. Tenía olvidado a este Santo Cristo que apareció en las cuevas de San Miguel, pero como la memoria anda revuelta, se lleva y trae miles de recuerdos que habían estado asentados en su interior, como en el fondo de un baúl. Las apariciones milagrosas de este Cristo se encontraban en boca de todos. La gracia divina había sido repartida entre las diversas comunidades indias de Méjico y nos dio el Altísimo una imagen portentosa y protectora en ese lugar cercano al valle de Toluca. Hoy le rogué por mi alivio y ligera partida. ¿Para qué dejar más tiempo en la tierra a este cuerpo de alma arrepentida, que sólo da molestias?

Días antes de irme a san Jerónimo, doña Leonor me invitó a oír los relatos de fray Diego Velásquez de la Cadena, hermano de don Pedro, el padrino que cubrió mi dote para entrar al convento. El fraile se había propuesto dar a conocer la devoción al Santo Cristo de San Miguel de Chalma. Para ello dejó de ser ermitaño agustino por un tiempo. Vino a la ciudad de Méjico como predicador, en busca de limosnas,

con el fin de construir un templo y un convento cerca de las dos pequeñas cuevas que albergan al crucifijo.

Poseía el fraile, un gran conocimiento sobre usos y costumbres de los lugareños, lo que hacía su plática muy interesante. En la corte todos se asombraban al escucharlo hablar sobre los cultos religiosos de los naturales. Por necesidad de Dios, que iba del nacimiento a la muerte, del templo a la casa, de la guerra a la paz, para cada asunto tenían un dios. Les ofrendaban incienso; pero lo más valioso que podían dar era su propia sangre. Los indios se la extraían rasgándose o atravesándose las orejas, la lengua, la piel del pecho o de las pantorrillas, con cuchillos de obsidiana y hueso o púas de vegetales. Luego untaban el rojo líquido en bolas trenzadas de yerbas o rociaban algunas gotas sobre ramas verdes frente a sus ídolos.

Fue un milagro la aparición del Santo Cristo y, como decía fray Diego, había venido para derrotar por los suelos a los dioses de los indios, o para ahuyentar al demonio de esa cueva, un sitio considerado por los nativos, sagrado.

Todos se preguntaban:

¿Quién le dio poder a esa efigie de Cristo crucificado y muerto, para colocarse en esta cueva, sin que la pusiesen manos de hombres?

Nadie podía contestar, nadie sabía.

Con la cruz se extinguió la idolatría en aquel lugar y en toda la región. Los indios se acercaban a ser bautizados, con sus ropas limpias, guirnaldas en las cabezas, cadenas y sogas de lindas flores. La familia y parentela acompañaba al catequizado y, después de los exorcismos, en una pila de piedra, recibían el agua bendita. Los recién bautizados no comprendían el significado de la palabra pecado. Su bienvenida al reino de Nuestro Señor era también su entrada a un mundo

de faltas, donde el confesor juzgaría si éstas se consideraban veniales o mortales.

Yo tampoco estoy segura de saber qué es pecado. La tiranía de mi confesor me ha hecho verlo donde él indica y por lo que él ha creído. He cumplido penitencias que no siempre consideré apropiadas, aunque las ofrecí a Dios por la salvación de mi alma.

Don Diego fue retenido en la ciudad por algunos años. En el Colegio de San Pablo fungió como Lector de Sagradas Escrituras y tuvo en la universidad la cátedra de Prima Teología. Visitaba nuestro convento en compañía de don Carlos y, al recordar las finezas de Cristo, quien derramó su sangre por nosotros, nos invadía una luz olorosa a copal.

Mi decisión de volverme religiosa fue muy firme. No deseaba ser vista como mujer y tampoco que ningún hombre verificara mi condición femenina. Diego y la prima María me llevaron a confesar con el padre Núñez de Miranda, quien celebró mi fervor y ganas de seguir sirviendo a Dios. Tantos dones del Espíritu Santo no podían continuar en contacto con el mundo, el demonio y la carne. Diligente, medió en la corte para conseguir la dote de tres mil pesos de oro. La orden de religiosas que yo había escogido tenía fama de exigir mucha nobleza y aportaciones; el monasterio que las albergaba era uno de los más grandes, con habitaciones para esclavos y criados, celdas amplias y cuarto para cocinar.

Al poco tiempo de haber abandonado el convento de San José, entré al de San Jerónimo. Gracias a donaciones recibidas por sus fundadoras, y después por las prioras, se había convertido en uno de los más ricos. Su claustro tiene grandes corredores, celdas iluminadas y cuenta con huerta propia; varios patios con fuentes y jardines invitan a la meditación, además de una capilla, cuyos confesionarios están adornados con bellos azulejos.

Al profesar hice votos de vivir y morir en obediencia, pobreza, castidad y perpetua clausura. Ahora que agonizo y busco una verdadera reconciliación con el Señor, confieso que no siempre fui obediente, aunque sólo Él y yo sabemos que, con la anuencia de autoridades y superiores, mi ingenio

me ha permitido hacer lo que he deseado. Ha sido la voluntad del Altísimo socorrer mi economía con el pago de las letras que me solicitaban los nobles de la Nueva España y también con los réditos del dinero que, en préstamo, he dado a los que vienen a menos. Con el trabajo de contadora y mis ratos libres ocupados en la escritura, nunca tuve tiempo de faltar a la castidad, fuera de las ocasiones que mi confesor consideró malas ocurrencias, algo que ya he confesado y cumplido la penitencia impuesta. En cuanto a la perpetua clausura, son tan altos los muros de este convento y los portones tan bien cerrados, que ni por un instante cobró fuerza la tentación a salir.

Me fui al monasterio de San Jerónimo pidiéndole a Dios lo imposible, que me hiciera santa. Encontré de nuevo, disculpa a mi perjurio, en la actitud alentadora de mi confesor, el padre Núñez de Miranda y la conducta de mi padrino, el único entendido, un discreto caballero, secretario de gobernación y guerra del virrey en turno, quien oficialmente pagó mi dote para entrar a este convento de criollas. Padrinazgo de un ser visible que protegía a otro, el que no daba la cara, el poderoso noble que se hacía invisible.

Caminaba por el pasillo, en medio de las bancas de la capilla, mi cabeza estaba coronada con flores. Al llegar al altar mayor, el capellán me entregó un Cristo, que permanecerá en la cabecera de mi cama hasta la muerte. El padre Núñez de Miranda acercó una vela encendida y puso entre mis manos la palma de la virginidad. Un leve temblor me sacudió. Mientras seguía el ritual, comprendí que mi confesor nunca deseó creerme. Confirmé que la vida era un total fingimiento. La madre priora colocó en mi pecho el medallón que distingue a las monjas jerónimas. Está pintado con imágenes que representan el momento de la Anunciación. Las hermanas

de mayor antigüedad hicieron a un lado la florida corona y colocaron en su lugar el velo, negro como la oscuridad. Cantaron las letanías de agonizantes; ya casada con Cristo quedaba muerta al mundo.

Vine a este convento por conocerlo de oídas; una pariente lejana ya había profesado aquí y, además, yo estaba convencida de que mi padre san Jerónimo aprobaba el estudio por parte de la mujer. En esta orden preparaban a las novicias en algunas de las artes liberales, en especial música y teología. Una congregación de féminas nacidas en la Nueva España que no cerraba sus ojos al saber. Algo natural en mí, pero que ocasionó varios malentendidos y reprimendas, como cuando por castigo me enviaron a la cocina.

Conservando su actitud amorosa, doña Leonor pasaba a visitarme y el recinto se llenaba de honores. La madre priora se sonrojaba al recibirla y las novicias la miraban de reojo al ir a la capilla. La virreina me mantenía al tanto de la corte, sus damas y los peninsulares recién llegados. Compartía conmigo los libros y cartas que le enviaban sus parientes y, en especial, el conocimiento que distinguidos sabios discutían en las tertulias de palacio.

Se preocupaba por enterarse de lo que yo aprendía con las monjas preceptoras. Interesada por la música, mostraba gusto al comprobar mis adelantos en este arte. Seguía solicitando mis letras para acompañar los obsequios que enviaba a los nobles de España, o dentro del virreinato. Le divertían mis inesperadas ideas y celebraba mis escritos jocosos; me pidió uno lleno de gracia para su hija cuando ésta cumplió veinte años. Comprometida en mi afán de complacerla, sentí que la tentación me pellizcaba y, con hurtos de sol, eché a la retoño de los Mancera en infusión de flores, para después sacar una belleza destilada. Ante la dificultad de no conocerla y viendo

un pequeño retrato que doña Leonor mostró, mezclé los atributos físicos y espirituales de la madre con mi arrojo, así nacieron unos ovillejos dedicados a Lisarda, blanca y hermosa con exceso.

Las visitas se fueron espaciando. La virreina estaba indispuesta, se quejaba de extraños dolores y no salía mucho. Lo lamenté y le enviaba recados y su dulce favorito. Los chismes salían de palacio y entraban al convento por boca de los sirvientes. Una mañana, al pasar por uno de los patios traseros, alcancé a oír la pícara risa de unas mujeres que desplumaban gallinas. Comentaban que doña Leonor padecía de un mal transmitido por su cónyuge. La chismosa cocinera lo afirmaba con seguridad, porque una pariente al servicio de la corte le preparaba a la virreina, todas las noches, una infusión de romero, ruda y árnica para aliviar con lavados la inflamación y el flujo.

Un día vino la amada y respetada Leonor, la Laura de mis versos, con cara de alegría inalcanzable y tristeza que perdura. Don Antonio era relevado de su cargo, lo requerían en España y debían partir.

Fue muy emotivo nuestro adiós; llegó con el marido, quien aprovechó para despedirse de la superiora de la congregación. Al verlo experimenté una mezcla de sentimientos, sentí repulsión, me alejé, como lo hacemos de algunos animales al intuir que son dañinos; no pude tampoco olvidar el feo comentario de las afanadoras sobre su esposa. Presentí que ya no volvería a ver a aquella mujer bondadosa y maternal. Ella me brindó el cariño que guardaba en el corazón para su propia hija, la que había dejado en la península. En verdad, me hacía sentir muy querida, al saludarme con sus besos, los mismos que no recuerdo haber recibido de mi madre, siempre ocupada en las faenas del

campo, lidiando con peones y labriegos. Leonor de Mancera me protegía, nunca permitió que me humillaran las otras damas de honor en su corte. Se enfadaba si lo hacían, y las amenazaba con enviarlas a Tepeaca. Decían que en esa ciudad espantaban. Fundada por Cortés, sobre la aldea india que él destruyó, en las noches salían los fantasmas de las ruinas de los primeros conventos fortificados que levantaron nuestros conquistadores. Doña Leonor procuró que mis vestidos y mi arreglo personal no desentonaran al compararlos con los de las señoritas de la aristocracia mejicana, quienes también servían a los virreyes. La virreina no era muy joven, pero su rubia belleza era ponderada por muchos. Su muerte, mala jugada de la ironía, fue en el sitio a donde enviaba a los que le ocasionaban disgustos. Al ir rumbo al puerto de Veracruz, para embarcarse, enfermó gravemente. Enterarme de lo sucedido me provocó un gran dolor; no obstante en versos la vi subir para ser coronada por luceros, mientras mi pluma triste vertía lágrimas negras.

La muerte, esa parca fiera, siguió rondando entre los nobles. El excelentísimo señor duque de Veraguas llegó en calidad de virrey, pero a los pocos días murió. Apenas ilustraba el oriente cuando en fatal ocaso se puso. Nuestro arzobispo, fray Payo Enríquez de Ribera, se quedó gobernando a la Nueva España en espera de un nuevo nombramiento. A fray Payo le gustaron siempre mis poemas. Superior eclesiástico de porte humilde, usaba una tonsura circular en su cabeza que inspiraba respeto y santidad. Él me encargó los primeros villancicos que me atreví a componer, el de la Asunción, los de la Concepción, otros para san Pedro Nolasco y san Pedro Apóstol. Según Su Ilustrísima eran hermosos y en ellos alternaban la verdadera inspiración, el conocimiento de

la Biblia y una gran riqueza musical. Me entusiasmé con su opinión y compuse los juegos completos, para ser cantados en las catedrales de Méjico, Puebla y Antequera.

El arzobispo, primo del favorito en la corte de la regente Mariana de Austria, pertenecía a una de las familias más ricas y nobles de España. Además de generoso era muy culto, comprensivo y gran conocedor de las Sagradas Escrituras, a él podía hacerle miles de preguntas que pululaban en mi cabeza. A mis ¿Cómo... y cómo...? El cándido pastor sagrado sonreía, me hacía una seña con el dedo en sus labios y me pedía callar para oírle decir:

–Son dogmas de fe.

Sin embargo, yo continuaba con mis interrogantes, feliz de exponerlas ante semejante personaje, quien disfrutaba sus visitas al convento. Las monjas de la cocina se esmeraban en preparar el chocolate para servírselo bien caliente y con rebosante espuma. Se lo traían con rebanadas de pan de huevo o masitas de miel, las que golosamente remojaba en la taza antes de comerlas.

Sonríó al recrearlo de nuevo ante la madre priora, ella me acusó una vez que la mandé a callar porque era una tonta, dijo que varios de los libros por mí leídos se consideraban “cosa de la Inquisición”. No contenta con el castigo que por grosera me había impuesto, le envió una carta a fray Payo pidiéndole me reprendiera. El arzobispo se la devolvió con una nota al margen que decía “Pruebe la madre priora lo contrario y se le hará justicia”.

Enríquez de Ribera fue el amado prelado mío, y a él podía tener la osadía de solicitarle mi confirmación, cuando enferma de tabardillo imaginaba el duro sitio asignado en el Purgatorio y me daba gran desconuelo encontrarme sin todos mis sacramentos.

No solamente las jerónimas y yo lo amábamos; su desempeño como virrey le permitió ganarse el respeto y admiración de todos. Contaban que protegía a los naturales, hizo el acueducto para llevar agua a los pueblos de indios al norte de la ciudad de Méjico, amplió y embelleció la calzada que la unía con la villa de Nuestra Señora de Guadalupe. Mantuvo a la Nueva España en orden y paz, aunque los acostumbrados a frecuentar la corte, lamentaron la ausencia de bailes, galanteos y la presencia de la austeridad en las recepciones.

Fray Payo me hacía sentir parte de la Iglesia. Discutir con él sobre el Antiguo y Nuevo Testamento me proporcionaba la luz que necesitaba. Hacerlo con mi confesor era recordar mi condición de sierva de Dios. Recibía regaños, su dureza y exigencia me volvían una pecadora, por considerar él, malos mis pensamientos.

Trato de descubrir qué son los malos pensamientos y cuáles los buenos. Me sobra tiempo para pensar en este camastro que sostiene la miseria de mis huesos y éstos encierran un entendimiento que se niega a morir. Cuando me encuentre frente al Altísimo pediré la palabra, y ÉL, generoso y amante me la concederá para preguntarle.

—¿Qué es lo malo y qué es lo bueno?

Si este mundo ha sido su creación, quiere decir que todo es bueno. Son los ojos que miran y las mentes acusadoras los que ven el mal. Un mal que no existiría, si la maldita serpiente de la tentación, no nos lo hubiese mostrado; porque el Señor, mi Señor, sólo se detuvo a calificar a la luz cuando la creó, dijo que era buena. Quizás nos señaló esta cualidad para que así descubriéramos lo malo, y fallamos. Por eso extraño a Lysi, con su apoyo, entendimiento y saber, me acerqué a la iluminación, vi la luz y quedé prendada de su brillo.

Fue hace quince años cuando hicieron su entrada triunfal a Méjico los marqueses de La Laguna, condes de Paredes. La ciudad se engalanó para recibir a sus nuevos virreyes. Fray Payo, emparentado con don Tomás, me pidió que participara con uno de los dos arcos triunfales que los recibieron en la ciudad. El primero fue encargado a don Carlos de Sigüenza y Góngora. El eminente catedrático tuvo la osadía de llamar a su arco “Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en los monarcas antiguos del Mejicano

Imperio”. Puso en los tableros imágenes del caudillo Tenoch y de los once reyes aztecas, desde Acamapichtli hasta Cuauhtémoc, como modelos de buenos gobernantes. El autor, apasionado de la historia prehispánica, no dudó en hacerlo, pero esto no debe haber sido del agrado del nuevo virrey; aunque a mí me pareció un acierto la idea.

Mi arco se tituló “El Neptuno Alegórico, océano de colores, simulacro político”. Inspirada en el escudo del marqués, don Tomás Antonio de la Cerda, vi razones que me movieron a delinear algo de las sin iguales virtudes de Su Excelencia en el dios Neptuno. Y me fui con la prosa de la mano hacia Egipto y su diosa, Isis, tan celebrada reina, inventora de las letras egipcias, descubridora del trigo para el sustento de los hombres.

Cuando el cabildo de Méjico me envió la paga por mi trabajo, fue más de lo que yo pensaba; la verdad, por un arco tan pobre me dieron un arca muy rica. Con tanta plata me confundieron.

A los pocos días de su arribo a Méjico, vinieron al claustro los nuevos virreyes, acompañados del arzobispo. Deseaban conocerme y darme las gracias por el derroche de poesía e inspiración en su arco. El virrey, hermano del primer ministro del recién declarado mayor de edad Carlos II, parecía un gobernante como cualquier otro, de los que echan barriga y buscan un pretexto, a su alrededor para abrir y cerrar el entendimiento. Sin embargo, ella, la virreina, María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, condesa de Paredes, era una mujer todo encanto y sabiduría. Sus ojos vivaces contrastaban con la opacidad del esposo. Sus conocimientos callaban al marqués. La advertí divina y desde el primer momento la amé.

Renació la misma sensación que me hizo escribirle a Fabio y vaciar mi corazón en versos. Quedé rendida ante la majestad de María Luisa. Mi alma se identificó con la suya y comprendí que ser mujer no era impedimento para amarla porque las almas ignoran sexo. Escribí todo lo que tenía que escribir. Mi espíritu se abrió al saber y a las letras, se expresó en poesía, teatro y prosa. Me desnudé y entonces fui yo, nadie más que yo, sin nombre ni apellidos de alcurnia o títulos monacales. Me convertí en Juana Inés, una fémina que siente y no se reprime.

Aquel sentimiento lo vertí en romances, sonetos, endechas, en distintos metros y formas. Gocé sus visitas al convento porque ella, por su calidad de virreina, venía cuando lo deseaba, a cualquier hora. San Jerónimo se honraba con sus nobles visitas; los jardines lucían más hermosos. El agua corría feliz. De vez en cuando nos acompañaba don Carlos de Sigüenza y Góngora y la reunión se convertía en disertación de la que aprendíamos discutiendo, persiguiendo la luz. Hablábamos de lejanas tierras, diosas, números, letras y proverbios. Nuestras conversaciones eran mimos para el alma; algunas veces sobre temas desconocidos para mí; lo que me hacía estudiar para el próximo encuentro. Ellos compartían conmigo a sus amigos, gente que gozaba leyendo y escribiendo: La duquesa de Aveyro, el conde de la Granja, o las monjas de Portugal.

Con Lysi podía reír. Hay demostraciones que se guardan para vivirlas con algunos solamente. Al lado de mis hermanas jerónimas puedo llorar y obtengo consuelo, mas no reír a gusto; ellas, por desconocer, no comprenden. Con María Luisa platicaba de las deidades, los leones españoles y las lises francesas. Del cielo de Medina, la fortuna de París y la hermosura de Elena. Había un lazo entre nuestras dos almas, que el conocimiento, fuerte cadena, hizo unión.

Fueron los años más bellos de mi vida; como regresar a la infancia con el deseo de saber satisfecho. Aun rodeada de muros me sentí libre. Nadie puede aprisionar la mente. Las autoridades virreinales y eclesiásticas me protegían; usaba con libertad mis juguetes e instrumentos de astronomía. María Luisa me prestó libros de su biblioteca personal. Había algunos que me los encomendaba como algo sacro, y otros como peligrosos. Los leía en suspenso, a la luz de las velas, porque nos acercan a ese fuego bendito y temido, al del Santo Oficio.

*Ser esposa de Cristo*, monja del Monasterio de San Jerónimo, me ha hecho hermana de otras mujeres que aquí buscan el camino de la santificación. Entre éstas, sor Ángela y sor Vicenta, monjas de mi edad, nacidas en Andorra y vinculadas fraternalmente al Obispo de Urgel, gobernante de ese pequeño principado europeo. Llegaron a la Nueva España con su padre, quien vino a América como funcionario del reino; la madre murió al arribar a estas tierras y luego le siguió el marido. El albacea testamentario las depositó al cuidado de nuestra orden, pasaron los años sin que los parientes las reclamaran y aquí se quedaron. Al convivir con ellas comprendí que a la aristocracia de este virreinato le faltaba mucho por aprender. Su comportamiento exquisito las hacía únicas en el convento, creo que las dos estaban cerca del Altísimo. Hablaban en voz baja, amablemente se dirigían a los demás, fuesen sirvientes o religiosos. Caminaban sin hacer ruido, tomaban en sus manos el rosario colgante para evitar que sonara mientras iban y venían por los deambulatorios de San Jerónimo. Eran sabias; siendo niñas, los preceptores comenzaron a prepararlas en el amor a Dios, para transmitir los conocimientos que a los demás nos hacían falta: desde entender la aritmética hasta preparar un buen guiso; mostrar en los mapas los distintos reinos con exactitud, o tejer encaje de bolillo. Hablaban de filósofos y teólogos con la misma facilidad que lo hacían de las Indias

del Caribe y su reciente historia. Visitarlas en sus aposentos era una fiesta del saber, un encuentro con las musas y una apertura al mundo que, detrás de los muros conventuales, se había terminado para nosotras.

–No es para espantarse– les dije.

Sonreí al ver la cara de asombro que ponían sor Ángela y sor Vicenta, mientras les contaba como era la corte de los Mancera. Después leí algunas cuartetas de mis sonetos dedicados a Beatriz y Teresilla, mis amigas en la corte. Las de Andorra descubrieron mi antipatía hacia la primera y lo admití. Era una víbora. Me quedé con las ganas de hacer su retrato, de figura alargada y rastrera, con un rostro oscuro como su alma; el corazón se lo habría puesto en la cola, entre sus anillos. En cambio con Teresilla me llevaba muy bien y nos defendíamos de los ataques de Beatriz advirtiéndole, con tropos, que en cualquier momento le abriríamos la cabeza. Les platicué sobre el amor cortesano, algo que sin duda divertía a muchos en nuestro círculo y fuera de él.

Quise hablar con mis hermanas sobre las tentaciones; las que ellas nunca tuvieron porque otros se ocuparon de alejárselas. En cambio a las jóvenes en palacio nos las acercaban.

Avergonzadas por lo que oían, desearon cambiar la conversación. Volví a sonreír, esta vez con sorna, y pensé en el arte del sentido de la lengua; en la corte este tipo de instigación o estímulo era llamado oportunidad. Las cortesanas tenían el honor de ser objeto de la mirada, las palabras o caricias de la nobleza, sin mancillar a la joven y sin que esto dejara de ser decencia. Quizás la paz de su alma se alterara, si la dama permitía que se inflamara. Pero la alcurnia de su progenitor, siempre daba la pauta al alcance del atrevimiento entre ambas partes, damas y caballeros.

Las nobles de nuestra corte llegaban hasta las deudas, no estaban obligadas a las pagas.

Con rubor en sus mejillas, las monjas se atrevieron a contar, que una pariente del glorioso san Guillermo, la reina de Aquitania, una provincia cercana a Andorra, inició estas prácticas. Obstinada por la tiranía de un primer marido, se separó para hacerse como la buscaban, y comenzó a dar cabida a los galanteos de los nobles de su corte. Estos halagos la hicieron tan feliz, que con su dameraía redactó unas reglas de oro para este tipo de amorío, en donde el caballero siempre caía rendido a los pies de su dama. Sin importar, si estaba casada o comprometida, el enamorado podía dedicarle sus triunfos o una digna muerte en batalla, entre otras ocurrencias. Si bien sucedió varios siglos anteriores, algunas de estas costumbres se regaron por toda Europa y llegaron a España, fértil y tolerante terreno.

Según lo que murmuraban algunos visitantes, en el reino español esto había finalizado. Tuvo criticables cortes, con nobles a quienes metieron en cintura los reyes católicos con su rigidez y austeridad. Unos monarcas que se asustaron de la convivencia de distintas religiones. Ufff... Me siento pecadora desde mi lecho al creer que, tal vez, los reyes desearon evitar la envidia del cristiano al ver a su vecino árabe, contando las mujeres de su harén; o al rabino del barrio de la judería, satisfecho en su bendita lujuria con la legítima esposa. En fin, son cosas que sucedieron mucho antes de nuestros tiempos.

El Santo Oficio nos ha hecho temblar y comportarnos con rectitud, a riesgo de enloquecer, como la misma hija de don Fernando y doña Isabel. Dicen los viajeros que todavía en las cortes de España y sus virreinos la liviandad atribuida a las mujeres seguirá en disputa con la diligencia de los hombres.

En la corte de los Mancera había una triunfadora: la discreción. Los arreglos entre obispos y nobles engrosaban la vista, y los que iban a dar a la hoguera eran aquéllos que se apiadaban o entendían más que otros, los que no compraban indulgencias o las damas llamadas ingratas, porque en palacio, quien no era amante, se consideraba grosera.

—¡Ave María Purísima!— exclamaron a dúo sor Ángela y sor Vicenta. Pedí a Dios que les permitiera olvidar mis comentarios y anotar en mi cuenta el pecado de haberme escuchado. Había ido un poco lejos. Dejé sin mencionar las rifas de parejas, que se hacían hasta hace poco, en tiempo de los condes Paredes; preferí recordar, de nuevo, a Beatriz y a Teresilla. La última era la más traviesa de la corte y también la mejor discípula de Celia, quien nos entrenaba en el arte de la coquetería: la mirada encantadora, el movimiento suave de las manos, la posición de la cabeza y el retraimiento fingido. El pañuelo que se dejaba caer y el abanico que se abría y cerraba, enviando mensajes de acércate o aléjate. Esta noche no, mañana sí. Teresilla era muy aplicada en este arte, dándole quehacer al pobre de Camacho con uno de los nobles de la corte quien la perseguía enamorado. Para ella hice estos versos:

*Estás a hacerle burlas ya tan ducha  
y a salir de ellas bien estás tan hecha  
que de lo que tu vientre desembucha*

*Sabes darle a entender, cuando sospecha,  
que has hecho, por hacer su hacienda mucha,  
de ajena siembra, suya la cosecha.*

Aquellos habían sido tiempos joviales, de los que alegran el rostro al recordarlos. Me despedí de las hermanas y, rumbo a mis habitaciones, me detuve cerca de una fuente. Por un rato se reflejaron en el agua los regios salones, mis compañeras de la damería y ciertas travesuras amorosas:

*tu amor, acompañado de mi vino,  
dé conmigo en la cama o en el coso.*

A veces era tanto el vino escanciado que embriagaba al amor y, ya en la cama, todo se convertía en sueño.

Se puede encontrar aliento en el pasado. Sólo recordar a Lysi me consuela y hace menos doloroso este padecimiento. Mi actual confesor me llena de paz, me da ese perdón tan necesario cuando nos vamos acercando a Nuestro Señor. Su absolución aparta de mi mente los temores a la hoguera del Santo Oficio y al fuego eterno con el que siempre me han amenazado. Sin embargo, como en un cielo plácido y sereno, de repente aparecen aves negras surcándolo, rompiendo el encanto de un instante de sosiego.

En medio de aquellos divinos días, en que María Luisa trajo una luz especial a mi vida, se hizo presente mi confesor, el padre Núñez de Miranda. En una ocasión, molesto por la deferencia y afecto que los marqueses de La Laguna, condes de Paredes, abiertamente tenían hacia mí, sugirió a nuestra superiora que me castigara por abusar de la recepción de visitas, el placer de la escritura y demás complacencias mundanas.

Esa noche la madre priora lucía alterada. Pasó a mi celda y comprobó que, en lugar de ocuparme con números, como se presumía por mi rango de contadora, me dedicaba a juntar letras, y pensó que la desobediencia reinaba a mi alrededor. Además, al anochecer, algunas de las hermanas del convento venían en mi busca, se acercaban curiosas con preguntas impertinentes, comentarios nada interesantes o ganas de interrumpir mi labor. Las soportaba con paciencia; mas a veces

les pedía un poco de silencio y tranquilidad dentro de mis habitaciones. Había cierta hilaridad entre nosotras que nos hacía levantar la voz y olvidar el comportamiento aconsejado a una monja profesa, esposa de Cristo.

Como reprimenda me enviaron a la cocina. Así que sin protestar me dediqué a pensar acompañada del fuego y a escribir con cucharas y paletas. No estaba muy a gusto con pasar el día cerca del fogón; pero, resignada, se lo ofrecí al Señor, mi Dios, como muestra de entrega y voluntad de servicio. Escogía las recetas y dirigía a las criadas. Revisaba los ingredientes, vigilaba que el perejil y la hierbabuena estuviesen limpios, los ajos pelados y con bastante vinagre; las pollas ahogadas, sin plumas ni vísceras, listas para rellenarlas de pedacitos de jamón, tornachiles, aceitunas y alcaparras. Debía también apresurar a la servidumbre, para que todo estuviese a tiempo a la hora de las comidas, y revisar que las afanadoras y fregonas tuviesen el piso y las paredes impecables.

Seguía pensando en la recién llegada virreina y cómo agradecerla. Un día en el convento corrió la voz de que la condesa estaba embarazada; sentía antojos o caprichos por un dulce de nueces. Me contenté de haber guardado unas del año pasado y podría jurarlo, mas es pecado, que Apolo se lo dictó a mi mollera. Me dijo: “Guárdalas Juana”.

Yo misma mondé el pellejito de las nueces con agua hirviendo, empuñé un palote para moler el corazón de estos frutos de especial corteza. No permití que mano ajena tocara aquella pasta que endulzaba con el almíbar de mi admiración y afecto hacia María Luisa. Luego del primer hervor del agua de azahar con azúcar, le añadí unas rajadas de canela y mi secreto de cocinera, unos clavos de olor.

Mientras le daba forma al dulce, colocando una capa de bizcocho y después otra de masa, creía oír la voz de Apolo. Era

yo su intercesora y, le enviaba a Lysi esas nueces sazonadas por él, con sus rayos de luz, para granjearse a cambio, una mirada.

Sólo un bobo podría dudar que entre el laurel en que Dafne se convirtió, pero que no da fruto, y el nogal, que los brinda tan sabrosos, escogería Apolo andar tras los nogales.

Notaron en la cocina que yo tenía buen brazo para batir las claras de huevo y alzarlas a punto de turrón. Así que si algún platillo las incluía entre sus ingredientes, pasaba horas dándole vueltas a un tridente de madera dentro de un gran cazo de cobre. El dolor en el hombro era intenso y durante algunas noches dejé de escribir, entonces leía a la luz de los candelabros.

Para consolarme, pensaba que, si Aristóteles hubiera guisado, hubiera escrito mucho más. Y había oído que Santa Teresa, la monja de Ávila, aseguraba que se puede filosofar y aderezar la cena. Al concluir algún guiso me preguntaba sonriendo:

—¿Qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?

En los descansos hablaba con las hermanas legas de los secretos naturales que descubríamos guisando, como ver que un huevo se une y fríe en la manteca o aceite y, por el contrario, se despedaza en el almíbar. Experimenté que, para que el azúcar se conserve fluida basta echarle una mínima parte de agua, en que haya estado membrillo u otra fruta agria.

Mis observaciones despejaban el cansancio de los acalorados días cerca de la lumbre. De repente, mientras pelaba los higos, mi memoria se iba al lado de Fabio y me avergonzaba de mis antiguos ruegos amorosos ¡Líbrame, Señor, de las malas tentaciones!... Me arrepentía de haber tratado tan mal a Julio, a Feliciano, a Celio y a Lisardo. Los

recuerdos mundanos eran una tentación que el aroma de la comida permitía. Algunos ingredientes olían a mi madre, a Panoayan, y los vinculaba con su fortuna en amores. Tanto saber de caballeros fue su gran alegría y también nuestro martirio.

Al ver el hervor de la espesa miel en el dulce de calabazate, revivía algunas aventuras de Isabel Ramírez; las comparaba con las del sainete de Cervantes, *El Vizcaíno fingido*. En este entremés un fulano se hace pasar por oriundo de Vizcaya y se propone, junto con el amigo, engañar a dos mujeres “avisadas”, como las hembras Ramírez, quienes a su vez pretenden pasarse de listas con ellos. Muy divertido lo que sucede, pero también muy parecido el carácter de la moza engañada al de mi madre Isabel, quien al mirarla un hombre sonreía con todo su cuerpo y la insinuación se le escapaba por los poros ardientes.

Cocinar fue una agradable experiencia, que desordenó y atrasó las cuentas del monasterio. La madre priora, urgida de mi trabajo de contadora me devolvió a él y, por lo tanto, las noches volvieron a ser mías. El papel y la pluma me esperaban en mi celda.

Alcanzo a oír el lejano ladrar de unos perros y el maullido de unos gatos. Esto me da frío, los vellos de mi piel se erizan y me recuerdan los tiempos en que el sol se ocultó a la hora del Ángelus y nos llenamos de miedo. Ahora eso no me preocupa, Méjico es región donde son visibles los eclipses, y la ciencia astronómica del padre Eusebio Kino trajo luz a mi entendimiento, aunque los temores y las supersticiones seguirán con vida.

Eran los días en que acababan de llegar los condes de Paredes a la ciudad de Méjico. Por un buen rato y sin razón aparente, los perros en la huerta ladraron atemorizados, los gatos bajaron de los tejados, se arremolinaron alrededor de una fuente y no paraban de maullar. Decían que en el gallinero las aves de corral aleteaban y cacareaban sin razón. De pronto hubo un silencio, los gorriones y otros pajarillos dejaron de cantar y se refugiaron en las ventanas de la capilla. El sol desapareció, se escondió de nuestra mirada en pleno día y un aire helado recorrió mi cuerpo. Para muchos el demonio se había hecho presente en el patio de San Jerónimo.

Fue cosa de un instante. Todas, rosario en mano, todavía sin acabar de rezar un misterio, sentimos regresar la vida con el canto de los pájaros. A medida que la luz se posesionaba, la algarabía de aves y animales se unía al beneplácito de los paseantes de la calle. Nosotras sonreímos y las labores continuaron como de costumbre.

Después pasó un cometa. En las noches veíamos su cauda y cómo iba avanzando. Rogábamos al Señor para que alejara los malos presagios, y algunas de las monjas sentían heridos sus ojos al ver al astro en el nocturno cielo. Aquel era un rayo claro que costó mil querellas a los humanos. Nuestro torpe conocimiento estuvo oscuro hasta que el padre Kino dio claridad a estas luces celestiales.

El saber nos aparta de los miedos. Las mortales plumas sin iluminación sólo predicán tinieblas. Había que aplaudir al sabio Kino, quien nos enseñó que es clara la luz pura del cielo, la luna, las estrellas y las efímeras centellas que el aire eleva.

Dicen que sólo se corona una dama cuando sabe de hombres y de parto. Quienes lo afirman olvidan que también ser mujer, a veces, va ligado al deseo de serlo. Este mundo está habitado por toda clase de féminas, a quienes las distingue el corazón tierno, que no tengo, la actitud maternal, que no poseo y la atracción por el sexo masculino, que ya no me importa. Me hice diferente, fría, distante y sin atractivos femeninos para ofrecer.

En cambio, Lysi era una mujer completa, llena de encanto y sabiduría. El cielo la premió con un embarazo que logró un hijo. Viví la espera desde el convento, donde cada mes veía abultarse el vientre de María Luisa y brillar su mirada con esa luz que sólo una preñada tiene. Dejó de venir por San Jerónimo cuando ya no podía andar bien, ni subir escalones. Extrañaba sus visitas, pero con recados que iban y venían con los criados, me mantuvo en conocimiento de lo que sucedía. Cuando nació José María tocaron a parto las campanas de algunas iglesias y en la catedral tres veces. Rezamos en la capilla rogando por su salud y la del primogénito. Un niño que nació en julio, el rey de los meses y su signo zodiacal fue el León. El vástago de la sangre real, trajo alegría a sus padres, quienes habían visto morir a sus anteriores frutos a los pocos meses de nacidos.

José María Francisco se convirtió en la niña de los ojos del virrey. Al cuidado de su nodriza y rodeado de nanas, con su

llanto pedía estar cargado, mientras su madre se recuperaba. El niño crecía bajo la mirada de toda la corte. Era lento para caminar. Lysi se preocupaba por aquella tardanza. Un día le envié un andador de madera, un pie de amigo para ayudarlo. Y, aunque ya le había dicho que el problema de su hijo era tantos brazos a sus órdenes, en el romance que acompañó mi regalo la consolé:

*Los pies de amigo, señora  
para no andar suelen ser;  
mas los pies de amiga, son  
para enseñarse a correr.*

Amanecí con la inseparable jaqueca. Chonita me curaría con unas hojas colocadas en la sien; pero si me oyeran las monjas solicitando tal remedio, juzgarían mi acto como hechicería. Aunque mi salud no ha sido buena, he respondido a los cuidados que me dan en el convento. Por eso tardo tanto en irme y la desesperanza se apodera de mi corazón. Hoy le pedí a la novicia encargada de atendernos que cerrara la puerta de la celda; no soporto los lamentos de las otras hermanas enfermas.

Quedaba con jaqueca, después de las visitas de Lysi, cuando la acompañaba José María. Venía con un séquito de damas que corrían detrás del niño. Yo las enviaba lejos, al jardín y al patio de los gatos; no obstante, sus gritos y risas llegaban al locutorio. Me sentía molesta. No podíamos hablar, ni comentar las tertulias o los libros recién leídos sin los sobresaltos de su corazón materno, preocupado por aquel revoltoso. Un día dejó de traerlo.

Yo no podía entender cómo el pequeño José, a los tres años, no hablaba. Se lo hacía notar a María Luisa: tanta servidumbre a su alrededor, adivinando sus caprichos, no le permitía esforzarse por decir el nombre de lo requerido. El pequeño señalaba una flor y enseguida la tenía entre sus dedos, para despedazarla. Otras veces tomaba de la mano a quien a su lado estuviese y le mostraba lo que deseaba alcanzar, sin pronunciar una sílaba. Lo comparaba

conmigo, que a la misma edad podía leer, y la madre del niño, entristecida, bajaba la cabeza. Le conté que siendo chiquilla había escrito una loa, mitad en español, mitad en náhuatl, sacrificando mi sueño y dando cabezadas en la chimenea para hacerlo. Mi abuela conocía de esto, ya que me acompañaba en las noches y en la mañana me despertaba. Aun con dolor de cabeza me iba a la Amiga, ese lugar a donde enviaban a las niñas con suerte, para aprender oficios de mujer y, en algunos casos, a leer y escribir.

La primera vez que me divertí jugando con los versos, fue escribiendo aquella loa. Reté con ellos a los españoles; los bachilleres, filósofos de lengua, y reí junto a las hijas de Chonita cuando el cura párroco de Meca Meca la leyó en voz alta. Al descubrir en el público a Encarnación, una de las vecinas, me escondí entre los pliegues de la amplia falda de mi madre:

*Y si no, vamos a ver:  
Ha venido aquí una vieja,  
acaso a hacerse famosa  
como la bruja Medea.*

Ella comprendió el mensaje enviado en las líneas. Los niños del caserío no paraban su risa al verla. Yo seguía al lado de mamá, ella era muy respetada, casi temida por los lugareños; pero la abuela supo que el momento de dejar Panoayan había llegado. Recordó la promesa hecha al abuelo antes de morir y envió una carta a la tía María. No podían detener mis ansias por saber y el doblgado ingenio de una niña que, con versos, se fingía apenadísima y con sobrada desvergüenza pedía licencia para decir palabras a favor de la comedia.

Fui cruel con Encarnación, la amiga de los abuelos; el justiciero tiempo me hizo llorar esa travesura. También estuve severa al compararme de niña con José María, falté a la caridad debida al prójimo. Quizás el niño no heredó la inteligencia de su madre, y sólo conseguí mortificar a María Luisa, a mi Lysi, quien hacía bien en dejarlo en palacio al visitarme. Así, era toda mía.

La vida es un teatro. Mis hermanas en el convento son comediantes y yo la protagonista de una escena mortuoria que ensayo cada día. El Altísimo siente que debo permanecer en este mundo por más tiempo; ocasionando molestias en un claustro que se viene abajo con tantas defunciones registradas en los últimos meses. Mejor no pienso, me entrego y déjome llevar por la voluntad del Señor. Traigo a este carro de representaciones mis autos sacramentales y *Los Empeños de una casa*, esa entretenida comedia que todavía, aun enferma y sin ánimos, me hace reír.

*Los Empeños* me brindan divinos y mundanos recuerdos. Reflexiono en los hados que me iluminaron en su creación, en la diversión que me proporcionó darle forma y palabra, en lo maligno, cuando traigo a la memoria el juicio del nuevo arzobispo de la Nueva España, quien llegó sin anunciarse al patio. La pieza la había escrito a petición de la virreina María Luisa; disfruté al obedecerla y hacer los parlamentos. Nunca se me había ocurrido escribir comedias, sólo algunos sainetes, a los que no les di importancia y únicamente eran para pasar el rato en la corte de los Mancera.

Inspirada en Calderón de la Barca y Lope de Vega, intenté algo ligero, gracioso, donde el enredo se deshiciera con facilidad y a gusto de la audiencia. Para esta obra concebí un personaje que me encanta: Leonor. He releído varias veces sus líneas y aquí, postrada, las repito entre delirios. Se

parecía mucho a mí, cuando eran tiempos de mejores aires y gallardía. Pecando de vanidad, Leonor se siente el objeto venerado que inspira el común aplauso de la patria toda. Se dice noble y encuentra, entre plebeyas desdichas, respetos honrados. Presume de haber nacido hermosa, inclinándose a los estudios desde sus primeros años, con ardientes desvelos y ansiosos cuidados. La fama parlera discurrió reinos lejanos y la pasión agrandó el tamaño de sus moderadas prendas.

El buen humor, la ironía, están presentes como en la mayoría de mis composiciones, y los dichos y actuaciones de los criados Hernando y Castaño provocan risa al público más estirado. Piensan que me burlo de mí misma al incorporar un entremés, entre acto y acto, donde dos actores hablan del desarrollo de la obra con desenfado y cansancio, hasta se preguntan:

*“¿Quién sería el que al pobre de Deza engañaría con una comedia tan larga y tan sin traza?”*

El estreno fue en uno de los patios más bellos, el de la casa del contador don Fernando Deza. Acudieron a la función los virreyes, damas y caballeros de la corte y representantes del Ayuntamiento. Mi espíritu estuvo rondando a los asistentes, no me dormí hasta no recibir noticias del resultado de la puesta en escena.

Gracias a unas nobles señoras, quienes visitaron el convento y se llevaron unos calabazates, nos enteramos de la entrada del actual arzobispo a la ciudad. Había adelantado su llegada. La comitiva que lo escoltaba aprovechó el buen tiempo y la buena salud de Su Excelencia para hacer el recorrido desde la Veracruz a la capital en menos días. Su carácter adusto, enemigo de homenajes y la inclinación al trabajo, lo pusieron inmediatamente a ocuparse de la

salvación de nuestras almas. Acostumbrada a las finezas de la corte, incluí al final en la comedia, unos versos dedicados a Su Ilustrísima:

*¡Fue la dicha de su entrada,  
la entrada de nuestra dicha!*

Sin embargo, don Francisco de Aguiar y Seijas no los valoró ni tomó en cuenta, como yo esperaba. Al contrario, causaron su enojo y el domingo en la catedral predicó contra las funciones de teatro, asegurando que representaban el mal del siglo. Consideró que el colmo de estas manifestaciones en la ciudad era que una mujer, y además monja, las escribiera. El prelado nunca me olvidó. En su mente seguí siendo pecadora. Grabó mi nombre entre ceja y ceja, obstaculizó mi existencia y no descansó hasta verme abandonar mi afición por las letras, obligarme a vender mis libros y donar a los pobres lo obtenido por ello. No volví a escribir teatro, sino a petición de otra condesa, la mal amada Elvira.

Bien dicen que febrero es loco y marzo otro poco. Desde mi lecho oigo el silbar del viento que cierra puertas, golpea los vitrales que encuentra a su paso y despoja a las plantas de sus primeras hojas. También hace frío, el invierno se quedó adherido a los muros de mi celda y, cuando no tiemblo por la calentura, lo hago por el clima. Me cubren con mantas y algunas hermanas generosas frotan una botella con agua caliente por las sábanas y me la dejan en los pies. Entro en calor por un rato, no me muevo y digo para mí, ya me voy, me voy... pero el aire regresa con recuerdos.

En los helados y airosos días, entre la Tercia y la Sexta, pasábamos por una taza de chocolate caliente que nos infundía fuerza para proseguir en las labores asignadas. La breve interrupción en los oficios era un descanso que me permitía platicar con las demás monjas, a quienes en mis noches de trabajo las sentía como ratones, entrando y saliendo desconsideradas de mi celda, interrumpiendo mi entrega a la escritura.

Esa mañana, moría por llegar al refectorio dando una buena nueva a las hermanas.

—¿Sabéis que don Juan Correa pinta en la catedral?

Sor Verónica, siempre atenta a mis comentarios, aseguró sarcástica que me lo había comunicado la señora virreina. Así que seguí informando que el afamado artista pintaba *La*

*Asunción de la Virgen* en la sacristía, por encargo de la condesa de Paredes.

Me pareció escuchar un susurro, alguien a mi lado se quejaba con nostalgia; era mi vecina de celda.

—¡Qué lástima! Nunca la podremos contemplar. Hemos renunciado a Satanás, a sus pompas y sus obras; pero también a todo lo bello que hay fuera de estos muros.

No le confié, entonces, que María Luisa, mi Lysi adorada, deseaba un retrato mío. Tal vez fui tonta al no participarle a sor Verónica mi compromiso. Ella pintaba muy bien, traía la vena artística, sus parientes practicaban este oficio y eran admirados en la corte. Yo esperaba, en el fondo de mi corazón, que las clases recibidas en el noviciado fuesen suficiente. Con ellas aprendí que el arte, *ostentando primores, con falsos silogismos de colores, engaña cautelosamente al sentido.*

Aquel invierno fue despiadado. Los volcanes estaban cubiertos de nieve hasta las faldas y en los poblados cercanos la gente moría de frío. Los virreyes descansaron unas semanas en Cuernavaca, pues el conde se encontraba afectado de una tos crónica y el clima era benévolo en esa ciudad. Mientras duró su ausencia, entusiasmada con el pedimento del retrato, me dediqué a hacerlo. Solicité la ayuda de una de las novicias, necesitaba su compañía para saber si el parecido era correcto. En San Jerónimo los espejos estaban prohibidos.

Realicé la pintura en mis aposentos. Lysi me pidió que la hiciera, ya que los artistas no pasaban al interior del monasterio. Pecando de atrevida acepté copiar mi rostro, para que la condesa de Paredes hallara en él, un alma que se escondía. Los trazos lograron lo que no hace el amor, y el aliento en mi poder fue lo que yo quise. Ella había ordenado

a don Juan Correa que escogiera las tierras, aceites y mezclas. Por órdenes de la virreina, mi esclava pasaba a recoger estas pinturas a la catedral.

A media mañana, después de Prima, llegaba Ceferina con la pasta al óleo dispersa en la paleta. El pintor entregaba, de acuerdo con la descripción de María Luisa, algunos matices propios para el trabajo. Comencé por el fondo, en negro, intentando que resaltara el óvalo de mi rostro. Lo tracé sobre un lienzo rectangular y, haciendo gala de mi escasa modestia, creo que con mucha destreza. Pero aquí la lisonja no excusará el horror de los años y los rigores del tiempo. Pasaron varios días y resultaba difícil que mis facciones se parecieran al original. Continuamente preguntaba cómo iba saliendo la pintura.

–Va bien la frente– decía la novicia para animarme.

–Sí, *como el jazmín pretende afeitarse*– y mis pinceladas ponían luz a la cara.

–*La tinta a sus cejas el color les da*– quiso imitar la joven.

Así lo deseaba. Mis cejas color de la tinta con que escribo. El *ámbar y mirra* de mi cabello, sólo quedaría en el recuerdo de mi abuelo, quien al ver mis trenzas exclamaba: ¡isleña, isleña mía!... Y, en la cabeza de la novicia que, por hueca, olvidaría esta confidencia.

–Mis ojos. ¿Qué tal? ¿Hay luz en ellos? Fijaos que lo hago de memoria– le advertía.

–La forma está bien. No obstante, recordad: vuestro iris cambia con la luz del sol y el reflejo del hábito. ¿De qué tono los pintaréis? ¿Aceitunados?

Como no había paisaje en mi retrato, el pintor olvidó enviar el matiz de la vegetación. ¡Qué pena! Tuvieron que ser mis ojos color de la tristeza que oscurece la mirada. Las

mejillas pálidas. Si estuviese en la corte, les habría puesto color y diría que las *quiso teñir un lagar*, pero en San Jerónimo sólo el rubor de la vergüenza o el desconcierto las sonroja.

Mis manos no podían dejar de ser bellas, con dedos largos y piel cuidada. El trabajo de contadora las ha maltratado un poco, ostento una callosidad en el dedo medio y la uña del índice ya no me crece a causa de tanto empuñar la pluma. Las contemplaba con agradecimiento y pecaminoso orgullo en las noches, a la luz de los cirios, cuando me disponía a escribir.

–*De cuajada leche tus manos serán...*– repetí sonriente, en aquella oportunidad, al pintarlas sosteniendo un libro.

La mirada inteligente, según la virreina, quedó plasmada en ese cuadro. Una nariz pequeña, perfilada, armonizaba con el conjunto. Habrá por siempre voz en mi boca. El eco llegará más allá de esta celda, los pasillos y patios. Los labios entreabiertos, listos para decir aquello que han callado, sonreirán al que me observe y escuche mi ruego: *óyeme con tus ojos...*

Si me pidieran que definiera la amistad, lo haría diciendo que es otro de los frutos del Espíritu Santo. Quizás me juzguen por hereje y mis superiores me reprendan una vez más; pero, insisto, la amistad es el regalo más bello que nos da esta vida, y estoy segura de que tal acto virtuoso se hace bajo la influencia de la Gracia. Es difícil conseguir un amigo; pero, al encontrarlo bendecimos la suerte de tener cerca a una persona que nos da su amor y recibe el nuestro. Después de haber compartido este goce del espíritu con María Luisa, nada fue igual, y cuando partió su lugar estaba allí, en mi corazón. Aun lejos, la sentía junto a mí; sin verla la miraba en mis libros y escritos; sin oírla, la escuchaba en el trino de los pájaros. Con sólo pensar en ella, la traía a mi lado nuevamente.

Era conocida por todos la gran amistad que existía entre la virreina y esta humilde sierva del Señor. Mis poesías lo dicen, las hermanas lo atestiguan y las continuas visitas de María Luisa al convento lo confirmaban. Cuando les comunicaron a los condes de Paredes el fin de su gobierno en la Nueva España, supimos que en poco tiempo partirían a Europa. Desde ese momento Lysi estuvo presente en mis oraciones y llenó mi pensamiento.

La virreina me pidió conseguirle o copiarle los poemas que había escrito. Recogí de muchas manos los que en su poder estaban. Envié a palacio, con los criados, un cofre

con estos papeles. María Luisa había prometido publicar mi obra llegando a la Península. Eran versos que consagré a los lectores y sólo tienen de buenos conocer yo que son malos. Incluí un legajo atado con un listón de seda azul. Iba con una dedicatoria para Lysi, pues contenía algo que compuse con el fin de que lo conservara. Me había quebrado la cabeza para lograrlo y, revolviendo mis ideas, invoqué a Pitágoras. Intenté elaborar un libro de música para nuestra virreina, mas enseñar a un ángel es pretensión que provoca risa a la inteligencia. Pero si he de hablar la verdad, por divertirme en mis tristezas revisé en esos últimos días mi tratado, donde reduzco a mayor facilidad las reglas que andan escritas. En él decía que es la armonía una línea espiral y no un círculo. Por su forma, revuelta sobre sí misma, lo intitulé *El Caracol*.

Devolví también, dentro del mismo cofre, los libros que ella me había enviado en préstamo. No obstante, debí solicitar su opinión para ello. En una de sus visitas Lysi me lo reprochó:

–Fue una imprudencia haberlos sacado de este convento; en vuestro poder estaban seguros. Me aterroriza que alguien los descubra y nos delate. ¿Qué podemos hacer?

Yo no tenía la respuesta; enmudecí. Pensé que estaban mejor en palacio que aquí en el monasterio. Con la severa actitud de Su Ilustrísima, el arzobispo Aguiar y Seijas, hacia las monjas y todos los que leen, nunca se sabía qué nueva orden dictaría. Estaban revisando nuestras celdas para ver qué leíamos, y eso que San Jerónimo es una congregación abierta al conocimiento.

–Los he de cambiar de sitio. Para despistar, los colocaré en uno de los baúles de la servidumbre –indicó María Luisa– No los quiero conmigo, ya avisaré donde están para que sigan su rastro y, en el momento oportuno, los traigan de vuelta a este lugar.

Esa tarde, después de probar unas rosquetitas y beber aguas frescas, se despidió angustiada la condesa. Me quedé preocupada por el paradero de aquellos libros que tanto había acariciado con mis manos y hecho míos a través de los ojos, en noches interminables. No podía dejar de tenerles afecto. Me prometí enviar por ese baúl cuando llegase el momento propicio.

Partieron los condes de Paredes a España; pasó el tiempo y olvidé el encargo de Lysi y sus riesgos. Un día recibí agradables noticias de María Luisa; *Inundación Castálida* había obtenido, en Madrid, la licencia para su impresión, así como las aprobaciones del rey y de la Iglesia.

Una mañana vino un ujier de palacio. Llegó al locutorio con un caracol que enviaba la nueva virreina. Lo acompañaba una nota de la condesa Elvira de Galve: “Entre las pertenencias de mi antecesora apareció este molusco. Dentro de la bolsa de brocado, que lo contiene, había una nota pidiendo que lo entregaran en el monasterio de San Jerónimo a sor Juana Inés de la Cruz. Por esta razón os lo envío con un afectuoso saludo”.

El caracol era de gran tamaño, como los que hacían sonar los indios para convocar el espíritu de sus dioses. Los mismos que luego se veían en las puertas de las casas de los aristócratas de la ciudad. Abrí con cuidado el saco, extraje el amarillento caracol y quise hacerlo sonar; no se podía. Traté con más fuerza, tampoco. Lo sacudí para limpiarlo y fue entonces cuando salió la punta de un papel. Lo extraje y cuál no sería mi sorpresa al ver la afinada letra de María Luisa, condesa de Paredes.

“Juana Inés, muy querida mía. Os he dejado esta misiva aquí escondida. No me atreví a hacerla llegar por otros medios. El

temor a que alguien se entere de nuestro secreto y el deseo de despistar a los curiosos, me infundió esta idea. En una de las bodegas de palacio, la que está cerca del polvorín, os he dejado un baúl con aquello que vos sabéis. También guardé el tratado de música, el que habéis intitulado “El Caracol”. Siento tan valioso este trabajo que prefiero dejarlo aquí, en Méjico; tal vez algún día podréis publicarlo y darlo a conocer desde la Nueva España. En la Península corremos el riesgo de que nadie crea que la autora es una criolla. Además, el peligro crece al conducirnos vuestra condición femenina a la sumisión, y la de religiosa, a la obediencia. Las señas de este cofre son las siguientes: en proporción es del tamaño de media banca de la capilla de San Miguel, en San Jerónimo. Está cubierto de cuero y lleva repujado a su alrededor varios naranjos cargados de frutas. Sigo siendo vuestra”.

Creo que palidecí, comencé a temblar y perdí la compostura. Esta arpía de Elvira, ¿Qué se creía? ¿Habría leído la misiva? Se ha de haber mofado de nosotras. Debía ser cuidadosa.

No asistí a los rezos de Tercias, me sentía sin aliento. Pensé en hablarle a Ceferina, mi criada, la esclava que siempre me ha sido fiel y nunca ha querido su libertad. Le di instrucciones para ella y su disponedor amigo. Tenía que enviar por aquel baúl. ¡Cómo me preocupé! ¡Qué trastorno! Coincidimos con los sucesos del 1692 y no lo pudieron traer al convento. Chucho decidió que se quemara el arcón en palacio y allí quedó, con su contenido hecho cenizas, entre los restos del boato de la Nueva España, gobernada en ese momento, como ahora, por Gaspar de Silva, conde de Galve.

Recuerdo cuando Lysi sazónaba sus visitas con deliciosas murmuraciones sobre Elvira de Toledo, condesa de Galve.

–La recién nombrada virreina es ardorosa, viste de oscuro y tiene cara de tristeza; no obstante, la consideran una mosca muerta, recatada... recatada; pero con una interesante historia.

Pidiéndole perdón a Dios, la urgía para que me enterara sobre quién era ella.

–Entre los nobles de la Península circula la versión de que Elvira había sido la amante de Gregorio, el duque del Infantado, hermano inseparable de su esposo Gaspar, el conde de Galve.

Yo no podía creer que aquello fuese cierto.

–Muy cierto, ya lo verás –enfaticaba Lysi–. Gaspar es un intrigante. Nos sorprendió su designación como virrey de la Nueva España. Parece ser, que Gregorio se va a casar con la hermana del rey Carlos II, y consiguió el nombramiento para su pariente recién viudo y, además, una nueva esposa, la Toledo. Los ha mandado bien lejos, a las Indias.

–¿Qué clase de gobernantes tendremos? –me preguntaba buscando respuestas en las confidencias que me hacía María Luisa.

–Por lo pronto os digo, él es muy joven, sin experiencia militar ni diplomática. Y se rumora que ella sigue muy enamorada del cuñado. Saber qué clase de persona llegaba en lugar de nuestra virreina no me permitió participar con mis versos y creaciones en la ceremonia para la entrada de estos virreyes. Lamenté negar mi colaboración al siempre bien apreciado Carlos de Sigüenza y Góngora, encargado de organizar la bienvenida a los condes de Galve. Me excusé y claramente le informé que no lo podía complacer. Le confié que sabía cosillas que me impedían lograr buenas comparaciones, ni crear metáforas que favorecieran la recepción de estos gobernantes.

–Actitud incorrecta, madre Juana –me reprendió don Carlos–. Con ese talento que el Señor os ha dado, vuestra merced está para servir a la Iglesia y al reino.

Prometí enmendarme. En esa ocasión el dolor por la partida de los Paredes no me dejaba ánimos para crear. El tiempo hizo aparecer el delito; la razón de Sigüenza para sus atenciones con los Galve. Elvira había envuelto al sabio hombre en dulces tratos cortesanos. Se ha ido ausentando el maestro y buen amigo de las tertulias conventuales. Dejó de visitarme. Prefiero pensar que es por la prohibición del arzobispo de Méjico y por su trabajo como cartógrafo del reino, que lo ha llevado lejos, a Pansacola.

El llanto se fue de mi ser con Lysi. Cuando ella me anunció su partida lloré, perdí el control y deambulé por los pasillos de San Jerónimo con pañuelos que limpiaban mi nariz y unos ojos que no escondían su dolor. Veo las caras tristes y desesperadas de monjas, novicias y beatas que nos socorren, y noto señales de haber llorado. Me angustia no poder acompañarlas, pero se me secó el lagrimal; ya no se humedece. Puedo mirar sin ver y oír sin escuchar. Nada me perturba.

¿Cómo decirle a María Luisa cuánto la iba a extrañar? Mi mente, trastornada por la noticia, no concebía sosiego. Me refugié en los rezos en la capilla y las promesas de correos llenaron mi corazón herido. Si bien pude crear “El Neptuno Alegórico” para su entrada triunfal, en esos momentos no encontraba inspiración ni entusiasmo para sentarme, tomar la pluma entre mis manos y dedicarle unos versos a su despedida.

Desde que la conocí, todo lo que hice fue para ella, mi dueña. Yo, su esclava, le ofrendaba mis escritos entre tantos generales tributos. Mi amante afecto rompió las prisiones del retiro y sé que mi amor, alquimista de sí mismo, se transformó en vida para que viviera infinito.

Juzgué sus pensamientos con las jerarquías de los ángeles y ofrecí, como mortificación, ayunar de sus noticias; pero era imposible hacerlo de sus memorias; éstas quedaron en mi alma escritas y el tiempo no podrá borrarlas ni confundirlas.

*¿Puedo yo dejar de amarte,  
si tan divina te advierto?  
¿Hay causa sin producir?  
¿Hay potencia sin objeto?*

Me atreví a enviarle estas líneas, con otras que le pedían que volviera a sí misma los ojos, para que hallara en ellos mi rendimiento. Como todas las cosas naturales, el deseo de conservarse las une amante en lazos estrechos.

Nuestra unión ha continuado por carta. Nunca hemos dejado de escribirnos y de conocer lo que sucede con nuestras vidas. Sólo al pensar en Lysi, mi corazón se ablanda, se deja perturbar.

Puedo ver reflejado, en el rostro contraído de las novicias que vienen a cuidarme, el dolor que les produce el haberse martirizado corporalmente. Soportando los malestares de esta peste, que me hace escupir sangre en la escudilla, me pregunto si valdrá la pena, si en verdad haciendo sufrir al cuerpo nos acercamos más a Dios. Un cuerpo que estorba, y que si no lo tuviera viviría para siempre. Pido perdón por este pensamiento que aleja mi salvación; no obstante, si el Señor me ama como yo le amo, ¿Por qué desearía verme quejosa y adolorida? ¿Habría tomado en cuenta, para mi santificación, los martirios que he soportado? ¿Sabrá que yo sufro al imaginarlo muriendo en la cruz?

Uno, dos, tres... me flagelaba, pero mi alma no obtenía sosiego. Aquel amoroso tormento de saber distante a Lysi tenía mis deseos cuaresmados. Esperaba ansiosa su visita para darle las Pascuas, aunque sabía muy bien que un océano nos separaría muy pronto y que una nueva virreina estaba ya en su lugar.

Después de estimar mi amor, haberle compuesto un libro de música y dedicado a ella cerca de cuarenta poemas, me di cuenta de que tenía la voluntad traspasada. Sólo la veía como un ángel, en hermosura y en sabiduría. La soledad del convento me abrumaba, las visitas de los parientes no podían llenar ese vacío emocional que colmó su llegada ni la bendición de su amistad. Nadie supo compartir las

inquietudes de mi espíritu y del intelecto como María Luisa. Su belleza y alto nivel cultural, permitió el brote de un afecto desbordante y ardiente, en religiosos incendios de adoración y silencio.

Cuatro, cinco, seis... azotes para que llegaran hasta el recuerdo y así se fuera; mas era imposible. El tiempo pasaba, semanas, meses, años. La imagen de Lysi permanecía en mi memoria. La luna seguía llena de su sol y sus reflejos; en cambio, pobre de mí, ya no vería a María Luisa, querubín de amabilidad, quien no olvidaba lo prometido. Las naves traían y llevaban noticias de un continente al otro. Por los correos de Lysi me enteré que la edición madrileña de *Inundación Castálida* se había agotado. Entre las líneas de sus cartas, mi condesa traslucía feliz por este acontecimiento y deseaba compartirlo. Gesto innecesario, ese libro era como el hijo de una esclava; cualquier fruto, por derecho, le pertenecía a su legítima dueña, la divina Lysi. Hablaban los libreros españoles de reimpressiones y en Sevilla se editaba el segundo volumen de mis poesías.

Cuando llegó a mis manos un ejemplar del libro, sentí la sangre hervir dentro de mí. Lo acaricié incrédula, pasaba una por una sus páginas, recreándome en versos que, obediente, entregué a mi ama y señora, borrones y conceptos de un alma que ya no era mía. Leer en las aprobaciones que mi elegancia poética no se oponía al recto sentir de la fe católica, me tranquilizaba; deseé que los príncipes de la Iglesia en la Imperial ciudad de Méjico lo leyeran y se enteraran. El éxito en el reino y sus colonias fue algo nunca esperado; obedece al empeño y animosidad de Lysi, quien se ha ocupado en dar a conocer mi obra en España.

Es oscuro el tránsito hacia la muerte. Aún así, viene de nuevo a mí aquel rayo de luz, oloroso a copal, que penetraba en el locutorio al visitarme don Diego Velásquez de la Cadena y don Carlos de Sigüenza y Góngora. Uno, gran conocedor de usos y costumbres de los indios, ferviente devoto del Santo Cristo de San Miguel de Chalma; otro, un sabio empeñado en rescatar y poner a resguardo los valores de los naturales del reino de Méjico. En medio de este sopor con el que hoy amanecí, puedo sentir la iluminación llevada a mi mente con sus discusiones sobre las finezas de Cristo. Inspirada en aquellas tertulias con el agustino y el ex jesuita, la sangre derramada por Nuestro Señor como ofrenda al Padre celestial, y la de los indios a sus dioses, me hicieron reflexionar y escribir el auto sacramental, encargado por Lysi.

A los nobles mejicanos de estirpe antigua y claras luces les dediqué “El Divino Narciso”. Los invité a venir, adornados de sus divisas, para que se unieran a la alegría y en pompa festiva celebráramos al gran Dios de las semillas. Desde la Península, María Luisa me pidió elaborar este auto para montarlo en España. Impropiedad que la obediencia pasa inadvertida: escribirlo en Méjico y que en Madrid se representara.

Abordé el misterio de la Eucaristía, que tantos problemas me había traído al criticar el Sermón del Mandato del padre Vieyra. Emocionada por la oportunidad de llevar el mensaje de este continente a Europa, Occidente fue un indio galán

con corona y América una india bizarra, cubierta por una manta. Ellos se sentaban, y a su rededor, indios e indias, con plumas y sonajas en las manos, bailaban y cantaban.

Música, mi personaje preferido para todas las loas, habló de la abundancia de nuestras provincias. Y en honor a quien fertiliza la tierra, solicitaba a Occidente ofrecieran, devotos, los nuevos frutos, todas las primicias, para que, mezclados, los cultos sirviesen para la celebración.

Religión protestó, pensando que era una idolatría el festejar al dios de las semillas. Solicitaba al poderoso Occidente y a la bella y abundante América, quien vivía tan miserable entre las riquezas, dejara el culto profano a que el demonio la empujaba. Su amor intentaba la persuasión con un “¡Abrid los ojos; seguid la verdadera doctrina!”

Mas Occidente se defendía de Religión, extranjera belleza, mujer peregrina, la que venía a perturbar sus delicias. Ella amenazó con castigos, guerras, y después de vencer al indio galán, por piedad, le conservó la vida.

América altiva, sólo mentía. Aunque lloró cautiva su libertad, su albedrío continuaba adorando a sus deidades. Al dios americano nadie podía tocarlo, era un dios de materias tan exquisitas como la sangre, que en sacrificio ofrecían y semilla, que era sustento.

Religión dijo que en el sacrificio de la misa Dios se vale de las semillas del trigo para convertirlas en su carne y del vino que se vuelve su sangre y está en el cáliz. La sangre ofrecida redime al mundo y amorosa se convierte en comida para habitar entre los hombres.

Dios pone en las plumas gentiles visos en que se asoman sus altos misterios. Creo que así me permitió darle cuerpo a su idea. Me convencí, y muero convencida, de que la mayor fineza de Cristo fue morir por nosotros y, aunque haya sido

otra sin igual la Eucaristía, quedarse sacramentado, derramar su sangre fue la mejor.

La sabiduría es algo natural en don Carlos de Sigüenza y Góngora. Gracias a ella, él ha triunfado sobre el mal, quien vestido de mujer lo ha atormentado y hecho andar por senderos dañinos para su práctica religiosa y vida espiritual. Nuestra amistad ha sido una bendición de Dios. Su alta opinión sobre mí, expresada en sus términos artificiosos y exagerados, alivia mis pesares. Memorice lo que de mí escribió “No hay pluma que pueda elevarse a la eminencia donde la suya descuella”. Admira mi estilo y yo su entendimiento, reverencia mi fama y yo lo que de él ignoro. Sentirme apreciada por este sacerdote anima mis contadas horas.

¡Qué diferencia tan grande existe entre las virreinas anteriores, con quienes conviví, y la actual! Leonor Carreto, marquesa de Mancera, toda una aristócrata, de modales delicados, alma caritativa y amorosa. María Luisa Manrique, condesa de Paredes, gran señora, reina de las flores. Pero Elvira de Toledo, condesa de Galve no tiene atributos con qué adornarse. Por mucho que los ojos de mi mente escudriñen, no encuentro palabras para disimular mi opinión de que no es digna del título de virreina que ostenta en la Nueva España. Aun sobre este lecho mortuario, dueña de días sin fin, pienso y sigo en blanco; no consigo algo qué entintar a su favor.

El amigo Sigüenza, quien por fin vino de visita hace unos días; condena este pensar mío. Culpa a los astros y a los signos

que se elevaron al oriente, en el momento de mi nacimiento, por mi carácter mudable. Éste pasa del optimismo a la apatía con la misma facilidad que vuela de la liviandad a la rigidez. Sigüenza siempre está en lo correcto. El escorpión de cabeza dulce y cola venenosa, que rige mis actos, me ha permitido ser amada por unos y odiada por otros. Sin embargo, ya no estoy segura de que el único motivo de su reproche y perorata astrológica haya sido su gran amistad y aprecio hacia nuestro virrey el conde de Galve. Don Carlos tendía a disculpar a Elvira y a solicitar mi caridad al juzgarla. Opinaba que me había vuelto tan ignaciana como mi ahora difunto confesor, el padre Núñez de Miranda, y esto me causa horror.

El sabio maestro está enfermo. La expedición por las tierras de Pansacola lo expusieron a picaduras de insectos. Se queja de calores que van y vienen sin aviso, su delgado cuerpo no resiste más viajes. Así se lo hizo saber al gobernante, y ahora trabaja en la elaboración de mapas geográficos en una sala de palacio. He sabido que don Carlos consagra parte de su tiempo a los estudios científicos de astronomía; de nuevo imparte cátedra en la Real y Pontificia Universidad de Méjico. También fue nombrado cartógrafo del virreinato y ya no cuenta con horas libres para aparecerse por el locutorio del convento. Nuestras tertulias se desvanecieron con su ausencia y ahora con mi enfermedad. De vez en cuando me enviaba algunos libros de nuestro respetado Atanasio Kircher, el esotérico Quirquerio; pero ya no le importa a Sigüenza enterarse de lo que pienso sobre el contenido de los escritos de ese jesuita. Tampoco me trae a presumir las cartas que, en contes-tación a las suyas, recibió del insigne alemán. Antes de venir los Galve al reino de Méjico, Quirquerio nos ocupó la mente, la imaginación y el tiempo libre.

Mi dulce y canoro cisne mejicano flaquea ante las bizarras artes de la peninsular. Se dedica al servicio del conde para caer rendido a los pies de Elvira. Con seguridad un incendio lo consume corporal y espiritualmente, y ese fuego lo aparta de nuestras conversaciones, inquietudes y el pensar profundo. Pocos conocen la combinación de estas debilidades; el amor y el pensamiento, que por su encanto mágico prefieren estar ocultos. Espero no ofenderlo, pero le he mandado llamar para entregarle algunos apuntes sobre la silva en la que trabajé. Es mi *Sueño*, una aventura del entendimiento que liberó mi alma, inspirada en el viaje astronómico de Kircher. La música de mi poesía produjo un sueño extático igual al de Teodidacto, su alumno, por los espacios siderales, y pude verme llena de la luz de las estrellas. Fue un viajar en el tiempo y el espacio. Una búsqueda de mí misma, elevada al infinito con el sonido de las sílabas y el poder de la palabra. Escrito en noches de insomnio y ausencia terrenal, por esta mortal pluma, aunque ya lo di a conocer, son pocos quienes perciben lo que encierra. Pretendí, como muchos otros, ofrecerle a la Causa Primera este trabajo, que sería mi salmo..., un altar. Lo reconocerán aquéllos que escuchan la voz de las efímeras centellas. Esperaré su parecer, y con toda humildad, deseo tener su opinión sobre mi papelillo: un contrapunto entre endecasílabos y heptasílabos.

Espero no molestarlo... espero que la madre portera se acerque a mi celda y anuncie su visita, espero... espero.

Toda la noche estuve pensando en Lysi. ¿Qué sentirá cuando sepa de mi muerte? ¿Llorará? No quiero que sufra. Ausentarse de Méjico, donde nació su hijo y vivía feliz, fue difícil. Los cargos que le asignaron en España a don Tomás no le complacían a María Luisa y, ahora, la defunción repentina del marqués debe haberle causado un gran dolor. Ojalá estuviera más cerca de ella, si bien mi corazón siempre está a su lado, deseo oír sus penas, pronunciar palabras apropiadas para consolarla y besarle los pies.

Don Carlos me había enviado una copia de su última publicación. *Mercurio Volante* era un diario que en la Nueva España, nos mantenía al tanto de las noticias de la península. Allí leí que el marqués de la Laguna, conde de Paredes, había muerto. Aquel hombre amaba a María Luisa. ¿Quién no? Imagino las congojas de la viuda y la tristeza de su hijo, el heredero de los títulos nobiliarios. Lysi perdería el amparo de la corte y de los reyes a quien servía su esposo. Dama de gran nobleza, hija del príncipe de Gonzaga y, por el lado materno, descendiente de ilustres personajes y grandes poetas, el marqués de Santillana y Jorge Manrique. ¿Cómo estará? La condesa, con el ánimo bajo, no me confió lo sucedido; pero gracias a las nuevas, publicadas por Sigüenza, me enteré del deceso.

Ofrecí una novena por el descanso del alma del marqués y en San Jerónimo comenzamos a rezar por él. Había gobernado con aciertos y por mi parte le debía muchos favores, entre ellos,

el indulto para un reo, fray Antonio, de la parroquia de Chalco. Fue juzgado y sentenciado a morir por el Santo Oficio, la razón: solicitudes deshonestas hechas a una feligresa. La denuncia fue puesta, por el esposo de la señora, ante el comisario de la Inquisición. El prelado se apellidaba Asbaje, mas no creo que hayamos sido parientes. Mi madre lo conocía muy bien, era su confesor, y él seguramente presenció mi bautizo en la pila de la iglesia de Chimalhuacán. Isabel Ramírez, quien nunca daba molestias, me pidió que intercediera por el religioso ante el virrey.

Al marqués de la Laguna le recordé con mis versos que muerte puede dar cualquiera, vida sólo Dios. Darle la vida al fraile de Chalco lo hizo parecerse al Señor. ¡Qué Dios lo tenga en su gloria!

¿Qué será de Lysi? ¿Cuándo sabré de ella?

El abuelo, mi viejo, está de vuelta, viene acompañado de la abuela Beatriz. Se pasa la mano por la oreja derecha y la dobla en actitud de fastidio; como cuando apremiaba a los peones de la hacienda que tardaban en realizar sus faenas. Ha de querer le cuente sobre mi *Sueño*. Le prometí hacerlo la última vez que lo sentí a mi lado y me susurró que venía de la noche negra, nodriza de estrellas de oro. Ahora que estoy cubierta de oscuridad, apenas viendo la luz que señala un camino sin fin, puedo hablarle con tranquilidad y decirle que tenía razón: de las tinieblas han salido todas las cosas, su fuente y su matriz. Le confiaré mis secretos y andanzas por un mundo fuera de estos muros. Sólo don Carlos y él, Pedro Ramírez, quien leía los libros que su amiga Encarnación le prestaba, me entenderán, creerán lo que experimenté. Sólo ellos sabrán mi verdad.

Además del padre de mi alma, san Jerónimo, y el docto san Agustín, quien decía que aprendemos, no con el sonido externo de las palabras, sino con la enseñanza interna de la verdad, adquiriré muchos conocimientos del hombre más sabio de la Nueva España: Carlos de Sigüenza y Góngora.

Antes de que el arzobispo Aguiar y Seijas prohibiera las visitas al convento y que el virrey enviara a don Carlos de cartógrafo a Pansacola, este último me traía para leer la correspondencia que había recibido de Quirquerio, y juntos encontrábamos respuestas a los misterios que allí enfocaba.

Al verme desamparada, y con el Santo Oficio haciendo ruido a mi alrededor, quise protegerme recordando sus consejos y nuestras pláticas. Deseaba ofrecerle mi labor a Nuestro Señor, como la ofrenda de una mujer que, por poner bellezas en su entendimiento, sufría las sanciones de los representantes de su Iglesia. Entonces soñé...

Yo sólo contaba con el auxilio de las letras, los metros y sus sílabas, los versos y su musicalidad, las metáforas, la forma y el ingenio, para decir lo que deseaba, con palabras escondidas, entre líneas legibles a los ojos de los que saben quirquerizar.

Nada mejor que una silva, llena de sonido, para revelar lo que ocurría en mi *Sueño*. Con endecasílabos y heptasílabos compuse un poema que bien lo verá el que penetre al interior de mis secretos. Ese papelillo, escrito en forma triangular, fue un reposo; a través de él conseguí la paz del alma. Y es que siendo de noche me dormí, soñaba que de una vez quería comprender todas las cosas de que el universo se componía. No pude; desengañada, amaneció y desperté.

Principié mi poesía, que llaman *El Sueño*, igual al día de la expiación en el Levítico, y empezando por la tarde me introduje en la penumbra. Aves rapaces me acompañaron en este recorrido tenebroso hasta llegar al alba, en donde, cual águila atraída por la luz, emprendí el ascenso guiada por el brillo que no ciega. Fui escalando gradualmente, como en los salmos, hasta llegar a Dios. Verlo un instante me doblegó. Perdí fuerzas y comencé a descender en medio de un éxtasis, hasta cerrar el recorrido triangular admirando al mundo iluminado, Yo, despierta, regresé.

Lo hice a sola contemplación mía, tocando muchas de las materias que tratan los mitológicos, los físicos, médicos, las historias profanas y naturales y otras no vulgares erudiciones.

Si resultó una creación elevadísima, según opinan algunos, es por todo lo que encierra, lo que mi abuelo conocía, don Carlos entiende y su amigo Kircher enseña. Las Sagradas Escrituras fueron mi inspiración, pues quise hacer un salmo para elogiar la palabra divina.

Invocé a Isis, Ooom, Ooom..., y a dioses profanos. Ella es la señora de las palabras de poder y yo he sido un alma bogando, penosamente hacia la luz, en su barca. A todos aquellos que aman la poesía, y saben de su escondido encanto, Isis les descubrirá mis secretos, derramará sobre ellos las gotas perfumadas de su rosa de oro y les permitirá entrar a otro mundo, más allá de la literatura, más acá del conocimiento. El miedo a la fragua de Vulcano me condujo, por otro sendero, hacia una luz más cierta. Fue mi unión con el Altísimo, mi esposo, a través de la sabiduría.

Después de escribirlo comprobé que el profeta Daniel tenía razón, sólo Dios revela las cosas profundas y ocultas, conoce lo que está en tinieblas y con Él mora la luz. En mi canto me entregué al Señor, a su misericordia y a su voluntad. Al terminarlo supe que pasando mis tormentos terrenales hallaría la paz. Me sentí la estrella del Apocalipsis, esplendorosa y matutina.

Halagos, halagos, los que llegaron hace poco. El releerlos no me levanta; me ofrece alivio al esbozar una sonrisa de incredulidad, ante lo que algunos siguen pensando de lo que escribí en mis ratos libres. Borrones, sólo borrones, producto de un alma inquieta. Ya no sostengo la pluma; renuncié a usarla. Pero si a mi Señor llegan estas extravagancias que me han divertido, y le agradan, me doy por bien pagada y le ofrezco aceptar los dolores que me tenga designados.

¡Válgame caballero recién llegado! Podría asegurar que exageraba la generosidad obrada por el Señor, mi Dios, en su sierva. Me hacía gigante ante él, quien se llamaba el menor de los poetas. Agradecí su empeño en escribir y enviarme, los versos que con trabajos y percances hasta aquí llegaron. Me subió de rango, al llamarme Monja Almirante, por acordarse de la monja fugada del convento, conocida como la Alférez. La envidia, no por lo de la fuga, eso no me ha tentado; sino por lo de recorrer España, embarcarse para viajar vestida de hombre, atravesar el océano para llegar a América y luego morir en la tierra mestiza.

Se había empeñado el vate, en subir a Méjico huyendo de los pasmos, ponía como excusa aquello, dicho con sus palabras, de que “Más vale sola una hoja de Juana, que quince hojas de Juanes”. Afirmaba que mi *Sueño* lo despertó una noche, sintiéndose un gran salvaje, y solicitó mi perdón por no haberme leído antes.

No acabó de santiguarme, su dictamen estaba sin duda fuera de orden. Pobre hombre, escribió que venía revolviendo las provincias y trasegando los mares. Esto de pensar que soy la Fénix que burla edades, la Mayorazga del Sol, que después de varios atributos respira con suavidad, es sin duda, una exageración. Pero, aunque yo no he creído tal cosa, si él gusta graduarme de Fénix, *¿he de echar yo a queste honor en la calle?* Aún así, al contestarle sus elogios le confié, que como dice el refrán, le sucedió a mi madre algo para quejarse toda la vida: “mala noche y parir hija”.

Acepté ser mujer, y desde que hice votos en San Jerónimo, mi linaje soy yo solamente. Sentía que no dependía de nadie. ¡Qué equivocación! Sin fuerzas y deteriorado mi físico, dependo de mis hermanas, quienes caritativamente socorren mis necesidades corporales. Vivía creyendo que podía morir cuando se me antojase. Llevo días, semanas, esperando a la muerte y ésta sólo se asoma. Hace lo que le place. No tuve relaciones vulgares, ni me cansaron los parientes, ni me molestaron los compadres, tampoco tendré dolientes cuando parta. Yo era toda mi especie y a nadie había de inclinarme. Otro error; agradezco la admirable entrega de las novicias que me cuidan. He sido dura al juzgar a los que predicán que se debe amar al semejante y nos hablan de caridad; pero recordaba a mi madre, quien en mis años de pequeñuela, al vigilar a los peones hambrientos de la hacienda, o ver a los mendigos en la puerta de la iglesia decía:

—No hagas mal, mi niña, que hacer bien no es necesario.

Di mi respuesta a los versos de este caballero con el mismo gusto que me producía el no consultar al médico. Le hice saber que tampoco molía chocolate para que no me molieran a mí los que me viniesen a visitar. Terminando, le informé que mi tintero *es la hoguera donde tengo que*

*quemarme y las plumas con que escribo son las que al viento se baten.*

Su romance trajo a la memoria, una vez más, a mi abuelo y al libro de Miguel de Cervantes, que me prestaba para leer. En uno de los capítulos hablaba de un titiritero quien exhibía por las ventas a un mono adivino. Quizás los saltimbancos hubiesen deseado agarrarme, entonces, para llevarme por Italia y Francia diciendo: *¡Quien ver el Fénix quisiere, dos cuartos pague, que lo muestra Maese Pedro en la posada de Jaques!*

Me agradó la etiqueta de Fénix. Bendigo el día de la Fiesta de la santa Cruz en que como ave que resurge de las cenizas, me halló un poeta. Le comentaré al responderle, si es que consigo fuerzas, que tendrá el privilegio de inventor, para que nadie pueda, sin su licencia, a otra cosa compararme.

La madre priora acaba de venir a saludar. Su actitud es más compasiva que maternal. Si me preguntaran a quién deseo a mi lado, quizás pediría a mi madre. Al abuelo ya lo tengo, él está conmigo, no me abandona y de repente se presenta en esta celda.

También pienso, en este loco divagar, que sería agradable sentir a un enamorado junto a mí, quien con su corazón compartiera mi dolor. Alguien que fuese a Nepantla, cortara mirasoles blancos, de los que crecen en la alquería, y me los trajera para contemplar la belleza de un mundo que ya no habitaré. Que me acercara una rosa fresca, para aspirar su aroma, caer dormida y escaparme de este corporal encierro. En las tardes, después de la merienda, una de las hermanas llega a mis habitaciones, se sienta a leer el Antiguo Testamento, pues sabe que me gusta oír el Cantar del rey sabio, Salomón. Dice que cobro vida susurrando:

–Yo soy la rosa del Sarón y el lirio de los valles.

Ella contesta:

–Como el lirio entre los espinos, así es mi amiga entre las doncellas.

Sentirme amiga me llena de placer; pero imaginarme amada me hace olvidar la peste contagiosa, porque prefiero estar enferma de amor. Mi amado es semejante al corzo, al cervatillo mirando por las ventanas, atisbando por las rejas y me dice:

–Levántate, ¡oh! amiga mía, hermosa mía, y ven... ven.

¡Conque un enamorado! La madre priora regresó con cara de incrédula a mi celda; sostenía entre sus manos un pliego que no dejaba de mirar. Me pidió que lo recibiera y la enterara de su contenido. Le juré que yo no había alentado ese amor, que sentía el remitente, un fanático lector de mis libros. Menos mal que estaba bien lejos. Le confesé, para mitigar su curiosidad, que sus cartas llegaban continuamente; mas, como las de otros, sólo hablaban de admiración a mis poesías. Aunque este admirador era el más osado, pues pensaba venir a visitarme desde el virreinato de la Nueva Granada. Un reino algo distante, rico en oro y esmeraldas.

Me tranquilizaba pensar que se tardaría mucho. Tendría que atravesar mares, luchar contra las corrientes del golfo y llegar a la Veracruz. Después cabalgar por caminos peligrosos, desconocidos y traicioneros, vientos cruzados, un clima ardiente y lluvioso, con variantes heladas al pasar por la montaña; bichos y alimañas que pican y huyen, dejando al herido en mortal agonía.

Esto exponía para apaciguar el enojo que causó mi supuesto enamorado, don Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla, quien se encontraba vinculado con la poesía. Desde la ciudad de Santa Fe, enviaba versos elogiando mi talento. Sus comparaciones con excelsas poetisas como Safo y Nise me hacían pecar de vanidad. Decía trabajar haciendo poemas en mi honor, los que imprimiría en España, antes de venir a Méjico para obsequiármelos.

Presentía y me perturbaba que había un ciego amor que lo animaba a escribirme poemas dedicados a su divina Nise.

–*Paisanita querida,  
no te piques ni alteres.*

Pobre, creo que sufría de cólera atrabiliaria. Sus versos reflejaban mucha melancolía. Quizás algunos puedan ver en ellos amor. ¡Era tierno!

*Yo soy este que trasgo  
amarte inquieto siempre  
entre celda, invisible,  
haciendo ruido estoy con tus papeles.*

Para mí representaban un halago más. No me desagradaban. Ya era costumbre. Su culta pluma era maravillosa; me ufanaba la mezcla de goce y angustia que me hacía padecer al percibir la dulzura de sus palabras sobre mis poemas, esos hijos del alma, partos de pecho. La lectura de sus cartas era algo que mientras más me engrandecía, más me apocaba.

¿Ese sentir el todo y la nada será el éxito? Me lo pregunté una y mil veces. ¡Es como el agua! Necesaria para la vida. Sin sabor, sin color, sin olor. Único para quien goza el mundo de la escritura. No se atrapa, se escurre y también se evapora...

El caballero neogranadino volvió a anunciar su visita, elogiando con generosidad mis borrones. No obstante, tardaba... pasaron los meses y don Francisco no apareció.

—¡Conque hay otros!— dijo la madre priora al entregarme un nuevo correo.

Nada acallaba las murmuraciones. Si la felicidad consistiera en censurar actos o conversar en perjuicio de los ausentes, viviríamos en el mundo ideal. Supe, de buena fuente, que en el convento se rumoraba que había otros enamorados. Entre ellos, ¿estaría el conde de la Granja? Me lo preguntaba mirando la palma de mi mano. Desde el virreinato del Perú me escribía este conde. Me tomaba algo de tiempo leer sus cartas, por traer acertijos descifrables

al estilo del *Ars Combinatoria*. Sigüenza nos presentó y aprobó nuestro intercambio de misivas porque los tres éramos admiradores de la obra del jesuita Kircher. En nuestra correspondencia y poemas quirquerizábamos y los que sepan de estas combinaciones también lo harán al leernos.

El *Ars combinatoria* es algo fascinante. Don Carlos me enseñó a descifrar mensajes. Contando letras, sílabas y palabras; al sumar, restar, multiplicar y dividir, aumentan las posibilidades de acertar. Combinar letras y números nos da códigos secretos que sólo manejan los estudiosos de Kircher. Mas, por no aprender bien a usar este arte, inventé uno propio y, a través del mismo, traté de identificar lo que trabajaron los amigos. Leí a los grandes señores con los que se escribe Sigüenza, a algunos de ellos les envié mis borrones para que me conociesen. Sus opiniones me hacen sonrojar por tantos elogios. Mientras la memoria me refresca sus nombres sigo combinando en mi mente. Sumo las horas que he pasado en esta cama con los días; trato de hacer versos con el mismo número en sílabas; pero cuando intento abrir la boca para recitarlos, sentirlos mágicos, sonoros, nada se escucha... todo enmudece: está en mi imaginación.

Uno de estos caballeros me envió una carta con un correo que le llegó a don Carlos. Le respondí de inmediato aunque no firmó su escrito; tal vez no deseaba ser hombre de nombre conmigo y ocultó sus señas en un curioso laberinto. Un romance exquisito para decirme que había leído mis obras. No obstante, entre las líneas de su escrito descubrí al respetable don Luis Antonio de Oviedo y Rueda, Conde de la Granja, amigo de Sigüenza, con quien él combina, y ambos comentan los libros y logros de Atanasio Kircher.

Sin proponérmelo, mientras leía su poema, con agrado tirano también en versos le contesté. Lo leí una vez y otras mil, y juzgo que no hablaba conmigo. Me llamaba mejicana musa al dedicar su trabajo, piensa el poeta que he convertido al convento en Parnaso y al Parnaso en Paraíso. Muero por mostrar este escrito a don Carlos. Él, especialista en Paraísos sonreirá al leer esta extravagancia de su amigo. Para el conde, las nueve musas, no sólo a diez crecieron, sino que les di más valor. He de confiarle que consulté a las nueve hermanas, quienes con sus flautas y pitos andan alborotando los siglos, para que tuviesen piedad. Me vieron tan hambrienta de ejercicios, con sed de conceptos y tan desnuda de estilos, que ejercitaron en mí las obras de misericordia de las que habla el catecismo. Jugaron al soldadito pobre conmigo, dándome cada una su prenda. Así, con pecho compasivo me donaron las sobras.

Él fue gentil al hacerme saber que a sus manos fueron a parar mis obras. Las ha ponderado por lo bien que le han parecido, y ha escuchado en ellas lo que en la voz no cabe. Me elogió el sabio avecindado en Perú y candidato a la Flor de Academias, al considerar libros profundos, los dos tomos de mi obra. Considera que los poemas le han limpiado los ojos, y hasta heroína me siente. Ha sido amable al decir que mi pico es dulce abeja en el panal del amor, y me halaga que piense que, al compararlos conmigo, Arión y Orfeo son en la música chorlitos. Ha descubierto misterios de mucho fondo en mis villancicos y quizás ha percibido la neutralidad que por alcanzar moría. Llama hermafroditos a mis versos, presencia de lo femenino y la virilidad de una archi-poetisa.

De la Granja versifica con sapiencia, tiene un ingenio peregrino, y soy deudora de lo enseñado. El leerlo en voz alta me permitió sentir la cadencia y me llevó a salmodiar. Se

notaba su devoción a Kircher al contar los versos y conocer el guarismo que encerraban, convertirlo después en sílabas, y ver reflejado en las cifras a mi *Sueño*. Tan pronto regrese de Pansacola, nuestro común conocido, Sigüenza, con el entendimiento abierto, le enviaré al caballero del Perú lo que escribí sobre mi papelillo, ese llamado *El Sueño*, que pocos entienden; pero él alaba.

Me ha leído el poeta con ganas de repetir la lectura, tercera vez trescientas, como si fueran los tres lados de un triángulo. La combinatoria late en el romance de este caballero y, al aplicarla en su poema, con sus cincuenta y cinco cuartetas de octosílabos, he descubierto cómo quirqueriza y muy pocos pueden hacerlo. No lo callaré, ha cerrado además el romance, con las quince letras de “cincuenta y cinco”, son también quince las que forman su nombre de “conde de la Granja”.

Chonita es hija de esta tierra; el pan le ha costado muchos afanes y sudores. Aunque compatriota del oro y paisana de los metales, nunca los ha conocido e ignora para qué son buenos. Chonita, se me acerca, quiere amarrar su rebozo a mi falda, para llevarme a ordeñar a Obsidiana. Con ella recorro la alquería, me advierte dónde no debo pisar y a qué animales no tocar. La perra tuvo cachorros y, furiosa, los defiende de quien aparezca. Pasamos al gallinero y voy guardando, en la bolsa que forma mi delantal, los huevos todavía tibios que las gallinas pusieron. Los llevamos a la cocina y allí están dos de las hijas de Chonita, tendiendo tortillas en un comal que calienta y sostiene un haz de leña. En una cazuela con salsa, ella vierte unos blanquillos que se van cociendo lentamente. Se me abre el apetito, tengo hambre, un vacío en el estómago. Huele rico, huele... a guisos de Panoayan.

Despierto más animada, con el sabroso olor de la comida que preparaba mi india y servía con tamales. Entre las atareadas monjas de hábito blanco, quienes se asombran de la momentánea mejoría, ella, mi Chonita, se aleja bailando un tocotín y repite conmigo, al compás marcado por un lejano teponaztle: “*Tla ya timohuica, totlazo Zuapilli, maca ammo, Tonatzin, titechmoilcahuiliz... Tla ya timohuica...*”\*

---

\* Si ya te vas, nuestra amada Señora, no, Madre nuestra, tú de nosotros te olvidas... Si ya te vas...

Cuando nacía un nieto Ramírez, el abuelo destinaba una vaca para su crianza. La mía se llamaba Obsidiana. Durante años mis hermanos me hicieron burla y decían que su leche era negra, por eso mi inclinación a la tinta. Chonita era parte de la alquería. El abuelo rentó a los padres dominicos las tres haciendas, con los indios que vivían en esas tierras. Algunos ya habían perdido a los tatas y no les importaba servir a otro amo mientras les permitieran permanecer cerca de sus muertos.

La casaron con uno de los peones. Hablaban en lengua náhuatl entre ellos y yo aprendí a entender lo que decían para jugar más agusto con sus hijas. Viviendo en Méjico con los tíos, sabía que ellas me recordaban al revisar la canasta que llegaba de la hacienda. Adentro venían quesos forrados de hojas de maíz, cecina, carne salada que preparaban las Ramírez y, envueltos en una servilleta, bordada con hilos de colores, tamales de haba que me enloquecían.

Al regresar de la amiga, con Josefa mi hermana, me sentaba al lado de las niñas a platicarles lo que había aprendido. Ellas se miraban una a otra, y luego se reían, con esas risotadas infantiles tan espontáneas y contagiosas que, por no tener razón, resultan divinas. Compartíamos una tortilla, o, a escondidas y con cuidado, la introducíamos en la olla de los frijoles para probarlos. Las niñas, al oír la voz de Chonita se asustaban, se volvían pequeñas y corrían a ver a su madre. Yo me ocultaba detrás de las frazadas que se asoleaban y me iba a sentar cerca del río para ver los pájaros y las mariposas.

Darí lo que me queda, por volver a ser una niña, observando el campo, admirando la naturaleza, riendo con las hijas de Chonita... despreocupada por el entendimiento y la sapiencia. Chonita ya se fue... la enterraron en el panteón de sus abuelos. Cada año, el día de difuntos, sus hijas le llevan

una ofrenda de ceras y cempasúchil; también le preparan sus tamales de haba con mole para que venga a celebrar con ellas y rocían la comida con aguamiel o pulque. Ojalá me recuerden entre sus muertos y me ofrezcan uno de esos tamales con un jarro de tinta; pero pronto... muy pronto.

Me ha gustado retratar. El uso de las palabras en lugar de pinceles es algo tentador. La paleta de colores que nos brinda la lengua luce más completa que las mezclas hechas por un artista. Sin embargo, confieso que el gozo producido al finalizar algún retrato me ha hecho pecar de vanidad, y mis travesuras, con el significado oculto de la palabra, me han permitido mostrar lo que con óleos sería imposible. No tengo perdón de Dios, predicarán algunos; y, aun arrepentida, solicitando la indulgencia divina, entre sábanas y mantas me río de lo que pinté con una paleta de plumas entintadas.

No es que deseara contar mis males, ni envidiaba dicha ajena, mas eran penas tales que buscaba consuelo en darle forma, con la tinta a mis quejidos. Sólo entre versos, estrofas, rimas y cadencias se aminoraban mis desvelos.

Encontraba gusto en descubrir la deslealtad de Elvira. Me molestaba cuando por parte de la corte, las autoridades de la Iglesia o de nuestra priora, me pedían escribiera algún poema dedicado a la virreina Elvira de Toledo, condesa de Galve. Hervía en mi corazón lo rebelde; no obstante, obediente cumplía. Ignoraba si lo lograría, ella seguiría dichosa en su esfera, tan distante de mi sentido.

Es cierto que a Elvira la considero una inculta; no ceso de confrontar la sapiencia de María Luisa con la estulticia de la Galve. Aprovechando su ignorancia, le compuse poesías comparándola con personajes bíblicos, mitológicos, literarios

o de la historia, que le son desconocidos. Entre las líneas de mis versos escondí el verdadero significado que deseaba plasmar en el poema. Me sentía traviesa y reía al leerlos en voz alta; me embargaba la dicha, ya que mis palabras sólo señalaban un engaño. He pensado en que puede ser falta de caridad y prometo confesarlo una vez más. De todas maneras, pienso que la favorecí al enseñarla a pensar, desarrollando su intelecto de chorlito. Además, no fue por maldad, sólo escribí metáforas sutiles para decir verdades, como nos instruye el Señor en sus parábolas.

El diablo me metió a ser pintora, y esta tentación me quitó el juicio. Le hice un retrato a Elvira de Toledo, a la hermosa y divina Elvira. Lo realicé sin lienzo, ni pinturas o pinceles. Espero que lo haya recibido sin un carboncillo en la mano, para que no se le ocurriese dibujar lo que la fineza de mis versos pintaba.

Quizás alguien notó mi atrevimiento. Mas porque estoy encerrada no me tengo como impedida. Mis ojos se destinaron a verla y quería la razón que sorprendiera a quien entendiese, con lo que iba saliendo: el verdadero retrato de la condesa. El que iluminó y formó mi pensamiento entre mis propios dimes y diretes.

*Con los héroes Elvira  
mi amor retrata  
para que la pintura  
valiente salga.*

—¿Valiente? ¿Es qué deberé temer algo? Elvira es poderosa y apoyada.

*Ulises es su pelo  
con Alejandro  
porque es sutil el uno  
y el otro largo.*

–Ralo y delgado. Sufría mucho al desenredarlo.

*Un Colón es su frente  
por dilatada  
porque es quien su Imperio  
más adelanta.*

–Ancha y abultada. Cubierta con ondas de pelo que la intentan cubrir.

*A Cortés y Pizarro  
tiene en las cejas  
porque son sus divisas  
medias esferas.*

–Mucha ceja; pero así se ven. Bien marcadas.

*César son y Pompeyo  
sus bellos ojos  
porque hay guerras civiles  
del uno al otro.*

–Bizca. Por eso me alegro de no verla a los ojos. Nunca se sabe a quien dirige su mirada.

*Es su proporcionada nariz  
hermosa*

*Aníbal, porque siempre  
se opone a Roma.*

–La nariz de Aníbal, en los grabados que he visto, es muy grande; también puntiaguda.

*Alencastro y Ayorque  
son sus mejillas  
porque mezcladas rosas  
son sus divisas.*

–¿Qué color les pondré? Las dejé encarnadas, ya que los de la rosa roja vencieron.

*A su boca no hay héroe  
porque no encuentro  
con alguno que tenga  
tan buen aliento.*

–¿Cómo se pinta el aliento de una mortal desabrida?

*En su bien torneado  
cándido cuello  
Hércules, pues él solo  
sustenta el Cielo.*

–Pobre, entonces se lo puse ancho, pequeño y torcido.

*De Scévola las manos  
aunque nevada  
son: pues en ellas siempre  
tiene las brasas.*

–¡Ah! De veras, esta virreina juega con fuego. Una indecencia.

*Los pies, si es que los tiene  
nunca los vide  
y es que nunca a un Valiente  
sus pies le sirven.*

–Claro, es muy atrevida. Lo hemos observado en los patios del convento.

Recreé el retrato por un instante y me pareció poco agradable, espero que Elvira lo haya percibido. Yo tenía que pintar, de donde diere, salga como saliere.

Hice lo que el griego Aristóteles nos indica: “debemos imitar a los buenos pintores de retratos, que dándoles la forma propia y haciéndolos parecidos al original, los pintan más hermosos”. Esto quiere decir que puede ser más fea, y eso que no le compuse versos a su corazón.

Envié las seguidillas a nuestra virreina con motivo de su cumpleaños.

Lo titulé: *Pintura de la Excelentísima señora Condesa de Galve.*

Todo pasa con el tiempo y al final pierde su valor. La felicidad y la desgracia quedan en el mismo suspenso. La memoria hace desfilar la dicha, y la desdicha se cuele. Cuánto me divertí al versificar mi antipatía hacia la Galve y ahora, que parto hacia el infinito, me tiene sin cuidado. Si pudiera hablar fuerte le confiaría a estas novicias que me asean, que hay comportamientos sucios en la corte. Tal vez se persiguen y piensen que sigo delirando; pero en cuanto pueda gritar lo haré, así sea enfrente del Altísimo: la virreina es de lengua bífida, se arrastra y sonsaca a los altos prelados del servicio de Dios.

Examinar mi conciencia me daba miedo. Cuando se desató la discordia entre Elvira de Toledo, la virreina, y esta monja que humildemente sirve al Señor; le rogaba a Dios, que mi corazón no correspondiera a la Galve en sentimientos. El Altísimo me perdone. Él sabe que en mis travesuras no había mala intención; al contrario, deseaba que la mustia condesa reaccionara y enderezara su andar. Ella sigue siendo desvergonzada, muy audaz y, sobre todo, conserva ante los demás una postura educada, piadosa y serena. Pero yo percibí que, a partir del momento de recibir la pintura que le envié, las hostilidades se rompieron.

Alguien vino a decirle a la madre priora que de San Jerónimo salió un retrato atroz de la virreina. Ella aseguró que no era cierto. No había visto a nadie pintar en este convento.

Persiste y me trastorna el temor a que la condesa hubiese visto en palacio el baúl olvidado por los Paredes, con los libros que podrían estar en el Índice, o solamente que hubiese leído la misiva escondida por María Luisa. Eso me molestaba y también me extrañaban las visitas que comenzó a hacer Elvira al claustro. Había algo que no lucía limpio y despejado. Coincían estos encuentros con el día de confesión y ejercicios espirituales asignado a Su Ilustrísima, don Manuel Fernández de Santa Cruz, obispo de Puebla. Lisonjero, éste llenaba de halagos a las novicias y monjas. Lo hacían dichoso las atenciones de las hermanas a quienes instaba a padecer por Cristo y, las exaltaba poniendo a prueba su voluntad, al escribirles encendidos papelillos que confundían: “Por más que tiro a desnudarte, no acabo de conseguirlo y tú te condenarás, desamparada de Dios, olvidada y dejada de tu confesor...”. Cuentan que ha donado su corazón al convento de Santa Mónica en Puebla, donde ya encargaron a España, una custodia especial para guardarlo y exhibirlo, una vez que el sacro pastor muera.

Juro que me punzaba la tentación de pellizcar a mis compañeras de congregación. Las veía revolotear a su alrededor y él, comedido, lo disfrutaba. Lo atendían, elaboraban las mejores recetas; ésas donde los sabores de mi tierra, se unen a los sazones de la Península, para ofrecer así, al príncipe de la Iglesia, los más exquisitos manjares. No podía evitar el desprecio ante su descaro y acciones, como la de besarme la mano. Yo la retiraba de inmediato y la limpiaba en el hábito. Me traía recuerdos de cuando lo conocí de joven prelado, en la corte virreinal y al lado de fray Payo; con cara de sabio y gesto ambicioso, sus ojos se teñían de deseo al acercar a sus labios la mano de las damas y, en el convento la de las religiosas.

El Obispo Fernández de Santa Cruz ahora interrumpe las confesiones a las jerónimas por atender las visitas de nuestra virreina. Un día se acercó a mi oído:

–He leído las seguidillas a Elvira de Toledo... mucho ingenio, pero son irrespetuosas.

Le respondí a su Ilustrísima, discretamente, que era sólo parte de un juego al que se presta la poesía. Me indicó que había invitado a su señoría al convento para que yo le pidiera perdón, por lo que él insistiría en llamar mi “travesura poética”. No obstante, si yo no había hecho nada incorrecto, no podía arrepentirme de algo que no consideraba pecado. Bastó con su mirada, para sentirme juzgada desobediente. Pero salió al encuentro de la condesa y se olvidó de mí.

El trato entre ambos era muy familiar y ella le permitía ciertas atenciones, de mudo cortejo que, a través de las celosías del refectorio, observé junto con la madre Alessandra, la hija de un magistrado, quien me apoyaba en esta pesquisa. Tenía fama de caballero el apellidado Fernández y, entre las damas de la virreina María Luisa, de apuesto. ¡Qué Dios me perdone el recordarlo! Seguía siendo muy poderoso y amado.

–¿A qué viene el obispo de la diócesis de Tlaxcala, desde la Puebla de los Ángeles?– me preguntaba, y yo sola respondía.

–A declararle su afecto a Elvira de Toledo.

Me daba cuenta de que estaba mancillando nuestro convento. Esperaba que la vista me engañara. Las visitas continuaron y, en una de ellas, la condesa perdió uno de sus zapatos en el saloncito que la priora les prestaba para las confesiones y dirección espiritual. Lo recogí, admiré su delicado bordado y belleza. La virreina lo extravió detrás de un reclinatorio y, al cabo de tres días, lo envié con Ceferina a palacio, junto con este recado:

*Tirar el guante, Señora,  
es señal de desafío;  
con que tirar el zapato  
es muestra de rendido...  
Digo, que al día, Señora  
de aquel Santísimo Obispo  
en quien no fueron milagros  
los milagros por continuos...*

Pensé en el peligro que significaba hacer notorio lo que ambos, obispo y virreina, disimulaban. Pero quizás se detendrían las represalias contra mí y este incidente me podría proteger de lo que tanto temía: que Elvira hubiese leído el recado de María Luisa de Paredes. Es muy astuta, juega a ser tonta. Por eso le prometí en mis versos callar, esperando, también, su silencio.

*Como no sabéis quién soy,  
a la cortedad me animo,  
que no hay color en el rostro  
cuando está callado el pico.  
Así lo pienso tener,  
porque solamente cifro  
la vanidad de adoraros  
en la gloria de serviros.*

La bandeja en la que envié el zapato, junto con unas tablillas de chocolate, fue devuelta por la condesa con un “gracias...” de su puño y letra con puntos suspensivos, que me hicieron pensar en una promesa.

Es san José el padre de la buena muerte. A él me encomiendo y le pido que olvide las ofensas que le hice, al dedicarle unos villancicos para la catedral de Puebla. Tal vez no quiere hacer nada por mí, ésa parece la razón de la tardanza de mi adiós. Él detiene a la parca fiera para verme lamentar por mis escritos y solicitar su perdón. Dios lo hizo feliz esposo de una reina y señora, para que aún casada la conservara doncella. Así se quedó después del parto, virgen. Nuestro Señor premió la perfección de José, algo inalcanzable para mí. Os ruego, señor san José, ven a mí en estos momentos de arrepentimiento, dame tu auxilio y concédeme el favor de tu aliento.

Me avergüenza confesarlo pero ¡cómo me divertí escribiendo los villancicos con que se solemnizaron los Maitines del gloriosísimo patriarca señor san José! Mi pluma era llevada por la infidelidad que mis ojos atestiguaron y no podía mi pensamiento hacer a un lado a los que tomaban el lugar de otros, como un obispo ocupando el lugar de un virrey. Conociendo, por los benditos chismes cortesanos que corren por la ciudad, los males de que padecía el conde de Galve, mis coplas cantaron: *¿Quién le podrá suplir la infecundidad, si nadie es digno de engendrar hijos que suyos puedan llamarse?, ¿Quién oyó? ¿Quién miró?*

Incluí un juguete para mis indios donde se preguntaban: *¿cuál es mejor san José?* Interrogaban al Doctor *¿no ha visto en la Iglesia osté junto mucho san José?* Dando a entender

que entre todos la labor es mejor. El coro reía “*¡Bien de su empeño salió!*”

Nadie se dio cuenta, pocos se adentraron en el significado de mis escritos. La ironía que me llenaba de gracia al trabajar, se apoderaba de mí y no podía controlarla. Me arrepiento de haber jugado con algo tan sacro. La fe. Santo Tomás dijo ver y creer; san José dijo creer y no ver.

Hubo júbilo en el cielo cuando con mi Señor resucitaron muchos cuerpos de santos. Estoy segura de que san José, su padre en la tierra, subió con Jesús. Espero que en su vara aparezca una flor, como señal de perdón, para rendirme ante ella.

Son un par de hipócritas. Ella, una mustia. ¡Música española! Seguramente algunos piensan que Elvira es casi una santa; pero, ante mis ojos, los mismos que nunca debieron ver lo que vieron, parece otra cosa. Le ha sido infiel al esposo, nuestro virrey, y ha seducido, como Eva lo hizo con Adán, a Su Ilustrísima, el obispo de La Puebla, ¡Qué horror!

La curiosidad, mala compañera, me llevó junto con la madre Alessandra a ser testigo de tal engaño. Claro que habrá quien no se asuste al comprobar la temeridad en la mujer y la resolución en el amante. Y, nada novedoso, que en amor se vista la verdad del color de la mentira. Atestiguar lo que no debía me consiguió enemistades, perturbó la paz de mi espíritu. Paz, que hoy mi mente lucha por obtener, vaciando recuerdos.

La priora de la orden se acercó. Me pidió una loa en honor de la virreina Elvira, deseaba ofrecérsela para su cumpleaños. Accedí, obediente, a trabajar en ello. No lo podía hacer con agrado; mas lo ofrecí por las almas del purgatorio. En el camino a la celda pensaba cómo lo haría, de qué me valdría para hacerle notar, a quien leyese mi loa que retrataba a una sierpe que muerde su cola.

Me valí de la música, mi socorrido personaje, y de las letras, grandes amigas. Su combinación me permitiría decir lo que no quería, para que escucharan lo que sí pretendía. Eran muchos los años que la condesa no deseaba cumplir. Debía alabar la belleza que ella creía poseer.

Con tonos, voces y mensuras hice un compuesto armonioso. Los personajes eran la música, nada mejor para representar lo bello, y las notas: UT, RE, MI, FA, SOL, LA. Recordé que no todos podían leer lo que nos dice un pentagrama. Por tal razón, fue muy elemental; aunque luego le pedí a sor Laura de la Trinidad una notación acorde y bien escrita para su interpretación musical. Me conformaba con el juego entre teoría y versos, para revelar una verdad que quizás le llegaría a pocos.

Escondí los valores y, quien entienda mi ironía, los sabrá interpretar como corresponde. Usé los puntos de alteración a la izquierda o a la derecha, según convenía, y en la partitura aparecieron las redondas, las blancas y las negras que guían al cantor.

¡VIVA ELVIRA SOLA  
VIVA SOLA ELVIRA.  
VIVA EL SILVA AMOR  
VIVA EL AMOR SILVA!

Anudé los versos a las notas y luego pedí a tres de las novicias, con mejor voz, que los cantaran; las acompañé con un salterio. Todo un coro polifónico, parecido a las comedias, ya que admiro al maestro Aristófanes. Ensayamos lo que entre líneas se oía al leer el *Encomiástico poema a los años de la Excelentísima Condesa de Galve*, y me sentí complacida.

Las jóvenes cantoras encontraron agradable y divertida la composición. Descubrieron que intentaba hacerlas oír lo que se escondía. Les di a leer las tarjas con las palabras del coro. Conocieron que con el acompañamiento musical, que se desprende de las notas, se indicaba otro compás para la lectura. Escucharon con los ojos lo que no entienden los

oídos. Así nuestro coro despojó de máscaras a los personajes de mi loa.

¡VIVA ÉL, VIRA SOLA  
VIVA ¡SO! LA ELVIRA

VIVA EL SI(lv) AA MO(r)  
VIVA EL AMOR SI(lv)A!

Dije que **viva él**, nuestro virrey solamente. También que ella **vira sola**. Y, una común expresión **¡so!**, usada para detener las caballerías, provocó la risa de mi pícaro corazón que no se resigna a rendirse ante la Galve. Eso decían mis versos. Tal vez fui muy audaz, pero debía insistir en que “**viva el siamo**”. Dios se apiade de mí, por repetirlo. Elvira fue la amante de Gregorio el inseparable hermano de Gaspar, nuestro virrey, por eso le di vivas al **amorsia**, por aquello de “amorfia” falto de personalidad y carácter.

Deseaba lograr con los apellidos del virrey Gaspar de Silva y Galve, haciendo notar que a cada sílaba le correspondía una nota, lo que marqué en el poema, que el LA de la letra (R) enmudece y que el MI pierde su valor y ha cogido para sí la (LV). Además al FA dos AA juntas le habían cabido.

Fue sólo un juego en donde reinó la ironía. Me permitió valorar las notas al antojo, para “cantarle” a quien me lea, lo que vieron mis ojos.

Soy una irreverente. ¿Hasta dónde llegué con mi osadía? Lo que en momentos me causó gracia, ahora, en este lecho mortuorio, me hace temblar y me asombro de tanta desfachatez y atrevimiento. *Mea culpa*, lo siento. La pluma es un arma de filo desconocido, que maltrata sin imaginar la profundidad de la herida. Pensé que pocos entenderían el mensaje de mi loa. Aquello que concibió mi enojo y aderezó la ironía, dañó a un príncipe de la Iglesia de cuatro mitras, la de Chiapas, Guadalajara, Puebla y la pretendida de Méjico que lo podría llevar a ser virrey. Ciertamente que no eran pocos los que ya murmuraban a gusto sobre Monseñor Fernández de Santa Cruz; pero mi loa hizo crecer el chisme y anduvo su Ilustrísima de boca en boca. *Mea culpa...*

Renunció. La madre priora interrumpió mi trabajo con los libros de contabilidad para decirme, con cierto tono de reproche, que el obispo de la Puebla había renunciado a su cargo ante el arzobispo y el Vaticano. El pastor de nuestra arquidiócesis no se la quería aceptar y condenó las razones para esa decisión que afectaba el orden y la santidad de su Iglesia. Yo era parte de las razones.

La prima María, como de costumbre, cuando el chismorre era gordo, pasaba a saludarme. Contó que en Puebla la gente cantaba el coro de la loa que yo había compuesto para el cumpleaños de la virreina. Cuando Monseñor Fernández

de Santa Cruz pasaba en su carruaje, por las empedradas calles de la ciudad de los ángeles, se oía el ya famoso:

*VIVA ÉL, VIRA SOLA*  
*VIVA ¡SO! LA ELVIRA*  
*VIVA EL SIAMO*  
*VIVA EL AMORSIA*

El obispo no resistió aquella falta de respeto, que percibía aun cuando oficiaba misa. La guardia sacra mandaba a callar al populacho; pero muchos feligreses sonreían. No se atrevían a cantar, mas tarareaban el estribillo mientras trabajaban. Fernández de Santa Cruz hizo un llamado a sus hijas, las de los conventos, beaterios y casas de recogimiento, para que rogaran a Dios por él, que les había entregado su corazón. Las monjas de los monasterios poblanos hacían novenas para pedir al Señor que yo regresara al buen camino; rogaban porque la justicia brillara en aquella diócesis que era motivo de una calumnia escondida entre los versos de una loa, compuesta por una mujer, y lo peor, monja.

Su Ilustrísima, el arzobispo Aguiar y Seijas, no me quiso ver, habló con la priora y le pidió advertirme que sería castigada por tanto mal que estaba haciendo con el abuso de las letras. Los dones del Espíritu Santo eran para santificar, no para endemoniar. Por tratarse la difamación sobre un miembro de la Iglesia, tan amado y de nuestra virreina, la madre prefirió mantenerme encerrada, sin visitas, mientras preparaban, discretamente, mi juicio. Por lo pronto, como estaba apartándome del orden y desvariaba, me alejaron de los números y estuve confinada en mi celda para meditar.

Le juré a mi confesor que era cierto lo insinuado en la loa. Mas como en otra ocasión, cuando yo era apenas una jovencita en la corte virreinal, atribuyó todo lo confiado a mi imaginación. Me dejó el consuelo de la oración y recé, recé en todo momento. Rogué a Dios que el escándalo se aplacara o cubriera de tinieblas el entendimiento de quien leyese el encomiástico poema y, también, que el obispo no se fuera por mi culpa. El arzobispo lo convenció y monseñor Fernández de Santa Cruz aceptó no dejar su diócesis.

Por su parte, la virreina envió a varias de sus damas de honor a San Jerónimo fueron recibidas por la priora. Elvira estaba muy molesta por las habladurías que se habían desencadenado y le parecía insólito que una religiosa, al servicio de Dios, de la caridad y del amor al prójimo, fuese la iniciadora. No deseaba que las murmuraciones llegaran a oídos de su distraído esposo y, además de nuestros ofrecimientos del santo rosario, solicitó que me apartaran de cualquier contacto con libros y plumas.

Seguí rezando. Esta vez por las necesidades de una mujer que no merecía mis preces. Fui de nuevo oída por el Señor. Una prédica del arzobispo, el domingo en la catedral, condenó a todos aquellos que caían en actos irrespetuosos contra el clero y los gobernantes. Pensamientos, dibujos, letras o canciones. El pueblo dejó de murmurar sobre la virreina y el obispo.

Yo fui condenada. Mis letras tenían la culpa.

**Miedo.** Vine al convento en busca del respeto humano, y esperaba encontrar el amor de Dios, pero aquí el temor es lo que rige el diario acontecer. Sólo conseguí enfrentarme a perturbaciones angustiosas de ánimo. Este sentir no impidió que siguiera pensando y que le haya dado vuelo a la imaginación y fuerza a mi pluma. Vivir bajo la amenaza de la hoguera, el ruido con el Santo Oficio y la furia divina, es más tormento que la sentencia de los doctores a aquellos que faltan a los preceptos de la Iglesia. Siento miedo.

La mayoría de los recuerdos de mis años palaciegos, en estos días delirantes y de congoja, son mundanos, de tiempos en los que convivía con el pecado, como me hicieron creer, y era yo para algunos una tentación. Pasado, que, por cumplir con mi promesa a don Francisco Aguiar y Seijas debí retirar de la memoria. Lo único que viene a mi mente cuando se me presenta su imagen larguirucha e iracunda, son las noticias que entre las monjas de los conventos de la ciudad circulaban. En todo momento le temí a este príncipe de la Iglesia y, aunque veo con simpatía sus virtudes, reconozco que sus castigos eran crueles y no dejo de pensar, aún en mi agonía, en sor Antonia de San Joseph, la religiosa del real convento de Jesús María.

Nunca había oído hablar de esa monja, pero la prima María, siempre la prima murmurante, llegó al convento con la excusa de visitar a su sobrina, una hija de mi querida Bellilla y Juan Caballero, quien estaba depositada en nuestro monaste-

rio. Por estar a mi cargo la niña, salí a recibirla y noté su sonrisa picaresca y mirada de sabelotodo que esperaban un gesto de mi parte, una palabra mágica, como el consabido ¿qué hay de nuevo? para soltar el chisme.

Contaban que sor Antonia recibía en las noches las visitas de un fraile agustino, Pedro de Velásquez. Entraba el amante al convento por una abertura que hicieron en un muro y que la monja tapaba con su reclinatorio. María se santiguaba y, al hacerlo, sus palabras sonaron a burla. Seguía con su malsana actitud de incrédula y espanto, que le sobraba. Por eso le dije que eran cosas que sucedían y sólo nos quedaba lamentarlo y seguir pidiendo a Nuestro Señor para que nos librara de tentaciones.

Si yo hubiera hablado, dándole paño que cortar, no estaría aquí, en el convento, esperando el instante de mi partida. Todo el Reino de Méjico se habría enterado de que los muros de San Jerónimo callan y la tierra apisonada guarda secretos inviolables. Algunas escogidas pueden oír los gemidos de las piedras, el llanto ahogado de criaturas o el tronar de azotes sobre la piel delgada.

Deseaba escapar de mi prima; sin embargo, me interesaba el acontecimiento. Antes de que se nos uniera la niña, le pedí que me informara lo que habían hecho con la monja. Entonces fui yo la incrédula y la espantada. El arzobispo Aguiar y Seijas ordenó que la emparedaran en una habitación sin luz. Le llevaban su comida por una rendija.

Indignada por lo que habían hecho, pregunté por el castigo que le dieron al fraile. Fue más leve, lo enviaron al sur, a uno de los conventos de su orden, allí le colocaron un cepo en la garganta. Las monjas enteradas de este suceso decían, que el arzobispo dispuso que aun fallecido él, nadie podía levantar el castigo a estos pecadores que se amaban.

María tenía la virtud de transmitirme miedo en sus visitas. Desde pequeña le gustaba hablar de los condenados por el Santo Oficio, presenciar los juicios públicos y las quemas en la Alameda. Algo que siempre rechacé. Aún ahora, que revivo la impresión que me causó la noticia, me inquieto, transpiro y mi respiración se agita, como cuando de niña me invitaron los tíos a ver un Auto de Fe.

Si estando cerca del Altísimo pudiera decirle que elimine de un soplido los tribunales de la Iglesia y a sus oficiantes, me sentiría más feliz a su lado. Tan dichosa como se pudo haber sentido el arzobispo Aguiar y Seijas cuando en su interés por reformar las costumbres y volverlas buenas terminó, según él, con los juegos de cartas, las peleas de gallos, corridas de toros y las mujeres perdidas.

Sabía que no me abandonarían. El abuelo siempre ha estado presente en mis momentos fuertes. Siento su voz, su mirada, y ahora su mano sobre mi hombro. Viene acompañado de mi madre y ella me acaricia la cabeza. El amor materno tuvo que permanecer oculto. En casa de los Mata, don Juan se burlaba de los amoríos de su cuñada. En la corte, el ceremonial y el peso de la alcurnia nos distanció, y en San Jerónimo, mi falsa declaración al entrar nos separó. ¡Cuánto tiempo sin ver a Isabel Ramírez, sin oír su español de palabras burdas, ni su risa libre, sonora, contagiosa! Sus manos ya no se sienten toscas, son tiernas, amorosas, invitadoras. Me da besos, de sus labios caen sobre mi frente. La veo feliz, descansada, me pide que la siga.

Estoy delirando y creo que mis desvaríos son los de una apóstata. Cuando comienzo a hablar y retorcerme en el camastro, presa del calor, jadeando por el esfuerzo, llamo a mi madre para que me ayude. Alcanzo a ver a las monjas a mi alrededor regando agua bendita en la celda y persignándose. Algunas me ven como si fuese el diablo que se les aparece y desean traer a algún sacerdote para exorcizarme. Sin embargo, no es más que el efecto de esta enfermedad; también otras monjas negaron la fe de Jesucristo al arder en calentura.

Había dicho que de mujer no le serviría a ninguno. Tomé el camino que me ayudaría a mi salvación y desposé al Señor, mi Dios. Pero... me acuso: le he sido infiel. Mientras de mi

boca salían letanías: Rosa mística, Rosa adorada, el *Credo in unum deo*, mi cabeza componía endecasílabos que al ir rezando el padrenuestro se convertían en cuartetos. Ya para cuando el sacerdote daba la bendición yo salía con un soneto dedicado a Lysi.

Cristo cuelga de la cabecera de mi cama, mas no lo miro, sigo repitiendo que me da miedo. Me disgusta observar su rostro ensangrentado y coronado por las espinas que lo martirizan. Algunas veces pienso que soy una de esas espinas, pero cuando releo el Génesis y veo que a imagen de Dios fue creado el hombre y que varón y hembra nos creó, me consuelo, y digo que sólo he hecho lo que Él me ha permitido.

Quizás no he sido la amante esposa que todos esperan sea una monja profesa, casada con Jesucristo. Me hubiese gustado ser amada por el Jesús de las bodas de Caná, obediente hijo que convierte el agua en vino y disfruta con amigos y familiares los festejos de un casorio. O el viajero que se dejó lavar y ungir los pies, con aceites perfumados, por María de Betania, la hermana de Lázaro. El anfitrión que comparte la mesa con los apóstoles. Pero sus prelados se han empeñado en que lo vea con la mirada de san Ignacio y me trazan con dureza el camino de la santificación.

He amado al Jesús que me entregaron las Sagradas Escrituras, al que descubrí entre las líneas de Mateo, Marcos y Juan. Como el hijo de Dios hecho hombre, he bebido el cáliz que me presentó el Padre Eterno.

**Amaneció lloviendo.** La penumbra se prolongó hasta Prima y sentí que el firmamento lloraba junto con mi corazón. Mi cuerpo no da más. Dicen las novicias que soy la menos quejumbrosa de las hermanas enfermas. Al oír sus lamentos callo los míos, los escondo en el fondo del poco ser que me resta.

De niña me gustaba ver llover, la tierra mojada adquiere un olor especial que revivifica; salía corriendo con mis hermanas a beber el agua que caía del cielo para lavar nuestras faltas. Pero la lluvia también acompaña desgracias, inundaciones, hambre, enfermedades y visitas inesperadas.

Hace unas semanas, ¿meses?, pasó Francisca, la esposa de Juan Mata, al convento. Llegó escurriendo agua. Me sorprendí al verla tan avejentada; los años habían cumplido su sentencia. A pesar del terrible aguacero vino con un encargo. El mayor de los Mata se había dedicado a la crianza de gallos de pelea y entre las prohibiciones de la Iglesia a esta costumbre y el apostar, perdió su hacienda. Ahora vivía gracias a la caridad de los hermanos quienes con mujer y prole, lo acogieron, una vez más, en el seno de la familia. Les urgía pagar una deuda o perderían la casa paterna. Todo esto lo contó atropelladamente, avergonzada y yo, con el espíritu maltrecho y sin ganas de negarme, le di en préstamo mil pesos de oro. Sabía que nunca los devolverían. Juan era famoso por su falta de cumplimiento y despilfarro.

Ya presentía mi partida y se lo hice conocer a esa aristócrata, de apellido Villarreal, llorosa, pendiente del qué dirán y el venir a menos del marido. Le pedí que, en caso de yo morir antes de que me pagasen, con ese dinero hicieran misas y obras pías por el descanso de mi alma.

Tomó el saquito con las monedas, agradeció mi desprendimiento con prisa, y juró hacer lo solicitado. A punto de salir del locutorio se volvió, preguntándome sobre mis alhajas. ¿Qué haría con ellas? ¿A quién las donaría? No sé qué disponga hacer la madre priora con las pertenencias que por allí me quedan. Durante un tiempo me enternecía contemplar la diadema que me obsequió Lysi. Hasta me la probé un día. Hice mi velo a un lado y adorné mi cabeza con las vanidades del existir. También guardé la presea que me otorgó la virreina Elvira; puede desear verla en cualquier momento y cuidaba el trofeo de plata que gané en el certamen de poesía de la universidad, porque significaba ser reconocida por ella. Ojalá los vendan y con el dinero funden una capellanía en mi nombre, para que oren por mi salvación.

*Pues, y yo también alivinalé; lele, lele, lele, lele, ¡que pulo ser Neglo Señol San José!* Mientras lamento las injusticias cometidas hacia los negros, en mi cabeza se repiten las palabras de mi juguete. San José descendía de Salomón. El rey tuvo como mujer a la reina de Saba, bien pudo nuestro santo irse por esa línea. Ceferina cantaba los coros de este villancico con entusiasmo *¡que por poca es neglo señor san José!* Para ella lo compuse, para los esclavos de Panoayan que veían al sol de frente y se confundían con la tierra que araban. Me hubiera gustado asistir al casorio de Ceferina y Chucho; me los puedo imaginar, toda una fiesta, movimiento de caderas y dentaduras al aire. Dormito, en medio de una algarabía imaginaria, al recordar los estribillos que recitaba y las ensaladillas que cantaba. *Tumba, la-lá-la; tumba, la-lé-le; / Tumba, tumba, la-lé-le.*

María de Mata vino por la hija de Belilla. Temían que se contagiara. No quiso hablar conmigo; ya sabía que me dedicaba a cuidar a las monjas enfermas, por eso no se atrevió a pasar de la salita de la entrada. El temor a la peste era algo muy normal, sólo almas caritativas como las de mis hermanas o entregadas a los designios del Señor, se dedican a lidiar con dolencias que arrastran a los demás al mismo padecimiento. La atendió una de las monjas y me transmitió la molestia familiar por haberle dado la libertad a Ceferina, en lugar de vendérsela a algún primo. ¡Tan buena y servicial

que era! Precisamente, su entrega durante tantos años y fidelidad, fueron mis razones para regalarle su vida y que se uniera a Chucho sin problemas.

Sin embargo, María, la chismosa María, de quien dicen usa polvo de uñas para amansar a su marido, no cambia. Le contó a la madre portera que a mi pobre negra la acusaron ante el Santo Oficio. La estuvieron buscando durante algunas semanas y ella anduvo de casa en casa pidiendo posada; nadie se atrevía a ayudarla. Pasó por la de los Mata, pero don Juan prohibió abrirle. A escondidas, la tía le dio provisiones para seguir por la calzada hasta el embarcadero. Si lograba llegar a Panoayan, Diego, mi hermano, la ocultaría.

La arrestaron en el momento de subirse a una canoa para atravesar el lago. Habían hecho averiguaciones y la consideraron “apetitosa mulata”. Fue juzgada por alumbrada, hechicera, porque intentó la curación de su suegra con infusión de hojas de estafiate lunadas y amanecidas. También por hacerle a Chucho, frente al templo dedicado a san Hipólito, una limpia con ramas de ruda, para ayudarlo a vender bien sus dulces. Como protestó, insultando a los inquisidores y lanzando maldiciones a diestra y siniestra contra quien la denunció, un pregonero que a veces la chuleaba, la acusaron además, de blasfema. La encarcelaron, no contestaba las preguntas sobre religión, y el miedo a ser quemada la mató en la celda.

Mi corazón lloró en cuanto lo supe. Fue cruel el final de mi tan querida Ceferina, cómplice, devota servidora. Me atormentaba la presunción de que la furia de la Inquisición se hubiese ensañado contra ella, por haber sido mi esclava, y vieran en Ceferina rastros de su ama. Desde el lecho, en momentos de lucidez, le pido a Dios por su alma; estoy segura, esa negra tenía más espíritu que muchos de los conocidos a lo

largo del camino andado. Todavía la siento cerca de mí. Ruego al Señor la tenga a su lado, que el color no sea impedimento para escuchar sus plegarias y premiar su bondad.

*¿Habéis visto a alguien con el entendimiento natural de Juana?*

Eso han dicho algunos por leer mis versos. Alaban una inteligencia que, después de tanto insistir en su belleza ahora desea apartarse, confundirse en la igualdad y recorrer el sendero de árboles floridos que la espera. Ansío otra belleza, una no entendible, a la cual llegaremos todos si nos empeñamos, haciendo la cordura a un lado. Puedo sentirme ya volando en otra esfera y me desprendo de esta indócil materia.

*¿De dónde a mí tanto elogio, de dónde a mí encomio tanto?*

Dejé entre los papeles de la contabilidad del monasterio unos versos para todos aquellos exagerados en sus alabanzas. Me hubiera gustado corresponder a cada halago con uno de los cuatro mil amigos, los libros, que me acompañaron en mis noches de lectura. Así hubiera puesto un recuerdo en las manos de dulcísimos cisnes. Los númenes divinos, ocupados de mis descuidos, merecían este obsequio. Mas imposible, mi voto de obediencia no lo permitió. Entregué mi librería cumpliendo mi penitencia. Era mi quitapesares y, ya despojada de ella, me preparé para aceptar lo violento como voluntario.

La correspondencia recibida en el convento podría infundir ánimos a miles de sor Juanas. No obstante, el miedo a un juicio, que pendía sobre mi cabeza, como una espada, me quitaba el sueño y destruía mi voluntad. Quizás ése fue un peor castigo. Mantenerme a la espera de una decisión

tormentosa era tenerme amarrada una sogá al cuello que en cualquier momento apretarían.

La sapiencia y astucia de los grandes de la Iglesia no es de ornato, sino para servir a su causa primera, Dios. Según mi confesor, el padre Antonio Núñez de Miranda, sobran motivos para enviarme a la hoguera, pero sólo en sueños podría yo saber qué detenía mi juicio.

Una mañana desperté alterada, había visto, en una pesadilla, correr aguas enlodadas y sucias por las calles de Méjico; éstas llegaban hasta la puerta del Palacio Arzobispal. El agua salía a borbotones de la boca del padre Núñez de Miranda. Monseñor Aguiar y Seijas, sentado sobre mis libros, lo detuvo con la mano, diciéndole que ya estaba siendo castigada.

Se la conté a la madre priora, y ésta creyó que el Señor se apiadaba de mí, me había iluminado. Una voz decía que no podían denunciarme ante el Santo Oficio. La virreina pidió extrema prudencia y discreción, no quería escándalos en la corte. Por su parte el arzobispo tampoco deseaba dejar constancia, fuese incierto o no, de semejante desliz amoroso dentro de su arquidiócesis. Sí, como en el sueño, ¿cuál mayor castigo que apartarme de mis adorados textos?

Recibir cartas, llenas de elogios, me hace feliz, olvido mezquindades y tratos infortunados; aunque pida perdón a Nuestro Señor por mi falta de humildad y me confiese luego por vanidosa. No soy yo la que han pensado algunas plumas. Me han dado otro ser y otro aliento en sus labios. La distancia y una ascendente estrella las han inclinado hacia mí. Al profesar, quedé muerta al mundo y a sus afecciones.

Es un tormento no ser la esposa que Cristo espera. ¡Misericordia, Señor! Pequé al leer el Cantar de fray Luis de León, mas en el pecado he llevado la penitencia. Muero, y muero también de amor y deseo. Cómo ansío que el Señor me escuche decirle: *Ven presto, que tu esposa espera*. Mis dolencias serían más llevaderas y la tardanza menos injusta. Estoy arrepentida de faltas cometidas. *Bésemme con el beso mi esposo de su boca sacrosanta*.

No fui la mujer de valor de fray Luis, tiene él razón: conseguirlo es raro y extremado su precio. Era la conoedora de la magia natural, que se desvelaba por sacarle a la naturaleza los más ocultos secretos. Con mis ciencias podía turbar los ojos y ver aparentes cuerpos, con las perspectivas de la luna en un espejo, o condensar el aire con los vapores más térreos. Yo sabía por Pitágoras que habitábamos una esfera. El término del mundo pasa del estrecho porque hay más mundos, hay *Plus ultra*.

Nadie tiene la verdad definitiva; pero el fraile de León, quien abogaba por la educación de las mujeres, pensaba que no era decente mostrar a los demás su sapiencia. Y le preguntaría ¿qué hacer con las luces inteligentes con las que he nacido? Ha sido Nuestro Padre Celestial quien las ha puesto en mí; su misericordia divina me colocó con las jerónimas, donde pude cultivar la literatura. Los visitantes a nuestro locutorio eran personajes vinculados al mundo de la sabiduría. Vi a

mi alrededor la injusticia, por ser mujer e hija de la iglesia, y agradezco al Altísimo su generosidad al permitirme encontrar el respaldo de la orden religiosa a la que pertenezco, para desarrollar mi obra. La magia, el sortilegio de la literatura y el estado de religiosa me otorgaron, con el tiempo, un lugar en este mundo.

Cantaré gozosa, el salmo del real profeta: *La misericordia y la verdad se salieron al encuentro; la justicia y... la paz, se besaron.*

Yo, la peor del mundo, me duelo íntimamente de haber ofendido a Dios, sólo por ser quien es y porque le amo sobre todas las cosas. Postrada, con el alma y corazón en la presencia de la Virgen María, de su Glorioso esposo el Señor San José y de su Ilustrísima, el Arzobispo don Francisco Aguiar y Seijas, prometí dejar los estudios humanos para proseguir, desembarazada de este afecto, en el camino de la perfección. El que recorro en cuerpo y mente, cada día con menos empeño, desde este lecho, con la bendición de mi confesor y el Santísimo.

No fue suficiente la petición que presenté ante el Tribunal Divino, por el perdón de mis culpas. Reconocí que era la más indigna e ingrata criatura de cuantas creó Dios, y ante la Trinidad augustísima solicité su misericordia e infinita clemencia. Me acusaba la conciencia, como fiscal del crimen, y me hallé convicta por todos los testigos del cielo, de graves, enormes y sin iguales pecados. Ratifiqué mi profesión de fe y reiteré mis votos, lo cual firmé con sangre, deseando que ojalá y se derramara en defensa de la verdad. Dejé un espacio en blanco para anotar el día de mi muerte, mes y año. Supliqué a mis amadas hermanas, las religiosas, que me encomendasen, porque he sido y soy la peor que ha habido. A todas les pedí perdón por amor de Dios y de su madre.

El padre Núñez de Miranda, en su carácter de miembro del Santo Oficio, y el Arzobispo de nuestra arquidiócesis,

vinieron a tomar mi protesta, la que hice para ahora y toda la eternidad, creyendo en un solo Dios todopoderoso. Quise que esta protesta fuere perpetua para que me valga a la hora de mi muerte. Bajo esta disposición y en esta fe y creencia, pedí confesión de mis culpas y me arrepentí de las ofensas infligidas al Señor. Su bondad es infinita y espero haya perdonado mis pecados por su gran misericordia y por la preciosísima sangre que derramó por redimirnos.

Reiteré el voto hecho de creer y defender que la siempre Virgen María, nuestra señora, fue concebida sin mancha de pecado; ella sola tiene mayor gracia y gloria que todos los ángeles y santos juntos. Le supliqué a ella, a su santísimo esposo san José y a sus padres Joaquín y Ana, que humilde me recibiesen por su esclava a lo que me obligo a ser toda la eternidad.

En defensa de estas verdades, también firmé la protesta con mi sangre.

Los celos no me abandonan. El Señor, misericordioso, perdona mis faltas. Su amor es inmenso y está conmigo. El padre de mi alma, san Jerónimo, también se ha compadecido de mí. Los representantes de Dios, el clero, me mantienen en zozobra. Sólo recordar la angustia con que he vivido en estos últimos años me inquieta y hace rogar al Altísimo que apresure mi partida.

El tiempo transcurría. Mi temor al ruido con el Santo Oficio iba en aumento. No era suficiente que el adjunto al Arzobispo de Méjico, Sigüenza, dijera “el nombre y la fama de la madre Juana Inés de la Cruz solamente terminarán con el mundo”. Ya me había desprendido de mis amados libros e instrumentos, cumplí con la penitencia impuesta por el arzobispo. Esto fue una dura prueba para mi piedad y el voto de obediencia; pero, sentir el alejamiento del dulce y canoro cisne mejicano, trastornó mi equilibrio.

Padeciendo soledad, la presión de los poderosos y la animadversión de la actual virreina, escribí entonces, a María Luisa, mi amada Lysi, para que me protegiera desde la Península. Tomé todas las precauciones y lo hice con certijos. Ella es buena para entenderlos y, si lo necesita, se comunicará con las monjas amigas de esa Soberana Asamblea de “a Casa do prazer”. Estas respetables religiosas de clausura en algunos conventos de Portugal, poseen discreta inteligencia y me honran con su aprecio. Gracias a una pariente de Lysi, la docta

y gentil duquesa de Aveyro, conocí a esas sabias mujeres. Doña Ma. Guadalupe Alencastro, generosa, les dio mis poesías para que me leyeran y aceptasen. Tenemos años intercambiando correspondencia, opiniones y poemas que esconden algo por descubrir. Soy la más rendida y fiel aficionada de esta Asamblea.

A través de adivinanzas, tal vez logre hacer escuchar mi grito de “auxilio”. Esta práctica de enigmas es para engrandecer la moral; así piensa Gracián al referirse a ellos: “cuan más morales, más célebres”. Sin embargo, eso dice él, para nosotras, monjas enclaustradas, representan parte del ocio conventual. Divierten al crearlos y emocionan al descifrarlos. En esta oportunidad la diversión continúa, pero llevarán un mensaje delator: confidencias y denuncias para que sepan lo que sucede en nuestra corte; aprensión y angustias por enterarme de lo que no se debe; esperanzas que no tienen fin y un adiós que ojalá sea pasajero.

Estuve escribiendo varias noches. Contemplaba desde mi celda, con la puerta abierta, la tenue luz de la luna reflejada en la fuente del patio de los gatos, hasta que la aurora la despedía. Al terminar lacré un pliego dirigido a mi entrañable amiga, la condesa de Paredes, y otro para las religiosas de La Casa del Placer.

Tan pronto como Lysi reciba los enigmas comenzará a descifrarlos, dirá que al leerlos confirmó que están muy bien hechos. Me avergüenza pecar de inmodestia, mas las portuguesas afirman que soy excelente redactando recados entre líneas. Quizás María Luisa me envíe un romance junto con las respuestas. Entre sus versos habrá una promesa respondiendo a mi oculto pedimento de protección.

—¡Os lo ruego, Señor mío, piedad Señor, piedad!


Siempre he confiado en María Luisa. Ella es de las pocas personas que pueden interpretar mis acertijos con su sabiduría; la suspicacia vertida en los versos enviados va más allá del común y escaso conocimiento. Para algunos, estas cuartetas serán, simples adivinanzas que forman unas redondillas. Sin embargo, participo a la Asamblea que a mí no me engañó Elvira de Toledo, la infiel virreina, la mujer de Galve y, desde que lo confirmé, mi existir peligra. La tentación me quitó el juicio.

He hablado de oculto artificio y de hechizo. Presiento que no alcanzaré a recibir noticias. Tal vez deje este valle de lágrimas, sin conocer si llegó mi mensaje y si supieron descifrar mis enigmas en la Casa del Placer. No obstante, desde el más allá, se enterará mi espíritu de la respuesta a mis veinte cuartetas, por parte de las monjas en Portugal y de Lysi en España. ¡No podía seguir callando lo que vi! Conocerán el secreto que me torturó guardar: Una virreina y un obispo entregados al amor humano. Como Ovidio, vi algo que no debía ver; pero, creo que mis sílabas son dardos que darán en el blanco al que deben llegar y a quienes fueron dirigidas.

He intentado quirquerizar, jugar al Ars Combinatoria, y si el interés mueve a quienes lean los veinte trozos de ingenio notarán que al juntarlos y contar sus versos, palabras y sílabas, aparece un guarismo que al reducirlo es tres veces el número perfecto.

1a 8

Enigmas  
Ofrecidos a la discreta inteligencia  
de La Soberana Asamblea de la casa del Placer  
Por  
Sumá Rendida, y fiel aficionada  
Soror Juana Ignés de la Cruz.



Juana Inés de la Cruz, s. (2019). *Enigmas : ofrecidos a la casa del placer [por] Sor Juana Inés de la Cruz*. Edición y Estudio de Antonio Alatorre : El Colegio de México.

1°

¿Cuál es aquella homicida  
que, piadosamente ingrata,  
siempre en quanto vive mata  
y muere quando da vida?

2°

¿Cuál será aquella aflicción  
que es, con igual tiranía,  
el callarla cobardía,  
dezirla desatención?

3°

¿Cuál puede ser el dolor  
de efecto tan desigual  
que, siendo en sí el mayor mal,  
remedia otro mal mayor?

4°

¿Cuál es la Sirena atroz  
que en dulces ecos veloces  
muestra el seguro en sus voces,  
guarda el peligro en su voz?

5°

¿Cuál es aquella deidad  
que con tan ciega ambición,  
cautivando la razón,  
toda se haze libertad?

6°

¿Cuál puede ser el cuidado  
que, libremente imperioso,  
se haze a sí mismo dichoso  
y a sí mismo desdichado?

7°

¿Cuál será aquella pasión  
que no merece piedad,  
pues peligra en necedad  
por ser toda obstinación?

8°

¿Cuál puede ser el contento  
que, con hipócrita acción,  
por sendas de recreación  
va caminando al tormento?

9°

¿Cuál será la idolatría

de tan alta potestad  
que haze el ruego indignidad,  
la esperança grosería?

10°

¿Cuál será aquella expresión  
que quando el dolor provoca,  
antes de voz en la boca  
haze eco en el coraçón?

11°

¿Quáles serán los despojos  
que, al sentir algún despecho,  
siendo tormento en el pecho  
es desahogo en los ojos?

12°

¿Cuál puede ser el favor  
que, por oculta virtud,  
si se logra es inquietud  
y si se espera es temor?

13°

¿Cuál es la temeridad  
de tan alta presunción  
que, pudiendo ser razón,  
pretende ser necedad?

14°

¿Cuál el dolor puede ser  
que, en repetido llorar,

es su remedio cegar  
siendo su achaque el no ver?

15°  
¿Cuál es aquella atención  
que, con humilde denuedo  
defendido con el miedo,  
da esfuerzos a la razón?

16°  
¿Cuál es aquel arrebol  
de jurisdicción tan bella  
que, inclinando como estrella,  
desalumbra como sol?

17°  
¿Cuál es aquel atrevido  
que, indecentemente osado,  
fuera respeto callado  
y es agravio proferido?

18°  
¿Cuál podrá ser el portento  
de tan noble calidad  
que es, con ojos, ceguedad,  
y sin vista entendimiento?

19°  
¿Cuál es aquella deidad  
que, con medrosa quietud,  
no conserva la virtud  
sin favor de la maldad?

20°

¿Cuál es el desasosiego  
que, traidoramente aleve,  
siendo su origen la nieve  
en su descendencia el fuego?

Las dos decenas de acertijos están ligadas a la escondida denuncia; a mi temor ante las represalias por lo que había atestiguado: la infidelidad y el descubrimiento de un amor ilícito. Las cuartetas van numeradas, eso facilitará la secuencia del mensaje y quizás, ya agotada y desprendida del existir, después de muerta leeré las respuestas:

1°

*La esperanza*  
Porque es homicida ingrata.

2°

La verdad  
Esta puede ser tirana y cobarde.

3°

La denuncia  
Remedia males mayores.

Esto me quedará confirmado, seguramente, con uno de los romances de la madre Francisca Javier. Ella percibirá los ocultos misterios de mi pluma y, deseará para mí, el feliz logro de un noble cuidado.

4°

La mentira

Ella, dulce y veloz, es un peligro.

5°

Atenea

La inteligencia, que cautivando la razón se convierte en libertad.

Lysi, me dirá en su romance que deseo que hasta la ignorancia conozca mi entendimiento. Atenea muchas veces se convierte *en deidad de ciega ambición*.

6°

El secreto

Guardarlo nos puede hacer dichosos y también desdichados.

Las décimas de mis monjas de *a Casa do prazer* me responderán que ellas recibieron mi mensaje de solicitud de abrigo *que por no hacer mal a la jurisdicción real, busca la real protección*.

7°

La traición

No merece piedad por toda su obstinación.

8°

El pecado

Hipócrita acción.

9°

La inclemencia

Reduce, la esperanza a grosería.

10°

Adiós

Que provoca dolor y comienza en el corazón.

11°

Las lágrimas

Gran desahogo de los ojos.

12°

El silencio

Oculto virtud que inquieta.

13°

La infidelidad

Vieja temeridad.

14°

El miedo

Ciega, no permite ver.

15°

El respeto

La gran atención.

16°

El pudor

*Recato que al inclinarse pierde tino, desalumbra.*

17°

El engaño

Indecente agravio proferido.

18°

La mente

Portento sin igual.

19°

Dionisos

De medrosa quietud.

Es de meditar esta contestación; pero profanamente habrán de adivinar. Su símbolo es la uva y significa herejía.

20°

La pasión

Desasosiego que lleva a la traición.

Me ha rendido el cansancio; quedé sin aliento al sólo imaginar las respuestas tan atinadas que darán Lysi y mis bien amadas monjas de Portugal a mis enigmas. Adivinarán quiénes son esos **infielos**, que **traicionan**, **pecan y engañan** y que yo he observado en **secreto** desde el patio de las novicias. Sabrán que la **inclemencia** me aflige, tengo **miedo** y me refugio en las **lágrimas** y el **adiós**. Reconocerán que sólo he prodigado **respeto**, guardando **silencio**, siendo cómplice de una **mentira** y haciendo a un lado la **verdad**. Sin embargo, ojalá lo comprendan, cuando no hay **pudor**, la **mente**, cual pugna entre **Atenea** y **Dionisos** se rinde a la **pasión**. Por eso hice la **denuncia** y, aunque sea el mayor mal, me apego a esa homicida ingrata: **la esperanza**.

La niebla no sólo oculta la ruta, dificulta mi arribo a las verdes praderas prometidas. Tal vez se encuentre el perdonar y reconocer culpas en el camino que no he transitado todavía. Debo disculparme ante Encarnación, la bruja Medea de mi tierna loa, por reírme cruelmente de su ensortijado cabello. De tres virreinas: Leonor de Mancera, recibí su maternal amor sin merecerlo. Ella me brindó el afecto que para su hija guardaba, yo me apoderé de él y no lo hice respetar; de María Luisa de Paredes ¡la he amado tanto! no toqué la estrechura de su talle primoroso, mi esperanza tenía en su pie todos sus deleites juntos; el de Elvira de Galve por la aversión que le he tenido. *Mea culpa...* Saberla en el sitio que ocupaba Lisy era insoportable. Imaginarla cerca de mi gran amigo Carlos de Sigüenza y Góngora fue enfadoso. Cuanto más leo el Levítico, y las leyes de santidad y de justicia, más culpable me veo.

—Señor, os ruego que olvides mis ofensas. En lugar de andar murmurando entre tu pueblo, debí razonar con mi prójimo, para no participar de sus pecados.

Las canas de los prelados de la Santa Iglesia no impidieron mi enojo y enfrentamiento contra ellos. Me negué a doblegarme ante sus níveos cabellos y honrar el rostro rugoso de estos ancianos: mi confesor, el obispo de la Puebla y el arzobispo de Méjico.

—¡Apiádate de mí, Señor! No he guardado bien tus ordenanzas y tampoco las puse por obra.

Muero anhelando los favores de Fabio, amante ingrato. A pesar de tantas quejas aún quedan alientos en mi alma. Busco afanosa aliviar mis faltas ante quien desnudé mi corazón y sueño con un postrer abrazo para esta penitente que del vivir se aleja.

Sale el dolor y el orgullo mancillado a solicitar al Altísimo, su consuelo, y un perdón para el que abusando de la superioridad virreinal sometió mi cuerpo a su capricho y después lo encerró donde nadie más lo vería. Ahora entiendo *cuán grave es la malicia del pecado, cuán violenta la fuerza de un deseo* y comprendo también a Silvio, quien aun para aborrecido no era bueno.

Vino el capellán a darme la bendición y la comunión. Creo que por fin me vio casi ausente, pues me ha perdonado los pecados y me administró el sacramento de la extremaunción. Mi frente lo recibió con alegría por todo lo que promete; la cabeza ungida aclara las ideas. Mi espíritu se fortalecerá en la espera del ángel que pronto vendrá por mí. Ya lo hicieron el abuelo, la abuela y mi madre.

De mis ojos podrían salir lágrimas ardientes de arrepentimiento. No obstante, pido que me cubra la eterna noche y se borre mi nombre infausto del pecho de la gente. Mis propias penas de mí se han vengado. Liberada de terrenales ataduras, animo a las ansias de mi alma.

La esperanza se pierde a veces, pero también se guarda y se eterniza. Verde como los delicados pastos en donde el Señor, mi Pastor, me hará descansar. Los puedo ver, plácidamente, mientras escucho el tañer de las campanas llamando a Maitines. Hoy es la dominica del Buen Pastor.

Seguramente un escrito lacrado, será recibido en el convento después de mi partida. Aunque le hayan sobrado mil muertes a mi existencia, sólo ahora muero, con el alma llena de angustia y lastimada por fieros tormentos. Depositarán la carta que viene desde la península con el resto de mis escasas pertenencias. La madre priora, ignorante, dirá que únicamente contiene versos de unas monjas europeas. Cierto, son poesías; sin embargo, estoy segura de que el soneto, el madrigal, la canción, el dístico, la oda, el epigrama, aquellas octavas, décimas, endechas vulgares y endecasílabas, las liras, tercetos, sextillas, seguidillas, epílogos, quintillas, redondillas y los romances de arte mayor y de arte vulgar, que allí vienen, ilustrarán la oscuridad de los veinte enigmas que a *Casa do Prazer* envié.

Mi alma, tanto tiempo entretenida por la enfermedad de la esperanza, la descubrió y llamó homicida ingrata. Señas de un último suspiro, y es que... los gritos de mi espíritu y la rebeldía del entendimiento fueron sometidos por la condición humana. Mis escritos serán mudos para el que no desee oír con los ojos. Ella..., esa virtud teologal, verde embeleso de la

vida, me persigue, virtud que no da alivio, sino más dilatada muerte. Me hubiese cambiado gustosa por cualquiera de los que partieron antes, adelantándose así en el camino ahora recorrido. Una triste lucha librada por mi desgastado cuerpo contra un espíritu gozoso. Un corazón dejando de latir..., se apaga. Mi sombra se desprende escuchando el toque doble de las campanas.

Mi toca y el velo quedaron impregnados de pensamientos y mi hábito secó, muchas veces, el transpirar de una mente falta de tinta. Esos ¿días? ¿meses? ¿años? en los que no pude escribir sino en el aire, los muros de San Jerónimo recogieron palabras, versos y decires. Allí quedarán y, si es cierto que el pensar inquieto brota, como semilla oculta en la tierra, algún día germinará bajo el cultivo y cuidado de otros. Sorprenderán sus hojas, flores y frutos. Entonces dejaré de estar perdida entre la niebla y, sobre todo, fuera del Paraíso.

*[...] y así digo que esta historia no merece más crédito que el que se debe a la diligencia cuidadosa de ajustar la verdad en lo que pide la gravedad de su materia, en que también puede haber falencia, como en las historias humanas sucede a veces.*

Paraíso Occidental  
Carlos de Sigüenza y Góngora





*María Eugenia Leefmans Zurita*. Nació en Caracas, Venezuela, en 1944. Desde 1969 radica en Toluca, México, y obtuvo la nacionalidad mexicana. Su formación como escritora comenzó bajo la tutela de Pedro Salvador Alé; cursó varios talleres de narrativa y el Diplomado en Estudios Literarios Propedéuticos en la Universidad Iberoamericana de la Ciudad de México. Fue alumna de Carlos Elizondo Alcaraz en los talleres sobre vida y obra de Sor Juana Inés de la Cruz y Nezahualcóyotl. Colaboró de manera semanal en el diario *El Sol de Toluca* de 1998 hasta 2025.

Ha sido acreedora de diversos premios y reconocimientos: Presea en Arte y Letras Sor Juana Inés de la Cruz del Estado de México (2014); Premio Certamen Internacional de Literatura Letras del Bicentenario “Sor Juana Inés de la Cruz” (2011) por *Lluvia*; Premio Nacional de Novela para escritoras “Nellie Campobello” del estado de Durango y Conaculta (2010) por *Fuera del paraíso*; Premio Nacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano” de la UAEMEX (2000) por *La dama de los perros*; ganó la publicación de sus novelas indigenistas *La noche en el maizal* y *Lunas después*. Becaria del Focaem/CONACULTA en 2004, 2006 y 2009.

Su obra ha sido publicada en revistas, diarios locales e internacionales y antologías. Su poesía aparece en *Raíces*, *Sobre la tierra extraña* y *Muchas lunas después*. Sus novelas: *Lluvia*, *Fuera del paraíso*, *La dama de los perros*, *La noche en el maizal* y *Lunas después* han sido merecedoras de varias ediciones, así como los libros para niños: *Tú, que intentas volar*, *Cuéntame de Sor Juana Inés de la Cruz y Felipe y su música*, *Cuéntame de Felipe Villanueva*, el ensayo *Furia Melódica* y el entremés *La metamorfosis de Inés*. Es creadora de los libretos para ballet coreográfico *Inés*, sobre sor Juana Inés de la Cruz, y *Mi niña se llamaba Leona*, acerca de la vida de Leona Vicario.

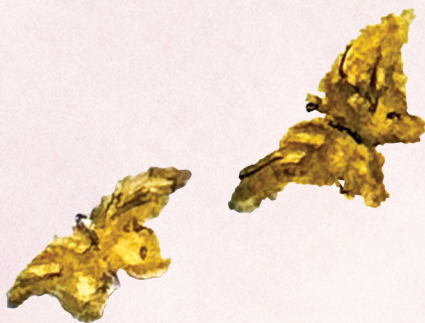
Acuarela de portada: Benito Nogueira Ruiz

# FUERA DEL PARAÍSO

Los miembros del Jurado dictaminador del Segundo Concurso Nacional de Novela para Escritoras “Nellie Campobello” 2010, convocado por el estado de Durango y CONACULTA: Hernán Lara Zavala, Mónica Lavín y Aline Petterson, opinaron lo siguiente de esta novela que obtuvo el Premio: “*Fuera del paraíso* es una original novela que toma los últimos momentos de la vida de Sor Juana Inés de la Cruz para hacer una recapitulación de su paso por el mundo, escrita con un aliento lírico y convocante que contempla desde la perspectiva de la ficción los principales conflictos que inquietaron a Sor Juana”.

*Fuera del paraíso* merece figurar en la nómina de las novelas dedicadas a Sor Juana Inés de la Cruz que han recibido una mayor atención por parte de la crítica.

Rosa Pellicer Domingo  
Universidad de Zaragoza



# SDC